

ATEMPORAL

Escandinavia

AVECES UNA VIDA NO
ES SUFICIENTE PARA
ENCONTRAR EL AMOR



ALANA YITANI

ATEMPORAL

Escandinavia

Por María del Mar Duque

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mi esposo, Carlos Andrés García, la persona que hizo posible este libro quien, con su existencia, le dio vida a Juan Pablo y, con su amor, me convirtió en escritora. Gracias por empujarme a cumplir mis propósitos. Muchas gracias, mi amor, por crear el universo perfecto día a día en nuestro hogar, para que pudiera escribir. A mi madre e hijo, sencillamente, gracias por ser como son y hacer de mí lo que soy. También quiero agradecer infinitamente a Roselyne Rodríguez, mi asesora, quien con cariño y dedicación aportó ideas importantísimas para esta obra.

Y agradezco, con devoción, a los Ángeles, quienes día a día, con miles de señales, me insistían en plasmar esta historia.

PREFACIO

Tira su escudo a la arena y corre hacia mí, sin ningún miedo de enfrentarse a un hombre. Desenfundo mi espada y todos mis músculos se preparan para matar. Veo por un segundo cómo desfilan imágenes rápidas, por mi mente, acerca de mis años como guerrero irlandés. Estoy seguro de que podré atravesarla, pero me aborda con una fuerza descomunal, una voracidad imprevista y, desde un ángulo lateral, pateo mi rodilla con tal fuerza que logra desajustarla. La hoguera de sus ojos y su temor a nada logran bloquear mi estocada, y mi espada vuela a tres metros, sin lograr alcanzarla. Al no poder controlar mi cuerpo, me desplomo de espaldas sobre mis manos. La salvaje me va a asesinar.

Quiero correr, pero su hacha me rodea, sus ojos me acorralan. Presiento que si muevo un solo dedo, acabaré con una hoja de hierro filoso, en la mitad del cráneo. La fiera está parada frente a mí, con sus brazos y piernas abiertas en posición de ataque. Sus fuertes extremidades seguro me destrozarían, en menos de un pestañear. Le pregunto: -¿qué es lo que quiere? ¿Quién es usted? ¿De dónde viene?- Vocifera un idioma desconocido para mí; grita y grita, sin parar; no me entiende; está enojada. Puedo ver cómo pelea consigo misma, le grita al cielo y a mí, se golpea la cabeza, y decido callarme. ¿Qué espera para aniquilarme?

El retumbo en mi cabeza no dura mucho tiempo, e intento probar otra pericia.

Me golpeo el pecho, con mi mano empuñada, para promover su ataque y, así, tener la oportunidad de tumbarla a la arena. De esa manera, podré acabar la pelea. Es mi honor el que necesita hacerse entender. Respirando como un toro, frunce el ceño. Sigo sin comprender y se me han acabado las alternativas. Debo sacrificarla yo primero.

Examino la situación rápidamente y trato de hallar una alternativa que me permita llegar hasta la espada, sin que la empuñe la bárbara primero. Decido hacer una movida arriesgada: ruedo aceleradamente hacia mi arma. La salvaje lanza el hacha, pero sorprendentemente cae lejos de mí, como si no tuviera la menor intención de acertar. Tomo presurosamente mi espada y sé que debo embestir. La fiera se arroja con su escudo, y ahora soy yo quien tiene el poder, pero inexplicablemente me siento incapaz de hacerle daño. Ella me mira aturdida. No sé si es por su posición ahora vulnerable o porque, tal vez, le pasa lo mismo que a mí: una asombrosa imposibilidad de herirnos.

Pasan unos pocos segundos de inmovilidad y confusión, cuando aparecen dos de su grupo. Lo sé por sus vestiduras y las figuras que tienen marcadas en sus cuerpos. Portan chaleco de piel cosido, cota de malla de metal, gruesos pantalones de lana y capa también de lana sujeta a un costado. Las pesadas espadas eran sostenidas por robustas correas de cuero, y tenían dibujadas, en las caras, gruesas líneas negras que aterraban a los enemigos.

Mi ser animal despierta de nuevo, con más ofuscación. Ahora, el peligro acecha con más intensidad: dos hombres y una mujer salvajes me van a mutilar hasta la saciedad. Al llegar, ellos discuten con ella, de modo tosco. Por el tono del debate y los gestos, asumo que no se ponen de acuerdo. Yo, mientras tanto, pienso cómo escapar, pero las probabilidades son pocas, al correr con una rodilla enferma y con tres endemoniados tras de mí. No tengo más alternativa que enfrentarlos hasta el último aliento.

Se produce otro suceso extraño y los bárbaros se retiran molestos, alegando algo

incomprensible. Quedamos solos de nuevo, ella y yo. Me mira detenidamente, intentando descifrar algo. Tal vez quería, igual que yo, entender el enigma del momento y comprender porqué no pudimos terminar una situación tan natural: ¿por qué diablos no nos pudimos matar?

Sigilosamente, logra recuperar su hacha, cuidándose de mí, pero yo estaba un poco lejos de su sombrío artefacto. Traicioneramente, se abalanza de nuevo y, con más fuerza que la primera vez, me desencaja la otra rodilla. Quedo tendida a sus pies, bramando de dolor.

Me quita la espada y la tira al mar. Luego, toma una cuerda que tenía enlazada a su cintura y me ata las manos. Me arrastra por la arena, tranquilamente, como si un caballo caminara tras ella, tras su soga. Solo podía ver el azul de Dios y le rogaba a Él que acabara lo más pronto posible con mi vida, antes de someterme a los vejámenes de esos brutales y crueles salvajes.

Al frenar, giro la cabeza y logro ver a unas veinte personas, hombres y mujeres, todos atroces, celebrando la obtención de los tesoros de nuestra iglesia. Imagino, con tristeza, los ríos de sangre que han de estar corriendo por mi pueblo.

Ella se sitúa a mi costado y me empuja. Mira a los de su clan y se agacha discretamente. Introduce unas hierbas en mi boca; me la tapa, junto con la nariz, para que me las trague. No tengo más remedio que hacerlo. Dadas las condiciones, morir envenenado era un final vulgar, en mi posición. Luego, se incorpora y vuelve a empujarme, para que me levante. Me paro y me hala hasta su barco, en donde mi cuerpo se siente mucho mejor. Supongo que debido a las hojas, pero mi alma hierve de confusión y, junto a otros, ahora esclavos, nos embarcan directo al más infame de los destinos.

CAPÍTULO I

Las piezas no encajan del todo. Las he armado y hay algo que no cuadra. Siento que no debiera estar aquí; a veces, creo que no pertenezco a este momento, como si hubiera nacido en el instante equivocado; pareciera que alguien o algo se hubiera olvidado quién soy y ha dejado mi existencia al azar, a los otros. Ese extraño vacío estaba bien; aún no llegaba al límite; no podía ver el pasado. Bueno, es que yo no sabía que estaba al borde de él.

Mi matrimonio fue un desastre. Conocí a Alejandro el primer día, en mi nuevo colegio. Estaba aburrida en el que llevaba toda mi vida: uno de monjas, al que había asistido desde pre-escolar. Convencí a mi mamá de que me estaban haciendo “*matoneo*”, y que la profesora Gloria *me la tenía montada*. Mis ojitos afligidos y titilantes lograron persuadirla, para matricularme en un colegio mixto. A pesar de que ese colegio tenía fama de tener a todos los hijos de los *traquetos*, como estudiantes, fue el único que me aceptó, a la mitad de año escolar.

Mi experiencia con los hombres era nula. A mi papá, lo veía de vez cuando. Sólo compartíamos una cena, en un lujoso restaurante, en donde me contaba, una y

otra vez, sobre sus viajes por todo el mundo. El único contacto que había sostenido con *los pelados* de mi edad era con los primos, que creo eran imaginarios. Con mis compañeras de clase, tenía largas conversaciones por teléfono, aunque nunca supe si eran en realidad ellas o si solamente mis “amigas” estaban jugándome bromas.

Ese primer día estaba nerviosa, ansiosa y muy entusiasmada. Con sólo doce años, esperaba encontrar el amor de mi vida, en ese lugar. Mi mamá me dejó en la rectoría, y ahora creo que, por su mirada melancólica, un tanto angustiada, y sus manos salpicadas, predecía mi entrada a la guerra, una nueva batalla a la que me tenía que enfrentar sola: *la verraca* realidad.

El coordinador de disciplina me introdujo con el nuevo comandante y me ubicó, ante las miradas maliciosas de mi nuevo pelotón. Todos me observaban con una leve sonrisa vil, menos él: Alejandro, el español. Este chico no sólo sobresalía por su boca entreabierta y ojos flechadores, sino por su tamaño, en el último puesto del salón. Me senté a su lado. Parecía ser la zona más segura de ese campo minado e, inmediatamente, nos hicimos amigos. Con él, todo era fácil.

Alejandro no me gustaba; era gordo y siempre estaba sudando. Yo suspiraba por Michael: el hermano mayor del mejor amigo de Alejandro, el cual tenía cuatro años más que yo. Al igual que mi amigo español, nunca pude obtener ni un beso de quien amaba, pero las serenatas de Alejo, las invitaciones a comer, los regalos y su particular humor extranjero me mantenían entretenida.

Un día, tres años después de aquel primer encuentro, Alejandro me invitó a su restaurante español favorito y, con los ojos empantanados y su camiseta de Iron Maiden goteando, me contó que su mamá había decidido divorciarse de su esposo y regresaban a España. Mi mejor amigo se fue. Quedé, durante los dos años que faltaban, protegida por mi novio de turno, mientras terminaba el colegio. Me gradué: terminé las clases, así como la relación con aquel novio también, y quedé de nuevo, *como un hongo*.

Doce años después, a mis veintiocho, mientras preparaba una rueda de prensa para una diseñadora de modas, en mi computador, apareció una notificación en Facebook: Alejandro solicitaba mi amistad. Inmediatamente lo acepté. Duramos horas en videollamada y, un mes después, lo esperé en el aeropuerto. Ya éramos adultos. Él ya no era gordo ni sudoroso, ya se había convertido en un *papacito* español, con una sonrisa matadora. Su estilo de conquistar había cambiado *del cielo a la tierra*. Ya estábamos en la edad perfecta para encontrar la media naranja y, con un beso ansioso y deseoso, en la puerta de salida para pasajeros internacionales, se selló nuestra historia de amor.

Ahora entiendo que siempre fui una enamorada del amor, no de mi pareja en sí, sino de la historia *romantica*. El simple hecho de decir que fui su primer amor de colegio y que, doce años después me había encontrado para casarnos y vivir felices por siempre, me atrapó, me cegó e hizo que, seis meses después, me hallara viviendo en España, casada, y sin la más remota idea de quién era mi esposo, tantos años después de haberlo conocido.

Esta historia, con matices diferentes, se repitió una y otra vez, en el transcurso de toda mi vida. Los tipos malos me protegían y me hacían pensar que podía rescatarlos de sus múltiples traumas infantiles y ser felices, hasta que, finalmente, me casé con uno de ellos y mi mágico sueño Disney se fue a la basura.

Mi matrimonio fue el primer choque con la vida: una explosión de realidad mezclada con miles de engaños, lo que iba a cambiar mi percepción para siempre. El mundo ya no era igual, no era lo que yo creía, cuando estaba encerrada en la burbuja perfecta que habían creado mis padres solo para mí, su única hija, la cual se habían propuesto mantener inflada, mientras la edad lo permitiera.

Sin embargo, de esa experiencia que dividió mi existencia en antes y después de él, emergió el ser más importante de mi vida, por quien estoy dispuesta a luchar

y seguir intentándolo cada día: Miguel, mi luz.

El amor es una ilusión, una treta que nos venden desde pequeños, para no quebrantar la inocencia y los sueños, así como el Ratón Pérez y el niño Dios: no son reales; sin embargo, aunque ya no creo que mi alma gemela ande rondando por ahí, sí creo en la pareja, como equipo para combatir la soledad, para apoyarse mutuamente y, sobre todo, para crear una familia la que, según los abuelos que han durado varias décadas juntos, se basa en aguantar y aguantar, decepción tras decepción, sin desfallecer.

Después de un año de llorar y de confrontarme a mí misma, dejé el drama a un lado. Me paré y seguí adelante en la búsqueda de mi coequipero, un buen amigo que me ayudara a sortear los obstáculos del camino; un hombre que aspirara a lo mismo que yo: formar una familia, amar a Miguel y vivir bien. Con eso me conformaba. Cualquiera divorciado pensaría lo mismo que yo; por eso, mi búsqueda no iba a ser difícil, y yo lo iba a encontrar, sin salir de casa, en un lugar donde están todos los desesperanzados: en las páginas de Dating, pero eso sí, Juan Pablo era muy perfecto para ser real; me hacía sentir cosas extrañas cuando *whatsapeábamos*. Era como si lo conociera de toda la vida, y eso significaba peligro para mí. Definitivamente, su perfil en la página era demasiado bueno; el señor perfecto estaba descartado.

CAPÍTULO II

¿Podría la cábala, la vidente, la hipnosis, los ángeles o el tarot ayudarme a concebir esa pregunta que no he podido formular? A esa que le dé sentido a la vida, porque esa pregunta tiene qué existir, algo o alguien que nos ayude a escalar, pero ¿a dónde?

Eran las ocho de la mañana y apenas veía la luz. Hubiera querido dormir hasta el mediodía, pues, ese miércoles con pico y placa iba a ser un día más en el que esa restricción del tránsito de no dejarnos utilizar nuestros carros casi la mitad del

día era una pesadilla vial para muchos, pero solo una excusa más, para seguir encerrándome en mi apartamento.

Para estar cerca de mi mamá y Camila, me trasladé a ese sitio, que luce como un búnker, pero es mi lugar favorito en todo el universo. No pasa de los cien metros cuadrados. Los buses, carros y eternos adolescentes, en motos ruidosas, alborotan el polvo todo el tiempo. El pavimento de mi calle ha visto más sangre que lluvia, provocada por sicarios a sueldo, mucho más de lo que cualquiera pudiese imaginar.

Está asentado en una capital caótica, violenta, pero más fantástica, viva y acogedora que muchas en las que sólo he logrado permanecer por poco tiempo. Estoy segura de que el encantamiento viene del sol, una estrella que burbujea. Es una ciudad de alegría, música, emprendimiento y pasión. Tener un motivo para salir en el día es mágico, medicinal; me siento viva, feliz, con un propósito para seguir, pero en la noche toda esa amabilidad y humanidad se convierte en hostilidad, egoísmo, miseria y miedo, mucho miedo.

Mi refugio está en un tercer piso, rodeado por hombres armados, rejas electrificadas y cámaras de seguridad, que dan la ligera sensación de una ciudad feudal, con sus muros, sus guerreros en las puertas y torres, y una gran paz en su interior; sin embargo, dentro de los muros es nuestra tolerancia la que debe gobernar. El vecino de encima no para de martillar; los de la puerta de abajo hace poco celebraron la llegada de su segunda bebé, y las bulliciosas llamadas de auxilio que hace la chiquita retumban en todo el edificio. Doña Sonia, la de enfrente, que regaba mis plantas medio muertas, falleció hace poco, por causas naturales. No es de extrañar que tome todas las noches melatonina para descansar y, también, para poder soñar de vez en cuando, con esos fastuosos paisajes que nunca he visto y que son tan relajantes. Es como ver una película nueva, cada vez que entro en la etapa REM.

A pesar de todo, amo este lugar. Es mi santuario, mi resguardo, mi isla

paradisíaca perfecta. Es el único espacio en donde estoy segura de que nada malo va a pasar; en donde me siento bien en medio del caos y, sobre todo, en donde puedo dejarme ir y pensar sobre cada paso por dar. Es que, en realidad, es el único espacio que me ha dado estabilidad, una estabilidad solitaria, pero al fin y al cabo estabilidad.

Tomo el celular, ya caliente, a escasos centímetros de mi cabeza; desbloqueo el modo “No molestar” y leo las noticias de este “maravilloso y excitante día”. El primer mensaje que veo en el whatsapp es de Stella:

- Me avisa cuándo quiere que le lleve el desayuno—. Siempre me escribe justo un par de minutos antes de despertar. Pareciera que se parara detrás de la puerta de mi habitación y, apenas sintiera algún ruido, me escribiera. Stellita es un amor y ha sido más mi confidente que mi propia prima y, cómo no serlo, puesto que es ella quién me ve en todos mis estados de ánimo, y la que me lleva las tizanas, sin siquiera pedírselas. Ella es la jefa de mi hogar; siempre se encarga de Migue y de mí.

- Alimentáme, Stellita—. “Enviar”.

Había dos mensajes más en el whatsapp. Mi ex socia y ex amiga preguntaba, por décima vez, algo que aún no quería responderle, pues, no iba a lidiar más con los últimos dos clientes que nos hacían falta para poder liquidar el fiasco de empresa que habíamos emprendido, y a la que le dediqué tanto tiempo y dinero. El otro, Juan Pablo, era un “amigo”, con quién no tenía una razón lógica para seguir chateando, pero que insistía constantemente y, en realidad, por mí estaba bien, por lo menos el *ding dong* analgésico de mi whatsapp repiqueteaba de vez en cuando y, así, nunca escucharía el “Hello de Adele” que me anunciaba una llamada. El *ding dong* bastaba, me hacía sentir acompañada; al menos, alguien estaba pendiente de mí.

Café, en la mano izquierda; pan de quinua, sobre la bandeja, y pensamientos vagos, sobre lo que haría a continuación, mientras el tiempo jugaba con mi

paciencia. Estar sin trabajo y sin un proyecto en mente, convertía los minutos en siglos de vacilación.

Masticaba en cámara lenta, para alargar la primera de las únicas tres tareas del día; mientras rumiaba, recordé el primer paso cabalístico del día: lo hacía cuando no tenía mucha prisa de levantarme: *El Modá Aní*, oración que me había enseñado mi maestro de cábala, para dar gracias por el nuevo día, y que yo la había memorizado en hebreo, con una canción infantil que, en realidad, era para Miguel, pero sin ella, hubiera sido prácticamente imposible recordarla.

El cabalista también me enseñó a escanear las letras hebreas de “Los 72 Nombres de Dios”, una herramienta que ayuda al alma a regresar al cuerpo, después de la noche que pasa en la otra dimensión, y que debía hacerse con el primer aliento de la mañana y, sin falta, para poder enfrentar los desafíos diarios: el gato negro, la escalera mal ubicada, el temperamento de la gente que para mí ya es muy difícil, y lo más importante, convertirme en mi mejor versión. Yo creo en la cábala; por lo menos, no es un culto religioso al que debo asistir constantemente. La estudio algunas veces y me retiro por largas temporadas también, y las cartas, las cartas me encantan.

Tomo la baraja de los nombres, con un poco de prevención, pues, siempre parece que define mi suerte, por las siguientes veinticuatro horas. Saco una carta: “suavizar los juicios”; la escaneo tres veces y pienso que hoy tendría qué luchar contra mi ojo crítico de las series de Netflix, porque como veía mi día eso, sería lo más desafiante que podría pasar.

Podía sentir la emanación de las paredes, incluso antes de las diez de la mañana. Creo que ese fue el peor verano que ha azotado a la ciudad, alcanzando temperaturas de cuarenta y dos grados centígrados, y humedeciéndonos cada poro, incluso resguardados. Aunque en este país no hay estaciones, este día se sentía arder. Sin embargo, nada se detenía. Ni la guerrilla que parecía volver a tomar fuerza, en los diálogos de paz, ni las bandas criminales, ni el peor

presidente de la historia y, obviamente, la *rumba* nunca se acababa, pues, ella hacía revivir cada noche la ciudad. Se dice que nosotros no tenemos *plata* para los impuestos, ni para las multas de tránsito, pero siempre hay algún gasto que se puede recortar para ir a una discoteca y emborrachar el presente, con una botella de aguardiente.

No tuve más remedio que tomar una ducha de agua tibia. El agua fría siempre me ahoga, me quema; sencillamente, no puedo con ella. En el ipod del baño, suena esa canción que me encanta, esa que me eriza la piel. La mexicana Ana Gabriel canta, retumbando en el eco del vapor "...Con ilusiones, marcó su destino, pero no pudo escapar; nunca se supo por quién lloraba; él nunca quiso hablaaar; hoy se preguntan con gran tristeza quién le arrancó el corazóón; quién se ha llevado con su partida todo el valor de amar, de amar..." -. La hubiera podido cantar cincuenta veces y perderme horas en ella, pero mis duchas solo duraban, en promedio, diez minutos, por la escasez inminente de agua que amenazaba con apagones diarios a la ciudad. Eso me alcanzaba para oír "Destino", sólo tres veces.

La música árabe, hebrea y celta me transportaba a otros sitios. Me tranquilizaba en ocasiones, pero otras veces me revitalizaba con salsa o vallenato. No tengo preferencias; todo depende de ese estado de ánimo mío tan variable, que puede ser tan impredecible y temeroso, como el futuro incontrolable e inevitable.

Odio verme el pelo mojado. El rojo se cae fácil y mancha la ropa, aunque es el color que esconde mejor lo que se ha caído: la evidencia que dejó el divorcio en mi cabello y que lo redujo bastante, pero eso sólo lo notaba yo. Empiezo con las cremas faciales y, mientras se secan, ojeo rápidamente Facebook: lo único nuevo son las noticias del diario local. La gente se ha vuelto predecible y, en sus estados con alto contenido motivacional, las fotos en las que posan en eventos magníficos y los mil besos que se dan las parejas perfectas dejan notar que se sienten tan extraviados como yo, con la diferencia de que no me interesa comunicárselo al mundo; sin embargo, no he podido dejar la adicción de

revisarlo, varias veces al día.

Una ventana emergente se despliega en la pantalla y me recuerda que el centro holístico donde estudié un par de años sobre diferentes mazos y ángeles tiene hoy su “Noche de tarot”. Lo había olvidado, porque no pensaba ir, pero al ver este día tan poco promisorio y, al percatarme de que el evento era a las nueve de la noche y no se cruzaba con el horario para compartir con Miguel, decidí ir a tentar las cartas, que me muestren qué tiene el ensañado destino esta vez preparado para mí.

CAPÍTULO III

Un día más, como alma en pena, observando por un largo rato el blanco de mi cielo, intentando asimilar la búsqueda inútil de lo que no se tiene ni un rastro, con la sensación de que, probablemente, esta era sólo una vida más, deambulando para encontrarnos.

Estuve enojada un tiempo. El psiquiatra con quien fui un par de veces me sacaba de casillas, y lo único que hacía era tapar el sol con un dedo. El antidepresivo que me recetó, con mil efectos secundarios, sólo lograba atraer nuevas pastillas que, a su vez, tenían efectos secundarios también. Es que sólo podría resultar un maldito círculo vicioso de nunca acabar, en donde tenía solo dos opciones: vivir en la melancolía o lidiar con los efectos colaterales de la “píldora de la felicidad” que, en realidad, era un sedante, un químico que me hacía flotar en un mundo donde nada era importante, donde la vida pasaba sin emoción alguna, como esas películas lentas y malas en las que, al final, se sentía una decepción insípida.

Nunca volví donde ese doctor. Ya no me confío de los médicos que han estudiado tanto y creen conocer bien el cerebro, pero al final no entienden nada: ensayo y error, ensayo y error, y una vez más y también otra vez, por si acaso. Ellos no comprenden la tristeza humana, la decepción. No saben por qué, con el paso del tiempo, la vida se va volviendo más pesada, sin todo el sentido, sin muchas opciones. No tienen idea de cómo prevenirlo, ni mucho menos cómo solucionarlo. Dopar es lo único que pueden hacer, para calmar el análisis nocturno de la realidad.

El primer año, después de mi divorcio, se convirtió en un hoyo oscuro y profundo del cual no sabía muy bien cómo salir. Decidí visitar a ese psiquiatra, aunque me diera vergüenza. Pensaba que si alguien se enteraba, iba a deducir

que estaba enloqueciendo, pero debía hacerlo por mí, por mi hijo. No podía quedarme más tiempo ahí. Debía salir, pero esa terapia que solo dejé durar un mes me agotó. Mi cuerpo no toleraba más mareos y dolores de cabeza. Me sentía maltratada por el destino y por esas pastillas que nunca debí tomar. Estaba reducida y, si seguía así, sorteando las secuelas, mi cuerpo iba a colapsar y no podía darme el lujo de derrumbarme.

Cuando las boté a la basura, volví a ser yo. No puedo negar que tengo mis momentos en los que bajo a ese inevitable pozo, pero aprendí a tener valor y salir rápidamente, sola, sin pastillas, recordando que nada es para siempre y que la felicidad no es un estado. La dicha y la alegría son sólo momentos que se deben vivir al máximo y, sobre todo, tengo que capturarlos en mi memoria, para recordarlos en los días grises y frágiles.

En la onda naturista, orgánica y animalista extrema en la que estamos viviendo en esta época, lo que añade más presión y culpa en el día a día, decidí experimentar con las terapias alternativas, para levantar el ánimo y recuperar mi vida. El primer intento fue la psicoterapia, un desastre total. Asistí a esa consulta, para escuchar al terapeuta señalar que mi vida era perfecta; más que perfecta, era envidiable, en la que todos mis miedos eran bobas fantasías que tenía que dejar de pensar y ya. ¡Así de fácil!. “Sólo enfócate en el presente, esa es la herramienta que necesitas para ser feliz”. ¡No podía creer que había pagado doscientos mil pesos, para oír semejante simplicidad y frase cliché! Si me hubiera comprado un libro de Deepak Chopra, me habría salido mucho más barato y hasta hubiera sido más efectivo; definitivamente, la neurolingüística no funcionó conmigo. He descubierto que soy resistente psicológicamente, por no decir *más terca que una mula*, pero es la verdad, no soy fácil de convencer. A mí me tienen que argumentar bien y con hechos serios, y mi realidad es todo lo que me ha pasado. Nadie me puede decir que no va a volver a pasar.

Luego, continué con la búsqueda de la espiritualidad: las terapias sistémicas, las constelaciones familiares, la homeopatía, el vegetarianismo, las chacras, las

energías, los mantras, la meditación, los aceites esenciales, las esencias florales, los remedios caseros, los rituales mágicos, los retiros espirituales y demás. No ayudaron mucho, y un par de ellos me hicieron creer que yo era la responsable de todos los errores de mi árbol genealógico; que en mis manos estaba el destino de mi linaje y que, si no hacía todo lo que ellos me decían, el futuro de mi hijo y del resto de mi descendencia iba a ser devastador.

La presión que se maneja en algunas de estas corrientes que están de moda y que también son muy rentables es brutal; es algo que simplemente es imposible de soportar. Al final de todas estas experiencias e inversiones infructuosas, comprendí que el control de mi vida sólo lo puedo dominar yo, nadie más; sólo yo lograré hacerme mi propia terapia efectiva, que detenga los pensamientos tristes y angustiantes. En el estudio de la cábala, encontré algo de paz, pero no soy muy juiciosa con las oraciones y rituales en los que consiste la cábala, pero leo un par de libros al mes y hago uno que otro ritual, de vez en cuando. Es lo único espiritual que no me hace sentir juzgada y culpable.

Por otro lado, a veces pienso en las mujeres de otros siglos. Ellas tenían una mejor existencia que nosotras; sus objetivos de vida eran simples: atender a su esposo, criar bien a sus hijos y mantener decente su casa. Eso era todo. No digo que fuera fácil, pero seguro era menos complicado y no había mucho espacio para la ambición, los complejos y la desilusión. A nosotras, se nos ha venido el mundo encima con la célebre liberación femenina. Se nos exige ser perfectas, y no serlo nos acaba llevando al punto en el que estuve yo. La perfecta ama de casa, esposa, madre, profesional, amiga, hija, hermana; debemos ser altamente productivas y, por si fuera poco, nuestro cuerpo, forzosamente, tiene que ser sublime, así como los modelos de portada de revista, que ni ellas se parecen a su propia foto, por todo el photoshop que les *estampan*.

No soy perfecta y nunca lo seré. Mi entorno y yo tendremos qué vivir con eso, el resto de la vida. Definitivamente, no voy a comer orgánico; no voy a ir todos los días al gimnasio; no voy a asistir a la iglesia ni a ninguna otra corriente religiosa

o filosófica, con devoción; no voy a ser la periodista del año, ni la filántropa más famosa de la ciudad, y las tres cirugías plásticas que me he realizado han sido suficiente maltrato y cicatrices para mi cuerpo. No me voy a cohibir de un cigarrillo con un buen café; de una botella de aguardiente, con buena compañía, ni de pasar tres días bajo las cobijas, si eso se me antoja. Si algún día encuentro un nuevo amor, tendrá que amar también lo compleja que soy, el desorden de mi análisis, los recuerdos punzantes, las influencias propias de la época y, sobre todo, el inmenso amor que tengo represado en el alma para él. El hombre que encuentre suficiente este revuelco de mujer deberá ser también un huracán, pues, juntos habremos de encontrar las preguntas correctas para entender el mar de efectos que se nos han destinado.

Qué tonta soy. ¡Largáte Julieta!

CAPÍTULO IV

- En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, amén– recitó Miguel, en voz entrecortada y juguetona, mientras giraba los ojos marrones de un lado a otro, como si todo le diera vueltas. –Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares de noche ni de día, hasta que esté en paz y alegría, con todos los santos, Jesús, José y María. ¡Listo mami!– Y dibujó una bella sonrisa, quedándose inmóvil, esperando el siguiente paso de nuestro infaltable y arraigado ritual nocturno.

- ¿Cuál es la verdad del sueño, cielo?– Pregunté, tocándome la barbilla con mi mano izquierda, estirando los labios y mirando al techo, con los ojos entreabiertos, para esperar la respuesta a aquel juego que él había inventado, en el que me describía, en forma narrativa y fantástica, qué había decidido soñar esa noche.

- La verdad del sueño, mami, es que estamos todos juntos en un barco- Sus pupilas alzadas me mostraban cómo recreaba la escena en su mente, -Mi papi, tú y yo jugamos a encontrar los tesoros que están escondidos en lo profundo del mar-, exclamó, recitando su poesía, brazo extendido y el otro en el pecho, con una mirada enfocada en el infinito horizonte de su habitación. Ese lugar que decoré con tanto amor, donde el líquido amarillo de su miedo mojaba sus antiguas noches, debido a la ausencia de su papá; un lugar que convertí en su pequeño refugio también, con muros de madera blanca, cielo estrellado, cortinas

aladas y piratas que arribaban del techo, para salvaguardar su corazón.

- Parece un sueño muy divertido, cielo, pero ya es hora de dormir- Y, mientras lo arropaba, susurraba: -Que sueñes con los angelitos y con papito Dios. Hasta mañana, hijo, te amo.

- ¡Olvidaste lo de las pesadillas!- gritó- en el mismo instante en que su cara se tornaba un poco triste y con cierta expresión de angustia, como si sólo con el hecho de que yo lo dijera, el malvado duende de las pesadillas se ahuyentaría, por los deseos de mamá.

- Que sueñes con los angelitos y papito Dios, y que no tengas pesadillas, hijo. Te amo, y ahora sí a dormir- le ordené.

-¿Cuándo viene la tía Cami? ¡Quiero dulces!- Simplemente lo informó, pues, él sabía que, por alguna extraña razón, su mamá le permitía comer los dulces de la tía Cami a cualquier hora. Ese no era el terreno de mamá.

-No tengo idea; ya sabés que la tía es como un pajarito que, en cualquier momento, aparece por aquí. Y ya a dormir, hijo, que apenas es miércoles, y no puedes trasnochar en día de semana-. Y es que mi prima se la pasaba de cita en cita, con sus amores de Tinder. Sólo se aparecía por aquí, cuando tenía un encuentro desastroso, y no se aguantaba las ganas de reírse con alguien, del fracasado de turno. Sospecho que tiene el baúl de su carro lleno de dulces, para esas ocasiones.

- Mami, te amo, y que te acompañen a ti también los angelitos. No te demores, que si me levanto y no te veo, me asusto-. Y besándolo en la frente, sellé una noche tranquila, con la promesa de no tardar. Miguel se acurrucó, adoptando una posición fetal, casi protegiéndose y, envuelto en su sábana deportiva, cerró sus ojos y a los dos minutos se durmió.

Faltaba poco para que Miguel cumpliera los seis años. Cada paso con él había sido un verdadero reto para mí, por su naturaleza intuitiva, sensible y revoltosa.

Era esa clase de chiquillo encantador que abría la puerta del auto; sorprendía con una flor del jardín y susurraba un te amo, sin algún motivo, pero también era un niño insistente que no aceptaba respuestas condescendientes e insatisfactorias y expresaba todas sus emociones, inclusive, las más explosivas.

Era un ser especial, mi luz, pero a tan corta edad ya cargaba una enorme cruz, una pesada, de madera maciza, con clavos sueltos que tallaban su corazón: el abandono de su padre. Alejandro, esa enorme equivocación que me mintió sobre su pasado; un periodo de su vida en el que hizo un mal negocio, una fraudulenta transacción que el narcotráfico aún no olvidaba, y eso lo obligó a huir del país. Él es el mismo desliz que un día dejó de llamar a mi bebé, porque decidió dejarlo a su suerte. De su recuerdo, sólo quedaron las fotografías de la boda, olvidadas en la bodega tres, la que me corresponde en la unidad.

Mi chiquito ha estado sin padre, en las celebraciones del colegio, en las enfermedades, los cumpleaños y, sobre todo, sin padre los domingos, unos pocos que se convertían en los días grises de mamá y en los que hubiera preferido estar jugando con la pelota o chapoteando el agua, en el día del sol.

Miguel es inquieto desde que estaba en el vientre, cuando se escondía sonriendo, para no dejarse ver. A pesar de ser el menor de su clase, sus profesoras se sorprenden al situarlo entre los más ágiles y avanzados del salón. Él no olvida detalles. Miguel evoca todo, hasta en los peores momentos para hacerlo, ya sea para hacer recordar algo, para obtener lo que quiere o para hacer a alguien pedazos, con preguntas o comentarios que la inocencia no deja escapar. Y es que a Miguel no se le escapa nada. Por eso, a veces olvido su corta edad y le exijo de más, pero cuando zarandea el saco de boxeo y el temperamento se le desborda, recuerdo que es mi chiquito, ese que aleja a veces a las personas que quiere, para que no lo abandonen; que se pone agresivo cuando recuerda mucho, o se acuesta al lado mío, para poder hacer lo mismo que yo, durante horas, dejarnos ir, cambiar de piel y volver a salir.

El centro holístico estaba en el otro extremo de la ciudad y debía apurarme, si quería llegar a tiempo. Manejar de noche me ponía nerviosa, sobre todo cuando el semáforo estaba en rojo y debía parar. Las alertas eran incómodas para mí; las motos frenaban a los dos lados e imaginaba que los motociclistas, escondidos en sus cascos, se me iban a atravesar. A veces, creía que ese miedo estaba controlado, pero claramente no era así. Siempre pienso que voy a repetir la violenta historia de mi madre.

Me encomiendo a una legión de ángeles y espero llegar bien a mi destino. A veces, me revolotea en la cabeza la idea devastadora de mi hijo sin mí, él sin mi escudo guardián y sobreprotector, pero sobre todo él sin mi inagotable amor. Lo incierta que sería su vida, y la tristeza de su soledad. Yo era una guerrera con un escudo invencible; sin embargo, eso hace que mis manos resbalen aún más sobre el timón.

Lavanda y rojo, todo rojo. Han cambiado la tradicional luz blanca, por bombillos rojos, y pienso si no habré confundido la “Noche de tarot”, con la “Carpa roja”. De ser así, perdí el tiempo y me serví en bandeja de plata a todos los peligros de una de las ciudades más peligrosas del mundo, por asistir a la “Carpa roja”, un evento donde se reúnen varias mujeres a celebrar su feminidad, a hacerle culto a su vientre y a bendecir su menstruación. ¡Ni estando loca me quedaría! Es que no estoy tan mal. Veo una cara conocida de mi curso de “Taroterapia”. Eso es bueno, me acerco:

- ¡Claudia! ¡Hola, cómo estás, ve qué linda! ¿Qué te estás aplicando?- pregunté enérgicamente, para romper el hielo con una ex compañera a la que no veía desde hacía un par de años, y que francamente se veía igual, con su falda hippie blanca, una blusa básica blanca de tiras en los hombros, accesorios y sandalias rojas y su cabello negro, crespo, largo y un poco desordenado. Era la misma de siempre, con la misma sonrisa agradable de dos años atrás -No me digás que es el colágeno natural, porque eso ya lo intenté-. Pronuncié estas palabras, acompañadas de un fuerte abrazo y una expresión de agrado.

- ¡Lucy!- delinea una gran sonrisa –No, qué tal boba, estoy igual– afirmó, mientras llevaba su mano derecha a su cabello, y con su dedo índice ondulaba un mechón, por un par de segundos. Y es que un halago no le hace mal a nadie, incluso, puede arreglar un mal día -Vos sí cada día más flaca; qué rico verte– Mi vestimenta no era muy diferente a la de Claudia y, a partir del divorcio, no paraba de perder gramos. Siempre me he esforzado por encajar y la ropa es un buen comienzo. Por eso, el “outfit hippie chic” era perfecto para estas reuniones: falda negra larga de algodón, camiseta gris de manga corta, chaqueta de jean, sandalias sin tacón y accesorios de plata.

Me sentía cómoda en estos lugares. Me hacía bien la luz que emanaba de esta gente, pero diría mentiras si afirmara que uno salía mejor de aquí. No, de estas cosas uno salía revolcado, con el panorama más confuso e incierto que con el que entró.

-¿Lista para mirarte en el espejo?– señaló a su alrededor, presentándose el evento.

- Emmm... pues, es que eso te quería preguntar. Es que me confunde ver todo de rojo. ¿Es noche de tarot o de carpa roja?

- Lucy, es que anoche fue “Carpa Roja” y creo que finalizó muy tarde. ¿Viste que no hay ni un hombre? ¡Hoy es celebración de mujeres, con el tarot! - afirmó, con una alegría rebosada que a veces no entiendo de la gente de estos círculos.

- Mmm, eso veo. Esperáme que voy a ver cómo está la cosa y a preguntar por las listas para anotarme– Me despedí, fingiendo prisa, y me acerqué a las cuatro mesas. Dos tenían otra especialidad: Angelología, Runas y dos de Tarot. Indiscutiblemente, yo quería una lectura de tarot. Con los ángeles, ya nos entendemos muy bien, pero al mirar alrededor y contar vagamente unas cuarenta mujeres, supe que si quería una lectura esa noche, debía irme a una convención gitana o mover influencias. Escaneo la marea roja y regreso con Claudia, puesto que si había alguien que me podía ayudar a concretar algo con la vidente era ella.

- Ve, Claudia, es que hay dos mesas de tarot. ¿Vos conocés a las tarotistas?— pregunté, con la esperanza de que ella supiera quiénes eran, que me recomendara a la mejor y, sobre todo, que me ayudara a obtener un lugar seguro, en la lista de lectura de esa, la mejor.

- Mirá, Lucy, la mejor definitivamente es Patricia. Claro que todas son buenas— No vacilé en pronunciar ese nombre -Pero no sé qué tan viable sea que te podás leer hoy las cartas. Lo que sí te puedo asegurar es que es la más acertada que he visto, pero igual, como te dije, las otras son buenas también— Asintió, como si esa fuera la última y más sabia palabra de aquella noche, y sí, claaaro, las otras eran buenas también.

- Vale, ¿cuál es Patricia?

- La última mesa, la de la blusa así como bien escotada- Solo faltaba la pañoleta en la cabeza, para cuadrar con el estereotipo, porque los grandes aros, el lunar en la mejilla y la falda con vuelo, ya los tenía. Sonreí por un segundo e inmediatamente me regañé. Claramente, había ya fallado con el propósito cabalístico de ese día: no juzgar.

Yo no me iba a ir de ese evento, sin esa lectura, o por lo menos, sin los datos de la mágica Patricia. Si Claudia había hecho esa afirmación, no eran sólo habladurías, puesto que ella era una psicóloga holística que llevaba muchos años estudiando estos temas y se tomaba muy en serio su trabajo.

Yo ya había estudiado el tarot. Yo sabía el gran poder detrás de los arquetipos forjados en él, y cómo operaba en conjunto con el subconsciente. También, me parecía coherente la explicación de cómo se compartía con él la información, en el campo cuántico. Conocía el significado de cada carta y varios tipos de tiradas; en resumidas cuentas, le creía.

Las barajas me habían apasionado toda la vida. Desde los doce años, cuando leía los naipes a mis compañeras del Colegio, sabía que eran más que cartón. Les cantaba corazones y tréboles, y sólo balbuceaba historias sin sentido, que salían

disparadas de la bola de cristal que soñaba tener. Se trataba de una travesura, un juego de rol que, en realidad, se sentía. Ahora, cuando lo pienso, en el puesto en donde debía estar. Pero un día, esas boberías que imaginaba se empezaron a hacer realidad. Se reveló ante mí una herramienta poderosa que aún no sabía controlar.

Mis predicciones eran divertidamente nefastas, pero a nadie preocupaban, porque ese era el momento de las chicas, lo que precedía al juego de la ouija y que, en la tarde, ya se había olvidado. Pero el día en que Juana no llegó a clases, porque estaba acompañando a su papá en el hospital, tal como se lo había adivinado un par de semanas antes, enterré el tarot y lo olvidé por muchos años.

Cuando me casé, retomé mi lado místico con la Wicca, la religión pagana de las brujas, y aprendí todo del tarot, todo, sus giros, su reflejo, su magia y también los secretos que ocultaba cuando, según la física cuántica, se compartía el campo mórfico con él. Por eso, le tenía un respeto enorme y, hasta cierto punto, algo de temor. Yo, a veces, consultaba los oráculos de los ángeles, para aclarar mis dudas, pero ellos eran amables, amorosos y no daban hechos tan exactos, como el tarot. El tarot puede decir cosas terribles, y sus imágenes pueden calar en lo profundo del inconsciente.

Ding Dong.

-Hola- Era raro que Juan Pablo no hubiera aparecido en todo el día. Ya habíamos pasado al whatsapp. Me gustaba chatear con él; discutíamos sobre temas tan profundos, como no lo había hecho con nadie. Nos conocíamos hacía más de un mes y habíamos despertado varias madrugadas juntos, discutiendo sobre temas tan existenciales como enredados, y sin una solución aparente. Y, aunque había que *sacarle las palabras con anzuelo*, a veces se dejaba ir y me mostraba lo interesante que podía llegar a ser una conversación con él. El matrimonio y las relaciones humanas eran los protagonistas principales de nuestros debates, pero igual, él estaba descartado. Mi búsqueda de los perfiles de

solteros no había terminado -¿Estás ocupada?

- Hola, Juan, andás muy perdido. Eso fue que ya conseguiste novia ... No te puedo hablar mucho, estoy en un evento— No era el mejor momento para una de nuestras conversaciones.

- Hoy tuve un día pesado y acabo de desocuparme. No te preocupés; hablamos mañana... y avisame cuando llegués a casa - Así se despidió uno de los hombres más complacientes del mundo.

- Vale- Era el momento de comunicarme con Patricia.

Después de observar un par de minutos a Patricia y a su consultante, que estaba en ese momento con ella, a la espera de encontrar un destello de tiempo, pude notar que nuestra aclamada adivina estaba apurada. Tenía una fila perpetua de clientes y agitaba su pierna aceleradamente, debajo de la mesa, creyendo que el mantel económico escocés escondía su estrés. Decidí no perder más tiempo. Las incesantes manecillas iban a marcar las diez, y cada minuto que pasaba, la ciudad se hacía más amenazante para mí y para el futuro de mi hijo. Sin vacilar, me acerqué:

- Hola...Perdón, es que... —interrumpí visiblemente apenada, pero decidida —No puedo quedarme haciendo esa fila tan larga y debo irme. Quería preguntarte, ¿de casualidad atendés consultas particulares?- Fijé mis esperanzados y apurados ojos, en su desconocida mirada.

- Tomá, esta es mi tarjeta— Las tenía listas en un bolsillo, asomadas a su bolso, que colgaba de la silla de plástico blanca, para hacerse publicidad ¡Y yo preocupada! Giró su cara rápidamente, de nuevo, hacia su impaciente consultante de turno. Les agradecí y salí del centro holístico, en busca de mi camioneta. Sólo pensaba en esa hora de camino que me esperaba, para regresar a mi venerado a

CAPÍTULO V

No podía ser posible que fuera a cumplir tres años de divorciada y no hubiera tenido una relación aceptable. Mientras manejaba y, para evitar atraer a los bandidos con mi nerviosismo, discutía conmigo misma y con Dios. Después de un matrimonio tan funesto como el mío, no imaginé un futuro tan desértico. Solo un hombre había estado sobre mí, y resultó ser un total chasco.

Hace un par de meses había bloqueado a Ricardo, de todas mis redes sociales y de mi celular también. Él me hacía daño. Cuando mi prima me llamó y me contó que él le había enviado solicitud de amistad por facebook y que, a pesar de su rechazo él le insistió rudamente, enviándole un mensaje con alto contenido sexual, entendí que había cruzado todos los límites y, sin tomarme el trabajo de despedirme, explicarle o por lo menos insultarlo, lo bloqueé de mi vida, completamente.

Ricardo era un hombre con el que me topé en una red social de citas, al igual que todos los hombres con los que había hablado en esos tres años, y quién antes de conocerlo me parecía desagradable, por sus insinuaciones sexuales, pero tras su obstinación, cosa que valoro, me encontré personalmente con él. Ese día iba a una reunión, en el colegio de mi hijo, y él me insistía, por el whatsapp, en que nos conociéramos. Llevaba un mes casi suplicando, y ese día dije que sí.

Le sugerí vernos en la noche, un rato, después de las siete, pero me escribió que estaba en la esquina de mi casa, me estaba esperando. Decidí soltar esa intensidad de hombre, de una vez por todas, y quitármelo de encima. Salí de la unidad residencial y parqueé mi camioneta a unos pocos metros. Inmediatamente apareció en un auto deportivo, que se confundía con el asfalto, y lo reconocí. Alto, grueso; se veía con más peso y músculos, que lo que se apreciaba en las fotos que me había enviado. Eso sólo me gustaba más: sentirme flaca, al lado de un hombre, es puro instinto de supervivencia. Me atrajo su término medio, jeans, camisa manga larga, blanca, por fuera del jean; zapatos de cuero café, que le iban muy bien y, claro, las gafas tipo piloto, que *photoshopeaban* cualquier imperfecto.

Se subió a mi lado, con una confianza impetuosa, y sin siquiera saludar, me quitó las gafas y me besó, antes de que yo pudiera reaccionar. Mi corazón se aceleró y su experticia fue tan irresistible, que fue inútil negarme. Me tomó desprevenida; no podía pensar. Su exquisito y fino olor cítrico me nublaba los pensamientos. Su joven barba me rozaba el deseo, y no sabía aún, si era ese hombre desagradable que quería bloquear, o por quién había esperado toda mi vida. No sabía si cortar el beso o simplemente dejarme llevar. En realidad, no sabía ni qué permitirme sentir, pero en ese punto daba igual. Ya no era relevante; él había tomado el volante de esa relación, y yo dejé de ser dueña de mí misma tanto tiempo, que iba a precisar perder el control completo sobre mi vida, para reaccionar.

Después de unos cien latidos se retiró suavemente, dejándome sentir aún su respiración, incrustándose sus ojos verdes infames y hambrientos, que traspasaban el cristal de sus gafas de aviador. Me miró por unos segundos y dibujó una sonrisa orgullosa.

- Mucho gusto, me llamo Diego- Con tono burlón, lo inquirió durante las muchas veces que le manifesté mis dudas sobre la realidad de su perfil.

- Pero ¿qué es lo que acabás de hacer?– ¿Diego? Él haciendo chistes y yo estaba en shock. No reaccionaba, pero trataba de disimular lo impactada que estaba por su imponente, su perfección. Ese hombre era para mí.

- Bueno, fue una delicia conocerte– Me dio un suave, pero rápido beso, y se fue sin despedirse. Yo quedé atrapada, en ese momento, en una historia que iba a romper todos mis esquemas, mis valores, mi amor propio e iba a explorar mi lado oscuro, hasta una profundidad perturbante, desconocida hasta ese día.

En ese momento, había pasado año y medio de la peor etapa de mi vida, mi divorcio, y durante ese tiempo creí que me había gastado todas las ilusiones, que mi inocencia había quedado arruinada y que era verdad lo que algunas personas me decían: Me había convertido en una roca que ya no sentía, pero ese día me aturdí el pecho, mis pensamientos viajaban en cohete, mientras lo veía alejarse en su Honda. La niña, mi niña interior, ese ser que vivía aún dentro de mí, que mantenía la ilusión del amor, que conservaba la convicción de encontrar, por fin, nuestro final feliz, desbordaba sueños y fe.

A mi niña interior la enjaulé unos meses después de que me casé. La até sin piedad y con firmeza, a los barrotes de su jaula, como castigo por creer, por soñar y por permitirles herirme, de la manera en la que lo hicieron. Esa niña ¡Es que esa niña nunca pensó en nada! Siempre soñó con su propio príncipe, dos bellos y encantadores hijos y una familia perfecta que ella iba a construir. Estaba segura de su cuento de hadas y creía merecerlo, pero nunca analizó ningún detalle, ni el millón de señales de alerta que le llegaron desde el primer día. Ella se dejó enamorar como una tonta, sólo con una historia cegadora y cursi, la novela del primer amor: después de muchos años se reencuentran, se casan y viven felices por siempre. ¡Bah! ¡Eso es una mierda! Y, por eso, la tenía amarrada, hambrienta, sucia, lacerada y humillada; la escondía y la controlaba, llamándola “Julieta”.

Julieta Capuleto, una sufrida mujer de la novela de Shakespeare, que nunca pudo

estar con su amado Romeo y, al final, sufrió una desgracia. Ella representaba para mí la ingenuidad de creer, de soñar con el amor verdadero que se le prometió desde muy pequeña, y esta creencia arrastró a todos a su alrededor a la desgracia y la muerte, justo como mi Julieta hacía conmigo. Por eso, la bauticé con ese nombre. Se enamoraba sin prevenciones, y era yo quien debía sufrir las consecuencias. Pronunciaba su nombre seguido de un ¡lárgate!, para evitar su intrusión en mis asuntos, pero ese día, el día que vi alejarse a Ricardo, después de ese beso, mi Julieta levantó su cabeza, después de muchos años de sometimiento. El brillo de sus ojos iluminó por primera vez, en años, ese espacio sombrío y lúgubre que la rodeaba. Intenté gritarle: ¡Julieta, lárgate! Pero mi voluntad se retiraba rápidamente, al igual que ese Honda gris plata, que se perdía poco a poco y que, con un pequeño esfuerzo, me haría extraviarme también a mí. Julieta se me había salido de las manos.

Durante dos días, Ricardo y yo no nos separamos del whatsapp. Nuestras conversaciones se tornaron un poco más profundas, y el flirteo se disparaba cada segundo. Queríamos más, mucho más; más besos, más contacto, más piel. Me citó en una heladería, a las 4 pm, cerca del apartamento. Sabía que no iba a demorarme mucho; debía estar a las seis, para compartir con Miguel, al menos una hora.

Desde las dos, empecé a arreglarme, para no toparme con Miguel. Ese día, me esforcé mucho, como no lo hacía en varios años, sobre todo con los aromas. Me gustaba oler bien. En los hombres, ciertos olores despiertan deseo, y eso era lo que quería provocarle a Ricardo. Me bañé y, al final, froté todo mi cuerpo con “Pure Seduction Body Wash”. La artillería pesada de Victoria’s Secret estaba lista.

Me enjuagué y sequé delicadamente. Era un día diferente. Necesitaba transpirar erotismo y debía empezar con actitud seductora, desde ese momento. Fui desnuda a la cama y dejé impregnar mi pierna izquierda de la crema de Victoria “Love Spell”; continué con la pierna derecha y me detuve en la entrepierna; subí

a la anhelante zona púbica y masajé. Necesitaba que la energía de ese chacra explotara ese día. Continué con mi estómago y, como si de un tango se tratara, mis manos tocaban mis senos, en una coreografía sincronizada, de forma circular; los bordeaba y, luego, desde atrás, desde la base de los senos, se deslizaban hasta llegar al pezón, y me mimé por unos segundos. Sin darme cuenta, mis dos cálidas manos habían dejado su paso de baile y se habían escurrido sigilosamente hasta llegar a la pelvis. Estaba excitada. No podría irme así a la cita, debía tener un orgasmo.

Mi vibrador, ese compañero fiel que había conocido después de mi divorcio, y que me había llevado a mi primera explosión de éxtasis, a los 31 años, con sólo cinco segundos de contacto con mi clítoris, estaba en modo On. Sin perder tiempo, lo puse en su velocidad más alta. Su retumbar impregnaba la habitación de placer y, al acercarlo a mi clítoris, pensé en Ricardo, en su boca y en los movimientos de su lengua, en cómo se sentirían esos movimientos en toda mi vulva; su respiración chocando con mis labios internos lubricados, mientras pretendía arrancar mis glúteos y -¡ah!- empapada, explotó el orgasmo, a los pocos segundos. Todos mis músculos se contrajeron y, luego, me entregué a esa deseada sensación. Disfruté el relajamiento, por unos minutos, y continué con los preparativos para mi encuentro con Ricardo.

Ding dong

-Mujer ¿llegaste a casa?– interrumpió Juan Pablo mis eróticos recuerdos con Ricardo, mientras conducía.

- Juan, voy manejando, en un rato te escribo ¿vale?– Lo envié en formato de mensaje de voz y pensé en lo insistente que podía llegar a ser, aunque nunca me había dicho nada de su atracción hacia mí. Sé que le gusto. Un hombre en una página de citas busca sexo o amor y, con esa obstinación, me dejaba claro que el sexo ya había pasado a un segundo plano. Me preguntaba si creería que tenía alguna oportunidad conmigo. Yo estaba segura de que no era así; no me veía al

lado de él, y comencé a recrear en mi mente algunas situaciones en las que pudiera entregarle ese mensaje.

Sobreviví una vez más ese miércoles y llegué a mi apartamento pasadas las once de la noche. Cerré la puerta, miré por encima de los escalones y ahí estaba la sala. No me cansaba de mirarla y, en general, la redecoración que hice apenas el mes pasado, era un sueño. La inspiración: Francia, siglo XVI; laboriosos capitoneados y aterciopeladas sensaciones en los brazos. Me acerqué al sofá principal y me senté por unos segundos. Al contacto, abrigo seda, romance y lujuria y, al mismo tiempo, clase y elegancia. El aroma a madera fresca y nueva confirmaba una buena inversión. Desnudé mis pies y los posé sobre la alfombra que emulaba el mar, con olas de varios azules. Relajaba su delicadeza. El contraste que abría paso a la modernidad lo daba el color turquesa, ese tono que amaba, que brindaba calidez y que me inspiraba y abrazaba. También, al jugar con el plata y el blanco, había un balance entre la elegancia de lo clásico y la onda “New age” de lo actual. Al menos, podría buscar algo de balance en mi vida, aunque fuera sólo con la decoración. Daba igual, vivir ahí me gustaba.

Antes de seguir al cuarto, no pude evitar contemplar una vez más el gran espejo, punto de atención de la sala. Tan grande como el mismo sofá, bordeado con un marco tallado en madera, con forma de enredadera. Sus particulares colores renacentistas quedaron escondidos bajo el blanco y, al ver su brillantez, recordé esa primera vez con Ricardo, un par de días después del fallido segundo encuentro en la heladería, que tan solo duró unos minutos, por una calentura de Miguel.

Yo pintaba aquel marco, en compañía solo de Spotify. El citófono anunció la llegada de Ricardo. Un minuto después, abrí la puerta y quedé asombrada: vestía un enterizo elástico negro, que dejaba ver mis curvas y, para ese momento, ya estaba manchado de pintura blanca, al igual que mi piel; estaba sin maquillaje, sudando, y parecía más una dalmata, con aquella combinación.

- ¿Qué hacés aquí?- indagué con una gran sonrisa y unos ojos que, sin duda, palpitaban sorprendidos.

- ¿Por qué la pintura? – preguntó algo preocupado, mientras echó un vistazo al apartamento, desde la puerta, sin disimular sus sospechas de que yo no estaba sola y que probablemente no era el único hombre que me visitaba esa tarde.

-Estoy sola y estoy pintando. Pasá y ayudame a pintar– Cuando Miguel está en el colegio, y Stellita, mercado, siempre busco hacer algo que me distraiga, para dedicarme algunas horas sólo a mí.

Cerró la puerta y, sin más preámbulos, me besó., Tomó mi cabeza con sus dos manos, y su lengua se emprendió a jugar con todos los ángulos de mi boca, mientras la respiración de ambos se empezaba a acelerar. Mis pensamientos comenzaron a moverse rápidamente. “Es la tercera vez que nos vemos. Si tenemos sexo ahora, quedaré como una *fufurufa*, y eso podría acabar con el encanto”. Sin embargo, pensé en la situación y era un excelente momento para romper con la sequía sexual de tanto tiempo. Ya era hora de darles descanso a las pilas y al látex. La excitación subió y caí en cuenta rápidamente de los detalles. “¡No me había depilado hacía una semana, tragáme tierra!” Pero su mano ya estaba masajeando mi seno, y podía sentir en mi pelvis la fuerza y el tamaño de su erección. Ya no podía parar.

- Lleváme a tu cama– balbuceó dentro de mi boca.

- No sé si debemos– logré responder, mientras su lengua quería atravesarme la garganta.

- Caminá ya– susurró, mirándome a los ojos, hipnotizándome, logrando que diera algunos pasos para atrás, muy lentamente, hasta llegar a mi habitación.

Yo estaba desorientada, algo asustada, pero muy excitada. Llevaba mucho tiempo sin *tirar* con alguien y temía haber perdido mis habilidades. Bruscamente, me acostó en mi cama, sobre el cubrelecho plateado, con

arabescos immaculados hasta ese día. Sin desconectar nuestras miradas, se aseguraba de mantenerme enajenada. Lentamente, deslizó el enterizo y dejó al descubierto mis pantis color piel, con encaje blanco. De su mirada salía fuego. Podía notar cómo él había recreado ese momento varias veces, los últimos días. Dejó los pantis para después. Me abrazó por la espalda y me sentó. Sentí su fuerza. Con un poco más de impaciencia, levantó mis brazos y quitó, sin preludios, el brasier, mostrándole por primera mis redondos y grandes senos que, con tanta ansiedad había estado frotando. Me recostó de nuevo y se levantó. Se paró frente a mí y me observó. Sentí vergüenza.

-Vos no te imaginás cómo te deseo– Se saboreaba.

Rápidamente, pero sin parecer desesperado, se desvistió. Su pantalón se había quedado chico ante tal firmeza. El cierre quería estallar. Su pecho estaba desnudo y, al liberar su pene de esos ajustados jeans, sentí cómo mi entrepierna empezó a palpar. Se contraía, se preparaba, se humedecía, sólo para recibirlo. Sólo nos separaba nuestra ropa interior. Yo estaba quieta. Lo miraba. Se recostó sobre mí y, mientras me besaba vaporosamente, rozaba aquella masa, aún encapsulada por el algodón, contra mi pubis, mi entrepierna. Parecía que su gran pene podría llenar todos los rincones inexplorados de mi piel. El único pedazo de tela que me acompañaba estaba inundado. Lubricaba en grandes cantidades, como si se hubieran acumulado las ganas y el tiempo, y yo ya no aguantaba más. Ricardo parecía disfrutar mi impotencia. Quería que yo tomara la iniciativa, quería que yo le dijera qué hacer.

- Ya no aguanto más Ricardo– articulé ahogadamente.

- Te gusta ¿ah?– Su mirada turbia se oscureció aún más.

- Quitámelos ya, por favor– Casi una súplica.

-No– E introdujo su mano entre mis pantis. Tocó mi punto más sensible,

inflamado y deseoso, y deslizó sus dedos. Exploró y llegó a mi abertura principal, donde, sin dudar, me clava profunda y rápidamente dos dedos.

- ¡Ah! ¡ah! ¡ah!– gemí de placer, mientras retorcí mis caderas, tratando de encontrar un punto explosivo que saciara mis ganas.

- Ahora sí– retiró sus dedos, los lamió con exquisitez y rodó su cuerpo hacia abajo, al mismo tiempo que bajó mi prenda interior hasta el tobillo, la cual, luego, cayó hasta el piso, al igual que sus rodillas. Abrió mis muslos rudamente. Miró su excitado objetivo y bebió completamente el líquido que brotaba de mi apetito, de abajo hasta el clítoris, mientras yo levantaba mis tensionadas caderas, clamando penetración.

- Vení, no aguanto más, no aguanto más, te necesito... adentro... ¡Ya!– Obedientemente, se paró. Se quitó los calzoncillos, me abrió las piernas, las levantó y, sosteniéndolas con los brazos estirados, me empaló fuertemente, borrando con cada fricción, cada relación sexual pasada, cada estocada de principiante. Una y otra vez, seguía atravesándome constantemente, sin tiempo, sin cansancio, con control, haciéndome gemir de dolor, de placer, de sensaciones nuevas y codicia por esta nueva adicción, por esos momentos de goce que iban a venir, porque ese día se selló la naturaleza de esa enferma relación que iba a estar marcada por lujuria, ansiedad, deseo y una gran dosis de oscuridad.

CAPÍTULO VI

- ¿Estás dormido? – le escribí a Juan Pablo, un poco apenada. Él entrenaba caballos, en un pueblo cerca de mi ciudad, y era yo consciente de que su día requería de mucha energía y yo llevaba trasnochándolo varias semanas. No quería despertarlo por un simple capricho mío, de hablar tan tarde, porque estaba en mi noche de tarot.

- ¿Ya en casa?– Me encantaba que siempre estaba preocupado por mí.

-Sí, Juan, ¡sobreviví!

- Mmm ¿Qué es lo que te asusta tanto?- No era la primera vez que me lo preguntaba. Él era, por naturaleza, protector. Lo podía sentir, pero no estaba segura de exponerme tanto con él, de contarle ese suceso en mi vida que tanto me marcó; no sabía si entregarle ese poder.

- Creo que lo mejor es no contártelo, podría asustarte– Tengo tantas historias dramáticas en mi vida, que temo ahuyentar a la gente o causar lástima.

- No me vas a asustar, créeme- Qué confianza más grande me da este hombre.

Reviso a Miguel, que duerme angelicalmente en su cama, y me dejo caer en la mía. Miro el blanco de siempre, pensando en los pros y contras de contarle ese evento a Juan Pablo, y concluyo que tan sólo es un amigo y no va a pasar de ahí; un amigo no se asusta por esas cosas, al punto de salir corriendo, aunque sabía que las intenciones de Juan Pablo eran traspasar esa barrera. No veía qué podría salir mal, si le relataba esa parte de mi vida.

- A ver... cuando tenía once años, a mi mamá la atacaron. Dos tipos intentaron robarla... Ella se rehusó, por lo que le dispararon en la frente y la golpearon con la pistola. Eso le que quebró una parte de su cráneo- Los ojos se me humedecieron un poco. -Estuvo en coma, por más de un mes, y cuando se despertó nos enteramos de que había perdido completamente la visión. Esa bala la dejó ciega–Me afligí por un momento, al recordar el dolor de mi madre, lo desolada que estuve esos días, lo deprimida que me sentí, al pensar que mi mamá nunca despertaría ¿Qué iba a ser de mí, sin ella? Podía ver qué habría sido mi vida, si ella nunca hubiera despertado: una arrimada de casa en casa de mis familiares, así como veía el de Miguel, sin mí. Después de permanecer unos minutos en línea, sin decir nada, apareció en el estado “escribiendo...”.

- Tenés mucha fortaleza– Entendía que cualquier persona normal no tendría

muchas palabras ante esa confesión. No escribí por un par de minutos. –No lo merecías, eras tan pequeña... me hubiera gustado estar a tu lado, a veces... pienso en eso... no sé por qué- Me confundió un poco ese comentario.

- Ella despertó por mí y sí, somos fuertes, soy fuerte, puedo soportarlo todo. Mientras mi hijo esté bien, yo puedo con el resto– La melancolía disfrazada de fortaleza ya estaba nublando mis palabras. No podía ser débil, nunca, no me lo permito. –Acordate que soy Tauro, Juan Galope, somos duros y fuertes.

-¿Juan Galope?

-¿Te molesta? Me gusta poner apodos, a veces.

-Suenas chistoso; no me imaginaría a alguien en la calle, llamándome así.

-Entonces, te bautizo Juan Galope.

- Está bien, pero no necesitás ese blindaje. Todo siempre está en constante movimiento, hasta las cosas que te pasan-

Con unas pocas semanas de estar chateando con Juan y de ver algunas fotos de él, pude percibir que Juan Pablo era un buen hombre, muy hermético, pero su nobleza sobresalía.,No había maldad ni engaños en su mirada. Era simple, pero esa sencillez no opacaba su inteligencia y lo brillante que podía llegar a ser, cuando de una conversación profunda se trataba. Por fin, entendí qué se siente cuando me decían: “Siento como si te conociera toda la vida”. Pensaba que era un halago trillado y cursi, pero con Juan Pablo lo comprendí. Era como si lo conociera de siempre, incluso, con sus silencios. Sin duda, era una persona que valía la pena incluir en mi vida y mantenerlo como un buen amigo. No lo conocía. De hecho, me daba miedo hacerlo. Ni siquiera sabía si era real. Tampoco, hasta qué punto iba él a aguantar esa situación, pero definitivamente tenía que intentarlo.

- ¿Cómo va el trabajo?– No me gustaba la lástima que empezaba a sentir, en sus mensajes.

- Eso fue un cambio brusco de tema- No iba a ceder ante mi incomodidad.

- ¿Te conté que les temo a los caballos?

- Yo te voy a enseñar- Era más de la media noche. Yo nunca tenía sueño y menos ahora que no trabajaba, pero estaba consciente de que Juan Pablo tenía un trabajo físico fuerte, en su día a día, y debía descansar.

- Siiií, como nooo, ya voy corriendo, pero eso lo discutiremos, si algún día nos conocemos. Por ahora, debés dormir. Hablamos mañana, que descansés- Sin muchas ganas, me despedí.

- Que duermas bien.

La alta dosis de melatonina ya se estaba diluyendo, y si esa noche contaba con suerte, en un par de horas estaría dormida. Me quité mi “outfit hippy chic”. Ya cómoda, con la pijama y el cuarto helado, me metí debajo de la cobija. Pasé por una hora los canales de la tv cable y, alrededor de la una de la mañana, finalmente Morfeo se acordó de mí.

Un rayo de luz se colaba entre el “blockout” y, por un instante, recordaba algo de mi sueño: altas montañas cubiertas de hielo y mucho frío. Nunca he estado en un lugar así. Nueve de la mañana y el horario se me ha empezado a correr. Si sigo así, en quince días estaré despertando a la hora del almuerzo, rezongué. Durante media hora, miré las redes sociales y le acepté el desayuno a Stellita, lo mismo de siempre. Y después de desayunar, quedé desocupada.

Abrí el cajón de la mesa de noche. Este jueves, los 72 nombres de Dios me dicen: “Influencias angelicales”. “Amo a los ángeles, me han dado mucho, sin esperar nada a cambio. ¡Qué vibra tan bonita me trae esta carta! -¿Qué tienen reservado para mí, en el día de hoy? Con una gran expectativa, pregunté mentalmente. Y es que cuando siento a los ángeles a mi lado, estoy tranquila. Ellos me protegen del dolor, del miedo; estoy segura de que las desdichas se alejan, cuando tomo conciencia de que ellos están aquí. Recuerdo mi presente, y

ahora ¿qué voy a hacer?

No puedo seguir así. Debo inventarme un nuevo proyecto, enfocar mi atención en algo que me apasione; de lo contrario, voy a terminar decaída y no va a haber antidepressivo que me sirva. Debatí internamente e hice una lista mental de todas las cosas que podría empezar: ¿seguir con la empresa, como persona independiente?... Mmm no, debo rendirme con eso de las empresas; ¿ayudarle a mi mamá con su retiro?... Uff, no estoy segura de si quiero comprometerme de esa manera, en este momento, o ¿no hacer nada y buscar alguna actividad que simplemente me guste? Esa era una buena opción. La empresa me saturó. La herencia que me dejó mi papá me permitía el lujo de poder hacer lo que quisiera; aunque para la cábala eso era el pan de la vergüenza, porque no me lo gané yo. Se lo agradecía eternamente a mi padre, pues, de ese dinero vivíamos mi hijo y yo, y punto. En ese momento, estaba en blanco, pero pensé que de pronto terminaba, por fin, inscribiéndome en yoga y haciendo ejercicio, para dejar de una vez por todas de quejarme de mi cuerpo y dormir mejor.

Escarbo hasta el fondo en busca de mi billetera, para pagarle a Stellita su sueldo. Al ver la tarjeta de la tarotista, me acordé de la búsqueda de mi destino. “Patricia Fernández, Psicóloga holística, decodificadora biológica de la enfermedad, Psicogenealogía y tarotista”. Esta mujer sí que ha estudiado. *Está más preparada que un yogur...* Ese sí que sería un buen plan para hoy. A ver, ángeles, denme una mano con esto, hoy:

-¿ Aló? Una fuerte voz contestó.

-¿ Patricia?

- Sí, con ella habla.

- Hola Patricia, soy Luciana; anoche te pedí tu tarjeta en la Noche de tarot del centro holístico- Espero me recuerde.

- Ah, sí, contáme, ¿en qué te puedo ayudar?– Obviamente, no se acordaba ni de

mi cara. Después de atender a decenas y repartir tarjetas a mujeres desconsoladas, no era difícil creer que no recordaría a nadie.

- Quería preguntarte, ¿me podés dar una cita para consultarte?- indagué, con un ligero tono de súplica.

- Claro, ¿cuándo podés venir?- La que escoge la cita soy yo ¡perfecto!

- ¡No, pues, sería genial que fuera hoy, a la hora que vos digás! Pues, si podés- Ahora vi que entraba en el selecto grupo de las desesperadas.

- En este momento, te puedo atender, ¿podés venir ya?- Este día empecé con el pie derecho, los ángeles me estaban ayudando. - Anotá la dirección- Después de darme la dirección y explicarme las indicaciones para llegar a su casa, nos despedimos y le dije que en una hora estaría allá.

Rápidamente y sin prender siquiera el iPod, me duché. Un short de jean, camiseta y sandalias estaban bien, para no tener qué maquillarme. Salí con prisa; odio la impuntualidad. En el camino, no prendí la radio para poder pensar. Necesitaba llegar con preguntas puntuales, para salir con las respuestas que preciso, y las tengo qué recordar todas hoy. Si vuelvo pronto a consultarla, la información se distorsionará o se repetirá. Por eso, debía sacarle provecho a esa reunión.

Di un par de vueltas de más, pero llegué. *Ding dong*, suena igual que mi whatsapp. “Que curioso”, pensé. Me dieron ganas de comerme las uñas, pero me resistí. Tenía una cita con mi destino y con mi futuro. Cualquier cosa podría salir en las cartas. Sabía que iba a salir de ese lugar diferente. Probablemente, nada sería igual, y eso era un evento importante. Se abrió la puerta; dos perros gigantes y descuidados me asustaron. Fingí una gran sonrisa y me dispuse a entrar, recordando que, sobre todo, ese día no estaba sola; estaban a mi lado los ángeles.

-Luciana, seguí, por favor.

-Hola, Patricia, gracias.

-Los perros no son bravos, no te preocupés; seguí al comedor, por favor- A pesar de queapestaba a orín de perro, me senté y vi varios tipos de tarot. Conocía muy bien el tarot de Rider; lo estudié durante el año que estuve en el curso de Taroterapia. El segundo era el de Marcella; el tercero era la baraja española; el cuarto, creo que era el egipcio, y el quinto, nunca lo había visto en mi vida.

Mientras aseguraba varios candados, observé por un momento su casa. Siempre me he preguntado, porqué la gente que lee este tipo de cosas no vive cómodamente; no se sentía el ambiente pesado, como era de esperar, a pesar de ser todo viejo y trajinado. Me gustaba que tuviéramos algo en común. No era frecuente ver muebles antiguos en hogares de personas jóvenes y, aunque me esperaba la mesa con el mantel rojo y la bola de cristal o, por lo menos, un cuarto especial, me encontré con un lugar que no delataría a una bruja, si la vitrina llena de menjurjes y velas no estuviera en frente del comedor.

- ¿Leés todos estos tarots?- Le curioseé sorprendida. Era una buena pregunta para romper el hielo.

- Sí, generalmente, no los uso todos al mismo tiempo. Empiezo con este— señaló el de la baraja española -y en el transcurso de la lectura voy viendo si necesito el resto- Qué lástima que no sea el de Rider, pensé – ¿Querés saber algo en el especial o empezamos con el general?—.

- Dale con el general— Y de una vez así me doy cuenta de si sabe de qué habla o no, especulé mentalmente.

- Barajalas y las partís en dos.

- Listo- Hago lo que me pide, mientras me concentro en impregnar las cartas con mi energía.

Une el mazo, en sentido contrario al que yo partí, y acomoda las cartas en la mesa, de una manera que jamás había visto. Por alguna razón, siento que es la

manera correcta de hacerlo. De una en una, hace una hilera horizontal de diez cartas. Debajo de cada una acomoda otras diez cartas verticalmente, y así sucesivamente, hasta acabar con el mazo. Miro lo que hace y pienso que es una forma muy difícil de leerlas. Observa el cuadro, durante un par de minutos. Sus ojos están concentrados y mi ansiedad crece, con cada palpitar.

- Mirá, aquí hay un hombre, de ojos claros, alto y muy intenso, ¿sabés quién es?— Clava su mirada en la mía y escaneo rápidamente los hombres que han estado y están en mi vida.

- Ninguno en especial ¿Me podés decir algo más de él? De pronto, así lo puedo identificar. - Se me viene a la mente Ricardo. Sufrí tanto con él, que estaba segura de que aún saldría en mi vida. - Ricardo, un tipo que me hizo la vida cuadros, durante un buen tiempo. Me enamoré sola, si se puede decir que fue amor, porque creo que se trató más de una obsesión.

- Él se ve rondándote, pensándote, pero no se ve muy cerca. Están alejados, pero veo mucho deseo. Hay muchas mujeres a su alrededor, pero te desea a vos. Es un hombre desilusionado del amor. Lo que más le preocupa es su trabajo y un ser querido que está a su cargo- giré los ojos y continué.

- Pues sí, es Ricardo, y el ser querido es su hijo. Él es papá soltero- Esa fue una de las razones por las que me enganché con él. Si nos uníamos, su hijo iba a tener una figura parecida a una madre, y Miguel iba a tener ese referente masculino y paternal que pide a gritos. Sentí cómo me entristecía hablar del vacío de mi hijo. -¿Cómo no va a estar desilusionado del amor?- continué —con tres divorcios y sigue siendo un hombre insufrible- Debía dejar claro que el malo de la película había sido él.

- Ojalá entendás que el hecho de tener tres divorcios no lo hace un mal hombre. Eso sólo quiere decir que no ha dado con la indicada y por eso sigue perdido- Eso me sorprendió; no me gustó y Julieta no pudo evitar asomar sus narices y sugerirme, silenciosamente, la vergonzosa pregunta: ¿seré yo? Aunque no podía

creer lo que estaba pensando, Julieta se estiró, sonrió ilusionada y su taquicardia retumbaba en mi cabeza ¿Pero es que esta *culicagada* nunca va aprender? ¿Cómo más la freno y le enseño a demoler su ingenuidad, para proteger nuestro corazón? ¡Julieta, largáte!

-¿Quién es el otro hombre?

-No se me ocurre nadie más...mmm- Incliné las pupilas hacia el techo. - Aunque... podría ser Juan Pablo... Si es él, no entiendo qué hace ahí; es solo un amigo- Definitivamente, había un error.

-Este hombre te piensa mucho; siente una conexión contigo que no entiende; percibe tus intenciones y se trata de convencer todo el tiempo de no mirarte como algo más que una amiga. Ha tratado de alejarse y prestar atención a varias mujeres que quieren realmente estar con él, pero le cuesta. Hay... algo fuerte aquí- No había duda, era Juan Pablo. Él quería más y siempre pensaba que en cualquier momento me iba a dejar de hablar, para continuar con una mujer que sí le diera algo significativo para él.

-Sí, a veces, se aleja, pero definitivamente no es para mí. Él es el tipo rudo, fortachón, de buen cuerpo, que me haría sentir en deuda con él. Nunca me han gustado los hombres tan atractivos. No quiero ir espantando admiradoras. Además, somos muy diferentes... Él es un hombre de campo. Yo odio los bichos. Dedicó su vida a los caballos, yo les tengo pánico. Es seco, y a mí me gusta que me mimen. No podría lidiar con mis rollos, soy muy compleja. Además, ni lo conozco; es probable que haya creado un personaje y todo de él sea falso.

-Has pensado mucho en eso, querida; mucho más de lo que se piensa de un amigo...

-Mirá su foto- Desbloqueé el celular e ingresé a la fototeca.

-¡Qué fuerte está esto, parece de otro mundo!- Aumenta la voz y luce

sorprendida.

-¿Ves? Eso lo notarían todas las mujeres; yo, de detective, tengo muy poco- Me mira con mucha decepción, en medio de un suspiro.

-¡Luciana, no hablaba de su cuerpo!- Creo que estaba perdiendo la paciencia.

-En fin, podría seguir con esta lista varias horas, pero... ¿ves algo más, algo diferente?- No iba a perder más tiempo con alguien a quién apreciaba, pero estaba segura de que estaba de paso.

- No tan rápido mujer, no te cerrés tanto *hombreee*. No podés ser tan estrecha de mente, porque claramente ninguno de los hombres que has escogido, y que sí son tu prototipo de hombre, han funcionado.

-No, pues sí, tenés razón.

-Has estado mucho tiempo abatida, amargada, muy deprimida y victimizándote, pero eso está a punto de terminar. El amor está en tu puerta; ya está aquí; ya has conocido al indicado. Tu alma gemela está muy, pero muy, cerca de vos.

¿Acaso esta señora está insinuando que Juan Pablo...? ¡No! Ella no ha dicho eso. Concentrate, Luciana, porque hay algo o alguien que no has visto ¿Tendrá esta señora razón? Eso es lo mejor que me han dicho en mucho tiempo. Julieta se llena de una fuerza fulminante y rompe sus cadenas. Abre su jaula, como si de una cortina se tratara, y sale de la oscuridad victoriosa, aún lastimada, andrajosa por todo el castigo recibido, pero invadida de ilusión y decidida a volver a amar.

- Eso estaría buenísimo, pero honestamente no se me ocurre nadie. Ningún hombre que yo conozca ha estado cerca de provocarme algún sentimiento, a no ser que estemos hablando de Ricardo...

-Sos bien difícil, Luciana...

-Él es el único por quien he tenido sentimientos diferentes a una amistad, pero también es cierto que me descontrola, me angustia y me hace daño.

-Él solo evidenció un problema que ya existía- No despegaba la mirada de las cartas.

-Por poco regreso al psiquiatra, por su culpa. La ansiedad y la depresión que él me producía me estaba volviendo loca; por eso, lo dejé.- Julieta tenía el corazón en la mano, obviaba algunas palabras y esperaba ansiosamente la respuesta afirmativa de la pitonisa, de que era él. Ella no paraba de ridiculizarme con Ricardo.

- Qué pena desilusionarte, pero no es Ricardo. Él era necesario en tu vida. Debías tener esa experiencia, para poder aprender la lección e identificar al indicado. Sobre todo, valorarlo; ojalá lo podás ver- No era Ricardo. Julieta se entristece, pero como ella es tan terca, inmediatamente elimina esa tristeza y empieza a hacer planes, con el nuevo amor que anhela llegue pronto. ¡Largáte, Julieta! ¿Ojalá lo podás ver?

- ¿Hay alguna posibilidad de que no lo vea y se aleje de mi vida para siempre?- No podía darme el lujo de permitirlo.

- Poné atención. Mirá las señales y permítete sentir. Lo sabrás cuando lo experimentés; espero que lo podás ver a tiempo-.

- Ok, eso lo puedo hacer- Sé estar despierta y analizar cada cosa que pasa a mi alrededor. Patricia continuó observando las cartas.

- Tenés un hijo, con un profundo dolor que aún no puede ni sabe manejar- Mi chiquito, cómo me duele no poder hacer nada. Esta impotencia me destroza.

-Sí, su padre... no está.

-No te preocupés, con tu ayuda lo va a superar. Debés saber que cuando entre el amor a tu vida, no va a ser fácil para él; se va a sentir amenazado, confundido y desplazado; eso también lo va a superar, si le demuestras, día a día, que esos sentimientos no tienen razón de ser.

-Eso hago siempre, demostrarle cuánto lo amo- Él es y será la razón más

importante de mi vida; sólo debo demostrárselo mucho más, llegado ese momento.

-¿Creés en la reencarnación?

-¿Reencarnación o encarnación?

-Reencarnación, no la creencia cristiana del misterio de cómo llegó Jesucristo al vientre de su madre ¿Sabés que es reencarnación?

- No estoy segura. Por temporadas, estudio la cábala y ellos creen firmemente en la reencarnación, como el paso de las almas de una vida a otra, para poder completar su Tikún, que es como una especie de Karma, como una escalera que hay que subir, pero aún no sé... ¿por qué?— Esa pregunta me pareció extraña.

- Durante la lectura, he recibido repetidamente un mensaje. Debo decirte que busqués a alguien que sepa hacer regresiones— Ahora si se enloqueció esta señora. Un placer haberla conocido.

- Lo tendré en cuenta- le aseveré, con una sonrisa fingida y fastidiosamente complaciente.

La lectura se extendió unos minutos más, en los que me habló de mi mamá y su depresión por la soledad. También estuvimos hablando de mi vida laboral. Le conté mis opciones y sugirió dejarme llevar por mi corazón. También me alentó a encontrar alguna actividad que me llamara la atención y me relajara. Al finalizar, me insistió en el tema de las regresiones. Le cancelé 50 mil pesos y me retiré, con diez mil cosas en qué pensar.

Ese día estuve conmocionada. El amor estaba cerca y mi intuición me lo confirmaba. Podía sentirlo. Las señales llegaban como recuerdos y, sin darme cuenta, estaba en modo ataque. Algo no estaba del todo bien, pero Julieta suspiraba y lo olvidaba. Esperaba que aquel a quien esperaba pudiera encontrar el camino más directo hacia mí. Ese día no quería ver a nadie más, quería estar sola.

CAPÍTULO VII

- Luciana, hoy es un buen día, ojalá lo disfrutés.

Aún no me había terminado de despertar ese viernes. El sueño difuso de esa noche era con una fogata, y estaba cantando algo raro, pero no recuerdo nada más. Vi el mensaje y, entre algo de confusión, visualicé el calendario. “¿Qué día es hoy? Dieciocho, diecinueve, sí, diecinueve de septiembre, y hoy es... ¡Genial! Hoy es el día del amor y la amistad, y yo estoy más *sola que un hongo*. Hubiera podido pasar aunque fuera la mitad del día ignorándolo, pero no, Juan Pablo me había dañado el día, apenas abría los ojos, grrr”.

Me quedé mirando al techo por unos minutos y entré en ese estado dramático de autocompasión. “Este es el tercer día del amor y la amistad que estoy sola, patéticamente sola ¿Qué es lo que pasa conmigo?” Y, en pocos meses, San Valentín que no perdona; aunque nunca se ha celebrado aquí, ya se está nacionalizando. “Es que *a lo bien*, he perdido valor comercial. Tener un divorcio encima y haber pasado los treinta, ya no me hace ser esa mujer con la que tres hombres quisieron casarse, esa mujer que pudo escoger”.

“Modé aní lefaneja, mélej jai vekaiam, shehejezarta bi nishmatí bejemla, rabá

emunateja”. Gracias a Dios, estoy viva... Ese significado no era gran cosa, en ese momento. Tomé la baraja de Los 72 Nombres de Dios y leí la carta de hoy: “Alma gemela”. “Juan Pablo y el universo me recuerdan este triste día, pero ahora me llega esta joyita. ¡No, pues, qué *parche!*” rezongué. Giré la carta y leí la explicación, para ver si entendía por qué la vida se seguía burlando de mí: “Usando esta secuencia de letras, la energía de las almas gemelas es despertada en mi ser. Ahora atraigo la otra mitad de mi alma. Todas mis relaciones existentes son profundamente enriquecidas, imbuidas con energía del alma gemela”. Esta carta me aflige aún más; me dispongo a sumirme en mi miseria, pero escucho *ding, dong*.

- Prima, acordáte que hoy vamos a salir a festejar todos los solteros; ni se te vaya a ocurrir no ir.

- Grrr.

-¡Ay no! Hoy se celebra el amor, pero también se celebra la amistad, y eso es lo que vamos a celebrar. Así que nada de excusas. Además, acordáte que Óscar me invitó a Dubai, y si voy, sabés que me demoro.- Óscar, un pobre enamorado de mi prima.

Mi prima Camila había terminado con el novio hacía cuatro meses, y se había dedicado a armar insistentemente un grupo de amigos solteros. Algunos fines de semana, nos torturaba con sus reuniones. Era el alma del grupo, una mujer muy bonita, exuberante, de cuarenta y ocho años, que se negaba a arrugarse. Por ella, existía ese grupo, pero en esas tertulias, siempre percibía ese sentimiento común de infelicidad y sonrisas fingidas. Todos, todos menos mi prima, lo sentíamos. Ella no; era es una soltera liberal, aventurera y feliz.

-Ni modo, a las nueve estoy en Bahía– Bahía es un bar, cerca de mi apartamento, elegante y sobrio. La música es electrónica, cosa que me aburre, y la gente va a tomar cócteles en medio de un ambiente “loft”. ¿Y, ahora, qué me voy a poner? Ya puedo ver el clóset hecho un desastre.

El pronóstico no era bueno. Depresión total todo el día; dos horas tratando de elegir la ropa adecuada y, lo peor, fingir toda la felicidad del mundo, en Bahía. Sólo quería que el día pasara rápido.

En medio de mi meditación fatalista, recordé la recomendación de Patricia: regresiones. Introduje “hipnosis”, en el google del móvil, y se desplegaron cientos de opciones. Escaneé y abrí el primer “link”, que era un artículo del diario local. Seguramente, había alguna entrevista a un especialista de hipnosis y debía ser el mejor de la ciudad. El periodista relataba su sesión de hipnosis y, casi al final, nombraba al hipnotizador, Henry Orozco. Recuerdo que el segundo “link” de la búsqueda era una página llamada www.henryorozco.com. Ese era mi doc.

Ingresé a su página, para averiguar más de él. En el “home”, titilaba una ventana emergente: “ Del diecisiete al veintitrés de septiembre”, ¡en mi ciudad! Esto es una señal, innegablemente. Ingresé, llamé al número que indicaban en “Contacto” y logré obtener una cita para el día veintidós, a las once de la mañana. *Ding dong*:

- ¿Qué vas a hacer hoy, para celebrar?- Creo que Juan Pablo va a decirme que nos conozcamos hoy.

-Vamos a ir a Bahía, con el grupo de solteros de mi prima... ¿Y tú?- Ojalá no esté esperando que lo invite.

- Nada- Ay, Dios mío, sí quiere que lo invite.

- ¿Y eso por qué? Debés tener alguna amiga con quien tomarte algo hoy- Creo que ahí dejó claro que no tengo intenciones de verlo.

- Sí, tengo “amigas,” pero ninguna con la que valga la pena celebrar este día.

-Eso es ser radical-

-No le veo sentido salir con cualquier persona, sólo por el hecho de participar en esta festividad.

- Ay, Juan, si seguís buscando a la mujer perfecta, se te va a pasar la vida y te vas a quedar solo.

- Mujer, yo no busco nada.

- ¿En serio, creés que tu media naranja va a tocar a tu puerta?

-De alguna manera, lo hará.

- Sí, te entiendo, pero para nosotros, que tenemos la desilusión de un divorcio encima, se hace cada vez más difícil hallar eso que encontramos en mitad de la inocencia, y vos, encerrado en tu rancho, no tenés muchas posibilidades de conocer gente.

-No lo veo así.

-Cada vez vemos más defectos en la gente. El miedo a volver a pasar por esas experiencias tan dolorosas nos convierte en personas precavidas, frías y temerosas. Por lo menos, en mi caso es así.

- Estás hablando de vos; lo que decís no aplica para el resto del mundo.

- Te pasás de optimista, Juan Galope. De verdad, espero que atraigás todo lo que soñás. Quisiera tener esa manera tan positiva de ver la vida.

- Es solo cuestión de tiempo.

-A veces, me sorprendés.

-Debo ir a trabajar. Todo se trata del tiempo, tenélo presente. Que pasés un buen día- y, “En línea”, desapareció.

Sin pensar mucho en la actitud algo ruda de Juan Pablo, abrí “Forastera”, una novela romántica que relataba la historia de una pareja que decidió tomar vacaciones, recién acabada la primera guerra mundial, en Escocia. Hasta ahí voy, pero en la sinopsis leí que ella, de alguna manera, era sacada de la realidad y enviada a la Escocia de 1734, en la que descubrió una forma de amar que nunca imaginó. Ese tema me pareció llamativo e interesante, puesto que todo lo que sea

romance, que es lo que no tengo en mi vida, me atrae. Por eso, lo escogí. Me empapé en cursilerías y, después de un rato me aburrí. Este libro no es para mí.

Pantalones, faldas, vestidos... ¿tacones o zapatos bajos? Después de dejar al revés mi clóset, por fin elegí un vestido corto, manga larga, con unas flores primaverales estampadas y algo de vuelo al finalizar; correa gruesa y roja a la cintura y tacones de diez centímetros, color nude. Seguro iba a impactar con la altura y mis piernas, que siempre me halagan, pero el dilema era a quién. Me desilusioné un poco, al arreglarme solo para mí y para mis amigos de facebook, que verían mi foto, en el muro. “Destino,” de fondo, y en pantis, me arreglé el pelo; lo planché por unos segundos, para no arruinar la keratina. Vestida de jardín, retoqué el labial rojo, al dar las ocho y treinta de la noche. Estaba casi lista para salir.

- Mi amor, la mamá ya casi se va. Alistate que es hora de dormir.

- Un ratito más mami, por favor, hasta que se acabe el programa- imploró- mientras sus ojos seguían anclados al televisor.

- No, hijo, lavate los dientes y a dormir. Noo quiero más refutaciones. Si no hacés caso, me voy sin dormirte.

-¡ No, no, no mami, eso no!- Salió corriendo para el baño, a cepillarse los dientes. Yo sabía que la posibilidad de dejarlo sin su ritual nocturno era efectiva.

Ding dong.

- ¿Qué tal quedaste para salir a celebrar?- Eso se traduce: tomate una foto, para mí. “Este es un buen momento para la selfie de la noche. Tiene qué quedar perfecta, porque esta va para facebook y será la única. Que queden mis amigos virtuales con la duda de si esta noche de amor, cuento con compañía masculina o no”.

Tomo unas ocho fotos. Elijo la mejor, la arreglo con el editor de fotografías y se la envío. Juan Pablo la ve y se queda en línea, un par de minutos, sin escribir

nada. Sé que la sigue observando. Esa es una buena foto. Quedé muy bien, creo que mucho mejor de lo que soy.

- ¿No es doloroso?- ¿Se habraá equivocado de conversación?

- ¿De qué hablás?- Espero que lo haya leído con tono de incomodidad.

- Es que debe doler lograrlo.

- ¿Doler qué, Juan Pablo?- ¿Acaso me estás tomando del pelo?

- Ser bella.

- Juan Galope me hacés reír. No, no duele, y no te fies que conozco mi ángulo; no olvidés que conozco muchas aplicaciones- Era, en realidad, una foto muy buena y, con la edición, quedó mucho mejor. Voy a decir que no soy tan bonita, para que de pronto no se desilusione, el día que me conozca.

- Sí, las aplicaciones...

- En serio, son las aplicaciones. Debo dormir a mi hijo e irme- Debía despedirme, si no, me daba la media noche chateando con él.

- Escribime, si no la estás pasando bien; así, nos hacemos compañía- ¡Ouch! Qué mala soy. Él está igual que yo... pero no es el momento, Luciana.

- Prometido.

Ya Miguel me había avisado que estaba listo en su cama, para nuestro ritual. Me acosté a su lado y, después de rezos, sueños y fantasías, y mis frases mágicas que evitan la aparición de monstruos y espíritus indeseables, lo besé en la frente, con algo de culpa por irme. Poco después, cerró los ojos, cayendo en un sueño profundo.

Miguel siempre duerme en el en que debo salir. Esa separación es dolorosa y su vacío se exagera, cuando no estoy ahí; sin embargo, el arrepentimiento cuando lo dejo solo con Stellita, para ir a “divertirme”, siempre me recuerda lo que he dejado de hacer. Yo soy su único soporte, su mundo entero, y eso es en una gran

responsabilidad para mí. A veces, he llegado a la conclusión de que mi tarea, en la vida, es convertirlo en un gran hombre, en uno feliz, y esa ha sido la razón para superar cada tropiezo que se me ha atravesado. Pero, cuando me voy, no sé por qué siento fallar. Abrí la aplicación de Uber, solicité uno, me retoqué los polvos faciales y salí a esperar mi transporte.

La banca que se encontraba a pocos metros de la portería se confundía con mi vestido. Esperé. Por la seguridad de mi hijo vivimos, en una unidad residencial que consta de diez edificios, todos iguales, ladrillo limpio, de cuatro pisos cada uno, con dos apartamentos, en cada piso Hay un parque grande, con mucho prado, para que los niños jueguen, y cuenta con diversos juegos, como también con una gran piscina cercada, por la seguridad de los menores, y un salón o club social, para realizar eventos. Me gusta vivir aquí. Me siento protegida por el sistema de seguridad que posee el complejo: cámaras, cerca eléctrica y un equipo de seguridad veinticuatro horas, conformado por vigilantes armados que recorren todo el tiempo los alrededores de la unidad, y dos que se encuentran en la portería, anunciando a los visitantes y controlando los movimientos. Se respira familia, amabilidad y comunidad. Escucho un pito, giro la mirada y me percato de que el taxi ha llegado.

CAPÍTULO VIII

Al entrar a Bahía, me golpean las bombas rojas en forma de corazones, aroma a romance, sabor a vacío y parejas que aparentan estar enamoradas. Luz tenue. El *pum pum* anima el ambiente, y los embelesados participantes de esta treta comercial conversan. Palpablemente, nuestro solitario conjunto de solteros era el único grupo que iba a celebrar esa noche, solo, el día de la amistad.

Estilizadas palmeras rodeaban el espacio abierto del lugar y, en su interior, poltronas en cuero blancas, sólo para dos, aclaran el carácter de la noche. “Necesito retirarme pronto de la entrada y de las miradas chismosas que se preguntan dónde andará mi elegido”. Identifico a mi prima, rodeada por Julián, un amigo de ella que había conocido hacía unas semanas atrás, en una red social. Los saludo enérgicamente y, con una gran sonrisa. Siempre he camuflado, a la perfección, mis tristezas. Esa noche necesitaba una buena actuación.

- Hola, Cami, ¿dónde está el resto de la gente?

- No me lo vas a creer- Hace una pausa y arruga un poco la cara. -Pero Mónica canceló- Eso no me sorprende. Su extrema espiritualidad no le permite acercarse a ambientes tan mundanos. –Jorge volvió hoy con la novia– Ese es el único integrante brillante que supo cómo no amargarse este día. –Anita está muy deprimida, y Andrés dijo que llegaba más tarde.

Lo único que me pudo pasar en ese momento por la cabeza fue “¿Por qué no me inventé yo también una excusa? ¡Tonta!”. Me asedió una molestia enorme con mi prima, con los solteros, con mi suerte y con el universo entero, pero, claro, nadie se enteró y tendría qué hacer un mal trío, para completar esta linda noche.

- ¿Por qué no me avisaste Camila? Por lo menos, me hubiera podido poner de acuerdo con Andrés, para llegar al mismo tiempo, y no parecer la amiga solitaria que invitó la pareja por pesar- dije en tono burlesco, aunque agradable, pero en el fondo estaba fastidiada.

- ¡Ay, no, no te compliques, ni te amargués! Andrés no se demora. Julián y yo somos amigos y vos lo sabés, relajáte– ¡Claro!, pensé, sobre todo son amigos, Julián no miraba a Camila con ojos inocentes y, al estar sentados, los dos solos en un sillón, y yo en frente, dejaba claro que fui a tocarles el violín o que me dejaron plantada.

- Está bien- Ordené un mojito. Ya no tenía otra opción. Mejor me arreglaba la

noche yo sola y mejoraba mi actitud, para que cada minuto no fuera una pesadilla.

- Juan Galope, no te imaginás lo que pasó- Contarle eso me avergonzaba un poco, pero necesitaba un compañero de batalla.

- ¿Qué pasó?- Inmediatamente, respondió.

- Al parecer, la mayoría de la gente canceló. Estoy sola, con mi prima y uno de sus amigos. En teoría, Andrés llega en un rato, pero... no sé ¿podés creerlo? ¡Quiero irme corriendo!- En ese momento, empecé a imaginar posibles excusas para huir.

- ¿Supongo llevaste un instrumento musical?- No le conocía ese lado irónico y claro. Eso era justo lo que necesitaba, en ese momento.

- Muy chistoso.

- Todos le fallaron esta noche a tu prima, relajate- Tenía razón.

- Por eso, sigo aquí. ¿En serio, no vas a hacer nada hoy?- En verdad, me sorprendía que no tuviera ni una invitación.

- Mi mejor amiga está trabajando en política e hicieron una fiesta para celebrar el día. Me llamó ahora y me invitó.

- ¡Súper! ¿A qué hora te vas?— ¡Qué alivio!

- No quiero ir. Además, tengo una buena vista en este momento, lindo vestido- ¡¿Qué?! Y escaneé el sitio rápidamente. Yo le había dicho el nombre del bar.

- Ja, ja, ja, hoy estás muy burlón- Pulsé con la esperanza de que fuera sólo una broma, porque si no era así, entonces, estaba a pocos metros de un asesino serial.

- Me hubiera gustado ver tu cara de pánico— No lo puedo negar, esa fue exactamente mi expresión.

-¿En que fuiste al bar? ¿Vas a tomar?

- En taxi y sí, esta noche serán mojitos, pero creo que mi coctel está embolatado- Eso era lamentable, porque quería *bogármelo*. – ¿En dónde es la reunión de tu amiga? ¿Es cerca de donde estoy?- De pronto, no era tan malo conocerlo ese día.

- Entonces, has considerado la posibilidad de verme- Pff ¿perdón?

- Yo no dije eso .

-En una hora estoy allá- Eso fue inesperado.

- ¡Esperáte! *Calmao fiero* que no tengo idea qué decir... No sé si sea una buena idea- Empezaba a ponerme nerviosa. Le dije a Camila lo que estaba pasando. Sus ojos mostraron sorpresa y me incitó a tomar el riesgo. Al final de cuentas, no estaba sola, y reanudó su conversación con Julián.

- Te asusté de nuevo; podemos hacerlo a tu manera- Respiré profundamente, en señal de valentía, y decidí aventurarme. Ella tenía razón. Estaba acompañada y si tomaba precauciones, nada podría salir mal.

- Vale, de una, pero bajo mis condiciones. Veámonos afuera del bar. Si hay una buena conexión, entramos, pero eso sí, debemos ser sinceros, ¿te parece?

- Me parece. En una hora estoy allá.

-¡Espera! ¿Eres alto? Es que tengo puesto los tacones más altos que tengo. No quiero estar más bajita que tú.

-Lo soy, ya voy.

Empecé a transpirar y Julieta se emocionó. Sacó su mejor vestido, se maquilló de forma sensual y se preparó para un juego de seducción. Aunque sólo quería una amistad, me gustaba impactar, y yo solo esperaba que la noche no empeorara, con una decepción. Si Juan Pablo no era el hombre que imaginaba, alguien caballeroso, interesante y muy alto, estaba segura de que no saldría de mi cama, durante una semana. -¡Julieta, largate!- rezongué.

Esa hora se hizo una eternidad, y lo peor de esa situación era que mi mojito aún no llegaba. Llamé varias veces al mesero, quién me hacía señas, indicando que lo esperara y que tuviera algo de paciencia. Su cara de angustia solicitaba compasión.

Conversé un rato con mi prima y su amigo. Les comenté lo nerviosa que estaba y, sobre todo, sorprendida, al encontrarme a mí misma en ese estado, pues, Juan Pablo, hasta ese día, no me había producido más que una sensación de tranquilidad y fraternidad, esa que nos da un buen amigo.

Pasada una hora y, por primera vez en mucho tiempo, “Adele” canta: “Hello, It’s me...” y Juan Pablo me avisa que ha llegado. Afuera está, esperándome. Sin dar más largas, sin un solo trago de alcohol y latiendo fuerte, Julieta y yo atravesamos el bar, meneando las caderas con una actitud despampanante, seguras de nosotras mismas, tocándonos el pelo y dispuestas a deslumbrar a nuestro invitado especial. Por un momento, recuerdo la carta de ese día: “Almas gemelas”, pero espanto ese pensamiento: Juan Galope no era esa alma.

Lo reconozco, inmediatamente. Es un alivio que sí sea el de las fotos. Es clásico; lo sé por sus zapatos de cuero y su camisa manga larga, dentro del pantalón. Está mucho mejor que en las fotos, y eso es demasiado. Recorre mi cuerpo, con una mirada que no deja de ser respetuosa. Algo pasa, quiero abrazarlo, no lo entiendo y, por segunda vez, escucho su voz.

- Hola- ¡¿Hola?! Julieta respira. Ella esperaba una entrada más dramática.

- ¿Encontraste fácil el lugar?- Él no iba a romper el hielo, evidentemente. Tenía frente a mí a un hombre paralizado ¡Qué *parche*!

- Sí, claro, este es un lugar conocido- Pero, ayudáme, por Dios.

- Qué bueno...finalmente nos conocemos. No me lo imaginé, ni en cientos de años- Coqueteo con mi cabello y me devuelve una sonrisa nerviosa. Su mirada es esquiva.

- La verdad, yo tampoco pensé que te conocería- Deslizó su mano por la cabeza, desvió su mirada y adoptó un gesto de gran sorpresa.

- Lo sé y, sobre todo hoy, no es un día cualquiera... Sos el mismo de las fotos; eso me tenía preocupada-

- No te he mentado y mirame, no soy un asesino serial- ¿Pero, este señor cómo adivina lo que estoy pensando? Soltó una risotada delicada y él me acompañó.

-Qué bueno que eres alto. Es que me siento mal, cuando otra persona es más bajita que yo, pero mira que sólo son los tacones- Y como si se tratara de un amigo de siempre y, en pleno parqueadero del bar, me quité un zapato, quedando diez centímetros menos de un lado. No sé de dónde salió eso, pero debí verme como un pirata, con una pata de palo mal hecha. Abrió los ojos, por un momento. Soltó una carcajada desinhibida y me ayudó a ponerme de nuevo mi zapato.

-Eres muy linda- dijo- clavando sus ojos en mi mirada. Me intimidó.

Agradecí el piropo, sonrojándome y bajando la mirada. Esta se cruzó con sus manos, por un par de segundos. Eran grandes y toscas, endurecidas por el trabajo duro y las riendas de cuero que diariamente debe con firmeza sostener. Poseía unos brazos gruesos y muy fuertes, que evidenciaban su tenacidad, ¡Wow!, qué atractivo era. Nunca había conocido a un hombre así... tan hombre.

El viento rechinaba fuerte, incluso, se escuchaba. Crucé los brazos y me moví un poco, inquieta.

- Dame un momento, ya traigo una chaqueta- expresó- señalando el carro y con sincera preocupación.

- No te preocupés, estoy bien ¿No te parece mejor entrar?- Estaba decidido. Él me daba confianza, y Julieta y yo no entendíamos este revolcón que teníamos en el alma. Debíamos descifrarlo.

- Entonces, me invitás a entrar.- Sonrió un poco. Recuerdo la condición que puse:

debíamos ser sinceros acerca de la comodidad, para poder continuar.

- Yo estoy segura, ¿vos?- Decíme que sí...

- Te sigo- Estiró el brazo, señalando la entrada del bar y dándome lugar para entrar primero. Julieta se hizo una cola de caballo en el pelo, se acomodó el vestido, respiró profundo y se preparó para una noche llena de sorpresas. Yo entré victoriosa, demostrándoles a todos que, esa noche, me unía al clan; ya no estaba sola.

Me dirigí a la mesa, los presenté y noté la reacción de sorpresa de Camila. Yo la conocía y sabía que esa respuesta corporal se debía a la impresión que daba Juan Pablo. Él no se sentía como uno de nosotros. A pesar de ser guapísimo, era un hombre de campo y, extrañamente, fue eso lo que me empezó a interesar.

La conversación de los cuatro se forzaba. Nuestra encantadora coincidencia era el tema principal, pero súbitamente Juan Pablo me preguntó sobre mi mojito. Le contesté que hacía hora y media los habíamos pedido, pero parecía que el mesero los había olvidado. Inmediatamente, se levantó y, sin decir nada, se encaminó a la barra. Lo seguí con la mirada y lo observé, sin interrupción. Levantó su brazo y el barman se acercó. Se inclinó hacia él y pronunció unas palabras. Sacó algo de su bolsillo y regresó, sin mucho interés en continuar la conversación con Camila y Alejandro. Sin ser descortés, se sentó. Pude notar el análisis, en el movimiento de sus ojos, y al percatarse de que siguieron su conversación, regresó la mirada hacia mí, inmediatamente.

- No me imaginé verte hoy- En ese momento, llegó el mesero, con 4 mojitos, y preguntó para quién era el mojito sin alcohol –Es para mí- Con esa voz tan fuerte y atractiva que tenía,, agradeció al mesero y regresó su mirada -Estoy manejando- El mesero repartió el resto de los cocteles. Juan Pablo levantó su vaso, nos miró, se asentó y regresó a mí. Íbamos a brindar.

- ¿Decíme, hoy, porqué vas a brindar?- pregunté- levantando mi vaso, para adelantarme y otorgarle el brindis a él, sin dejar de pensar en los pocos segundos

que se había tardado en conseguir las bebidas y lo nerviosa que me tenía. Julieta rezaba por recibir una señal que me indicara que yo le había gustado, pero esta vez, se lo permití.

- Por la conspiración— Muy seguro, proyectando una expresión de ternura en su rostro, su mirada se suavizó y una leve sonrisa se dibujó.

- ¿Por la conspiración?

- Sí, porque una conspiración extraña nos ha reunido en este lugar- Abrí los ojos, demostrando asombro y confusión.

-¿Cómo?

—La secuencia de los hechos que nos han traído aquí, Luciana. Eso se merece un brindis. ¿No te parece?

-Wow, no se diga más ¡Por la extraña conspiración!- Chocamos las copas y, sin separar las miradas, bebimos un trago. Por un segundo, me sentí hechizada, seducida por el mejor brindis que había escuchado en mi vida. - Nunca lo imaginé de esta manera- No podía creer que me había negado tanto tiempo a conocerlo. Él no era un simple hombre de campo. Era fascinante y ¡me encantaba!

- Soy el mismo con quién has hablado todo este tiempo- Tan pronto dijo eso, recordé que yo le había dicho, de todas las maneras posibles, que no creía en el amor. Eso me empezaba a pesar. —Eres zurda.

-Sí ¿por?

-Es raro ver una mujer zurda. Sólo el diez por ciento de la población es zurda, y dicen que son más inteligentes.

- Veá, pues, terminaste siendo una cajita de sorpresas- Sonreí con algo de picardía. —Voy al baño, ya regreso— Y su mirada me acompañó.

Cuando regresé del baño, vi a Andrés sentado en la mesa, y una de esas bombas

de corazón se desinfló dentro de mí. A pesar de que Andy es con quien mejor voy en el grupo de solteros, en ese momento, cortaba el instante místico que estaba viviendo; sin embargo, no estaba de más su opinión espiritual e intuitiva, sobre Juan Pablo.

La noche se pasó entre risas y anécdotas. Andy me miraba sorprendido, pues, nunca me había visto riéndome, y menos de esa manera. Juan Pablo no me quitaba la mirada de encima. Era como si quisiera estudiar hasta el más profundo de mis gestos, de mis pensamientos. A mí, me traspasaba. Trataba de conversar con todos en la mesa, pero me enfocaba en Juan Pablo, sin poder dejar de lado a Andy. Mi prima seguía su conversación con Julián, dejándome a Andy sólo a mí. Por un momento, Andy, Camila y Julián encontraron un tema en común. Juan Pablo no perdía un segundo.

- ¿Esta es la música que te gusta? ¿Te gustan estos lugares?- Me preguntó, acercándose y casi susurrando, para no ser escuchado. Esa me pareció una pregunta capciosa y tuve que pensar unos segundos, antes de responder, pero opté por la verdad; siempre es mejor la verdad.

- No, Juan, este sitio me aburre. No me gusta la música electrónica, ni un lugar con tanta luz... Prefiero la música popular; salir a bailar y tomarme unos buenos aguardientes, en un ambiente mucho más relajado que este- , creo que susurré. Estaba efusiva, desprevenida y desinhibida.

- ¿Me hablás en serio?- Juan Pablo abrió los ojos exageradamente. No me creía, y eso me divirtió.

Me reí, afirmando con un movimiento de cabeza. Nunca había expresado mis gustos con tanta tranquilidad. Todos los hombres que escuchaban esa confesión se sorprendían negativamente, al conocer esa parte de mí. Lo percibía. Por eso, la evitaba, pero con Juan Pablo era diferente. Sin disimulo, continuó con los ojos bien abiertos, el codo en el descansabrazos de la silla y la mano, en la barbilla.

– Esto no es fácil de encontrar. La caja de sorpresas sos vos; nunca creí ver esta

combinación-, reflexionó con negación. Podría decir que peleaba consigo mismo, buscando algo que lo hiciera creer, que lo hiciera convencerse de que lo que estaba escuchando no era una invención.

-¿A qué te referís?- Hizo una pausa y giró los ojos hacia arriba.

-No lo sé, es sólo que nunca había conocido a alguien como vos.

La noche continuó un poco más, pero Juan Pablo cambió su actitud súbitamente. Pasó de ser un hombre sociable y conversador con todos, conmigo, a una persona retraída, observadora, un tanto reservada, y temí que estuviera construyendo un muro para mí. Podía sentir cómo registraba mis pensamientos, revolvía entre mis temores, pero, sobre todo, cómo empezaba a escabullirse hacia mi alma.

Prendieron el resto de las luces. Al momento, llegó el mesero con la cuenta. Me dispuse a pagar mi parte, mas Juan Pablo se adelantó, haciéndome un gesto, para que lo guardara. Se ofreció a llevarnos a todos a nuestros destinos. La penúltima fue mi prima, que vivía a un par de cuadras de mí. Al llegar a la unidad residencial donde vivo, frenó el carro y me miró:

-Justo en el momento preciso.- No sé si se refería a la hora de llegada a mi apartamento, o al comentario que me hizo antes, sobre su media naranja.

-Sí, ha sido una buena noche. Me encantó conocerte. Manejá con cuidado y avisame cuando llegués- Y Julieta desplegó sus alas, improvisó una pasarela e hizo una salida triunfal.

Cuando llegué a mi apartamento, no podía creer la fantástica noche que había pasado, al lado de Juan Pablo. No podía creer que ese hombre fuera real. Era la antítesis de todos los hombres, con los que había salido los últimos años. Había quedado flechada, debía verlo de nuevo. Un *ding dong* me agarró sin ropa. Solté la pijama y, entusiasmada, revisé el celular.

- Luciana, eres especial- Julieta gritó de la felicidad.

-¿Acaso estás escribiendo y manejando al mismo tiempo?- ¡Pero si te acabo de encontrar y ya te vas a matar!

- Sí, no pasa nada- ¿Es posible que este hombre siga escribiendo?

- Pero puede pasar; dejá el celular y concéntrate por favor- Esperé, mirando el celular, aguardando para verlo fuera de línea.

- Tenés razón. Mejor prendo el carro y me voy a mi casa-

-¡¿Cómo?! ¿No te has ido?- No es posible. ¡Uff!;, pareciera que los mojitos con licor se los hubiera tomado él. Para evitar emociones, Julieta decidió tomar eso como una broma. - ¡Soltá el celular! Me avisás cuando llegués.

- Está bien— Ay, no, espero no haber sonado mandona.

El pecho me presionaba. Repasaba la noche una y otra vez, mientras preparaba la cama y me retiraba el maquillaje. Cada palabra que dijo, cada detalle que tuvo, cada sensación que despertó; tantas emociones enterradas, por un pasado que había desgarrado hasta la última esperanza de volver a amar.

Podía engañarme y decir que esa noche no pasó nada en especial, pero así no lo quisiera. Había florecido una historia que no sería fugaz, una historia que podría ser lo que había esperado toda mi vida, la marca en mi destino, como la historia del hilo rojo que cuentan en las redes y que, inevitablemente, habría de llegar.

Julieta estaba orgullosa de sí misma, radiante, rejuvenecida y dichosa. Había hecho de las suyas otra vez. Había sembrado la ilusión de nuevo, en mi vida, y yo sabía que, a partir de ese día, quedaba de nuevo expuesta al dolor, a la muerte por amor. Julieta me estaba sentenciando ese destino, nuevamente.

- Ya en casa, mujer bonita- Me llamó la atención, era la primera vez que me decía así.

- Me alegro, Juan. Quería agradecerte por esta noche. Nunca me la imaginé así- Trataba de medir mis emociones, para que no se enterara, pero Julieta y yo

estábamos saltando de felicidad, en la cama, agarradas de las manos.

- No debés agradecer nada. Quien tuvo un golpe de suerte el día de hoy, he sido yo- Si seguimos a este ritmo, sólo voy a necesitar un par de semanas más, para declararme enamorada, refunfuñé.

- Al final de la noche, no lo parecía, te alejaste- Quería saber qué pasó, por qué ese cambio de actitud.

- Creo que fue por tu sonrisa- Le creí, veía cómo me miraba.

- Debe ser por lo imperfecta- No sabía si era mi baja autoestima, asomándose, o un chispazo de vanidad.

- Quería descifrarla- Empezaba a acostumbrarme a ese tipo de frases.

- ¿Lo lograste?

- No. Pero lo haré.

- Vas a tener tiempo, ya me voy a dormir. De nuevo, gracias por esta noche; descansa.

- Gracias a ti, que descanses- Off line.

CAPÍTULO IX

Esa mañana del sábado, desperté a las siete de la mañana, con sólo cuatro horas de sueño, pero feliz, con ojos brillantes y una sonrisa que no me la borraba, ni siquiera, el papá de Miguel. En algunos momentos, mil toneladas de acero

reposaban sobre mi pecho. Me angustiaba, como si un *toc toc* reventara mi puerta y fuera un desconocido. Me daba miedo y no sabía cómo actuar. Pero eso sólo era un instante efímero que no opacaba nuestra felicidad. Julieta y yo volvíamos a vivir.

Después del café, pan y *Modá Aní*, saqué la carta: “Felicidad”. Las escaneé sin mucha fe, porque en ese momento no necesitaba invocar la felicidad, ¡ya la tenía! Y como veía las cosas, iba a perdurar un buen tiempo. Tomé un nuevo libro que tenía guardado sin leer, de esos que uno compra en promoción, sin la intención real de leerlos o, por lo menos, no pronto: “Continuará” de Karen Berg, una famosa escritora cabalista. La temática del texto era directa y sin rodeos: la reencarnación. Ese tema me incomodaba, no sé por qué, pero se sentía extraño imaginarse en otras vidas, escalando para llegar a una meta, sufriendo para lograrlo y la incertidumbre de no saber en qué escalón se está. Me parecía poco reconfortante.

Cuando los ojos empezaron a arder y el parpadeo se agilizó, fui a pasar un tiempo con Miguel, quién ya había despertado. Hablamos un rato, intentando esquivar las habituales preguntas sobre su padre que siempre, de alguna forma, sacaba a colación.

Es más de medio día y agarré celular; encontré dos mensajes: Camila y Juan Pablo. Abrí el chat de mi prima y vi su mensaje.

–Lucy, ¿Cómo amanecés? ¿Ya despertaste?... Juan Pablo me cayó muy bien, tiene una energía muy bonita; de hecho, siento que lo conozco desde hace mucho tiempo, no sé por qué. Preguntale dónde ha estudiado. Seguro debo haberme topado con él, en algún momento. Está *churrísimo*...pero no te veo honestamente con él. Es un hombre muy diferente a nosotras, y no veo cómo esos dos mundos puedan empatar.

-Prima, aún no tenemos nada. Me agradó, pero no más- e inmediatamente respondió.

-Sin embargo, sabes que te apoyo y lo que te haga feliz a ti me hace feliz a mí . Besitos, Lucy, hablamos luego, que ya voy saliendo- Dudé, por un momento; la opinión de ella era importante para mí, pero decidí no complicarme la existencia por ahora, y me despedí. Seguía Juan Pablo, con quién esperaba chatear toda la tarde.

- Discúlpame, no había visto el mensaje– escribí- esperando que se conectara rápidamente, pero pasaron varios minutos y seguía esperando. Finalmente, apareció en línea.

- ¿Cómo amaneces, mujer bonita? Espero estés bien. Ahora no puedo hablar; debo operar un caballo y eso me va a tomar toda la tarde. Te escribo cuando termine.

¡¿Cómo?! ¡Pero quién se ha creído! Después de haber cedido a sus súplicas de conocernos y haber sentido conexión, ¿cree que va a tratarme así? Porque eso es cambiar. Eso ha sido diferente a todos los días anteriores, pero si quiere jugar, ¡jugamos! Yo soy una contrincante excelente y llevo ventaja. Él es quien siente algo en esta relación ¡faltaba más! Julieta y yo estábamos indignadas.

- Ok- Y, con eso, finalicé la conversación y no sólo por ese momento: la finalicé por el resto del día. Ese sábado no íbamos a hablar, ya lo había resuelto. Decidí ir esa tarde con mi prima, a la clase de cortesía de yoga que me ofrecieron hace algún tiempo, en una finca a las afueras de la ciudad, para pasar el mal sabor que me dejó Juan Pablo y distraerme un rato.

En la noche me escribió. Su operación había concluido. Le contesté que estaba viendo películas con Migue, sin emoticones, sin explicaciones, sin nada, y no hablamos más ese día. Esa noche entré a Google, perturbada por mi clase de Yoga, pero decidí dejar ese momento atrás y concentrarme en lo realmente importante: mi hijo y la hipnosis.

El domingo hacía más calor que nunca. Era día de piscina con Migue. Algunos vecinos también iban con sus hijos y, después de ordenar pizza, Migue y yo

pasamos toda la tarde con Amanda, mi mamá. En varias oportunidades, le contesté vagamente a Juan Pablo, hasta que decidió no insistir más por ese día.

-Mami... conocí a alguien.

-¿Sí? A ver, ¿cómo es? Ya me da miedo cuando me dices eso.

-Jajaja ¡A mí también!

-Jajaja y ¿Qué hace?

-Es entrenador de caballos.

-¿Empleado?

-No, mamá, él es su propio jefe.

-Ah, qué bueno.

-Ay, mamá, eso es lo primero que preguntas.

-Quiero que estés bien hija. ¿Cuántos años tiene?

-Treinta y siete.

-Y ¿tiene hijos? ¿Su familia cómo es? ¿Cuál es su apellido?

-Me ha dicho que no tiene hijos pero vaya uno a saber. Nunca hemos hablado de su familia, excepto por Virginia, quien es su hermana, y vive con ella. El apellido no te lo voy a decir, porque luego empiezas a investigar y me avergüenzas.

-Jajaja, ¡jamás! Pero, en serio, Luciana, deja de ser así.

-Es difícil, madre, con todo lo que me ha pasado.

-Lo sé, hija... Es muy posible que se encariñe mucho con Miguel.

-¡Ay, mamá, ya me casaste! Nooo, yo no me quiero volver a casar nunca. Ya tuve suficiente con un matrimonio; además, lo acabo de conocer; *ahí estás pintada*.

-No te he casado, pero quiero que cuando me vaya no se queden solos. Quiero irme, sabiendo que quedan protegidos. Sé que nunca te va a faltar nada, si sabes

cuidar lo que con tanto esfuerzo hemos construido para ti, pero esas cosas no se saborean bien en soledad. Creeme cuando te digo eso.

-¡Me casaste y te mataste! No, mamá, dejá el drama.

-Bueno, pero hablame de él.

-No, pues, no puedo decir mucho. Apenas lo vi el viernes; lo conocí en internet y llevábamos mucho tiempo hablando.

-Sí, hija, pero contame cómo es, dónde vive, todo.

-Ya te dije que vive con su hermana, en un rancho a las afueras de la ciudad. Es alto, musculoso, blanco y de ojos azules... uff, unos ojazos.

-¡Está pisando fuerte el muchacho! Y ¿Qué tal es? ¿*Querido*?

-Pues, mami, es un caballero... Eso me gustó.

-Me parece excelente. ¿Qué más?

-Es un poco callado y tímido; por eso, no sé mayor cosa de él.

-¿Frío y lejano?

-No creo. Me imagino que le cuesta abrirse, pero mi sexto sentido me dice que es muy romántico, aunque ahora mismo *me voló el genio*.

-¿Y eso?

- No, pues, muy ocupado el doctor. No pudo hablarme ayer. Nos conocimos el viernes, y ayer no me podía hablar. Entonces, tampoco le he contestado.

-No seas prepotente, eso te ha traído muchos problemas; dejá ese orgullo.

-No es orgullo ni prepotencia madre. Es que las cosas son como son: si te gustó alguien debes demostrarlo; si no, chao, mucho gusto de haberlo conocido.

-Mmm, ya... ¿cuándo lo traes para conocerlo?

-¡Mamá!

Pasé un buen momento con mi mamá y Migue, como siempre, pero había algo

que no dejaba de fastidiarme, y no sabía si era rabia, angustia o incomodidad con Juan Pablo, Julieta, o con el resto del cosmos. Nos dormimos temprano, no quería pensar.

Siempre me han gustado los lunes. Contrario a todas las personas que conozco, el lunes significa una nueva oportunidad para mí, una circunstancia para empezar un proyecto, una tarea o simplemente retomar algo, y ese día era especial, porque tendría mi primera hipnosis. Esa nueva aventura me causaba mucha emoción y expectativa, porque no sabía qué iba a descubrir.

El despertador sonó a las 9 am, pero yo ya estaba despierta hacía un rato. Recordé el resultado de mi búsqueda en Google, pero lo ignoré de nuevo. Hoy era un día importante. La carta del día la vi temprano: “Revelar lo oculto”. Perfecta, la sincronía era exacta. El sueño de esa noche: estaba en un desierto y me sentía desolada. Ese sueño era como los de todas las noches: indescifrable. “Modá Aní” y café, pero “Destino” no sonó. Ese día no se me antojaba poner el iPod; quería irme rápido y ser hipnotizada. Me entusiasmaba viajar al pasado, descubrir si lo que decía el libro de la señora Berg era verdad, otras vidas, otros lugares, otras personas y, más que nada, respuestas, aunque no tenía idea de qué iba a preguntar.

Salí con mucha anticipación, porque debía buscar la dirección. No puedo estar segura si el tráfico está tranquilo, si no hay accidentes o, simplemente, si a todos los conductores que falsificaron la licencia se les antojaba salir a manejar. Ese día debía ser todo perfecto.

Encontré el lugar fácilmente. Eso me gustó. Todo fluía. Llegué temprano, faltaban veinte para las once, y le di mi nombre a la secretaria. Con una sonrisa, me indicó dónde esperar y respiré. A pesar de que juré no volver con un psiquiatra, esta vez era diferente. No me iban a recetar alguna pastilla que me fuera a enfermar más. Este señor iba a entrar en mi subconsciente, y eso era fascinante.

Ese era un lugar un tanto tétrico. Me trasladé al típico hospital psiquiátrico de las películas, décadas atrás, uno casi escalofriante. Había varios consultorios y, al mirar las puertas de ellos, corroboré que todos eran psiquiatras. No me gustaban los psiquiatras. A pesar de que los ladrillos de la ciudad hervían, hacía mucho frío. El aire acondicionado era muy potente, y me pregunté por qué tendrían esa necesidad de tener aquella temperatura. Probablemente tenían miedo de los gérmenes: todos los doctores les tienen pavor. Todo era blanco, límpido. Los muebles me recordaron a un elegante hotel, muy antiguo, que visité en Irlanda, en mi viaje fugaz al Reino Unido, a un matrimonio de una vieja amiga: cuero oscuro y estructura pesada; gobernaba el capitoneado y un olor añejo fuerte. Se respiraba exclusividad.

Pensé en el consultorio de mi hipnólogo. Visualicé bibliotecas colmadas de libros, cuervos y búhos disecados por todo el despacho, y el mismo olor a antiguo. También me imaginé al doctor, un anciano con mala actitud, cansado de lidiar con las boberías de la gente, pero sabio, muy sabio. Para no sugestionarme más, antes de entrar a consulta revisé mi celular y vi un mensaje de Juan Pablo.

- ¿Cómo amaneciste?

- Muy bien, ¿y tú?– Julieta me hacía ojitos, para que cesara mi actitud y, bueno, ya había sido suficiente desplante, con alguien que me interesaba.

- Muy bien... ¿te gustaría almorzar conmigo?– Julieta aplaudía. Me gustaba la idea, aunque me ponía nerviosa. Una cosa es verse en la informalidad de un bar, con amigos rodeándome, y otra, en la intimidad de un almuerzo, solos los dos. Lo repasé por unos segundos y decidí enfrentar ese momento, que tarde o temprano iba a llegar.

- Me gustaría ¿Qué comida te gusta?– La secretaria pronunció mi nombre, seguido de un “Ya puede pasar” y me indicó el camino.

- Me gusta todo tipo de comida, elije tú.

- Debo entrar a una reunión ya. Salgo tipo doce o doce y media. Pensá en un restaurante en el sur de la ciudad y me dices. Yo llego antes de la una.

- Hubiera preferido recogerte. Nos vemos a la una en “Tariq” ¿Lo conoces? -
¿Cómo supo que mi comida favorita era la árabe?

- Sí, allá nos vemos. Chao- El momento había llegado y Julieta sacó los pompones.

Frenética caminé hacia el consultorio. Los casi treinta pasos que di me parecieron perpetuos. En esos instantes, vi cómo mil historias pasaban por mi mente y entendí que era una realidad. Tenía miedo de que lo que viera en ese consultorio cambiara mi vida por completo.

Toqué tres veces suavemente la puerta y la abrí lentamente. Y ¡oh, sorpresa! Contrariamente a lo que había imaginado: búhos y cuervos, este era un consultorio sobrio: un escritorio con solo un computador portátil y algunas hojas encima, bien ordenadas; una silla frente al escritorio y un diván más acogedor que el de la sala de espera. Aunque esto último sí era un cliché, me asombró el estilo moderno y minimalista que predominaba en el lugar.

Él, alto, de mirada seria, la cual no me quitó de encima. Me apené, sobre todo porque era muy atractivo e iba a ser difícil concentrarse con alguien así. Ojos miel, trigüeño y musculoso, de unos treinta y ocho años aproximadamente, y más de un metro con ochenta. Sin probar el diván, ya me había hipnotizado, pero sólo un par de segundos. Aunque era extremadamente atractivo, sería un lío involucrarse con alguien que siempre iba a leer tu mente y que, al menor descuido, te podía hipnotizar y obtener todo tipo de información ¡Qué miedo!

- *Ehm*, permiso...buenos días, doctor.

- Buenos días, Luciana. Tome asiento, por favor– Señaló la silla enfrente de su escritorio y, enseguida me senté. Un pequeño silencio precedió el inicio de la conversación. –Dime, Luciana, ¿en qué te puedo ayudar?– No supe responder

inmediatamente esa pregunta. Yo no iba por ayuda. Yo fui por simple curiosidad y por una bruja que no sé si es que vio algo o, simplemente, caí redonda en una estafa popular.

- Vengo por la hipnosis. Específicamente, por la regresión a vidas pasadas— comenté con algo de vergüenza. Sentía que le hablaba a un hombre de medicina, que, por lo general, eran lógicos; algo muy místico y esotérico.

- Entiendo. ¿Tienes algún motivo para querer realizar esta terapia? ¿Qué te condujo a buscar una regresión?- ¡Ni en esta vida ni en otra le iba a confesar que una bruja me lo sugirió!

- En realidad, es solo curiosidad- Espero que leer mi mente no se haya convertido en epidemia.

- Entiendo- asentó con una mirada que me incomodó, como si estuvieran mal mis razones. Me penetraba, me analizaba minuciosamente. Por un momento, consideré que le gustaba, pero mi lógica me lo negó. Él era un médico que debía analizar. -Pero si llegaste hasta aquí, es porque algo buscas, algo que necesitas corregir o deseas sanar. Generalmente, los pacientes vienen a consulta, porque quieren encontrar solución a una enfermedad o tienen algún interrogante en especial, tales como la depresión, la ansiedad y el insomnio. Algunas veces, y si la hipnosis lo permite, con la información que obtengo de la terapia decido aplicar la técnica de la regresión a vidas pasadas, pero tu has llegado buscando concretamente una regresión. Hay algo que buscas y, por lo que veo, aún no sabes qué es... *Mmm*, esto es interesante— Quedé desnuda, vulnerable. Su mirada seguía incomodándome. -Voy a hacerte unas preguntas, para ir aclarando la situación.

- Está bien, doctor— Pff, aquí vamos, la pesadilla.

- ¿Duermes bien?

-No, doctor.

-¿Qué problemas tienes para dormir?

-Me despierto muchas veces.

-Ok, ¿te sientes cansada generalmente?

-Sí, algunos días me pasa.

-¿Piensas mucho sobre tus preocupaciones en la noche?

-Siempre.

-¿En algunos momentos, sientes que no respiras bien?

-Respiro bien, doctor- ¿y qué tiene que ver esto?

-¿Te cuesta concentrarte?

-Algunas veces.

-¿Te sientes cómoda al salir de casa?

- Ese es un punto sensible. Me da un poco de miedo salir. Sobre todo en las noches, siento que algo malo va a pasar- Qué incómodo es esto.

-¿Cómo qué, por ejemplo?

-Que me asalten y roben, que me lastimen.

-¿Te sientes triste, en ocasiones?

-Mucho- ¿Cuántas preguntas más son?

-¿Qué te entristece?

-Todo lo que me ha pasado; no lograr conectarme con alguien, el divorcio, los problemas, doctor.

-¿Te refieres a una pareja?— Esto me está empezando a estresar.

-Sí.

-Con el resto de la gente, amigos, familiares, compañeros de trabajo, etc. ¿sí logras conectarte emocionalmente?

-Sí.

-¿Tienes claras tus metas en la vida?

-Eso creo- ¡Ay no! Al grano, por favor.

-¿Te consideras alguien inestable?

-Creo que todas las mujeres lo somos. Podemos tener varios estados anímicos, en un solo día- Dije, con una falsa sonrisa.

-Veo, ¿Te gusta la soledad?

-Sí- Está bien doctor, mi carta de hoy es “Revelar lo oculto”, pero a nivel inconsciente. Así no es divertido.

-¿Fumas?

-Lo evito.

-¿Tomas, habitualmente?

-Socialmente- Uff, ¿hasta cuándo?

-¿Sufres de alguna enfermedad?

-No.

-¿Tomas pastillas?

-Melatonina, vitaminas; de vez en cuando, alguna que otra pastilla adelgazante.

-No lo necesitas- ¡Whattt!, ¡¿Qué fue eso?! -¿Eres casada o soltera?

-Divorciada.

-¿Tienes pareja, actualmente?- ¡No! Y no acepto, en este momento, invitaciones a salir.

-No.

-¿Tienes hijos?

-Sí, Miguel, de cinco años.

-Bien, creo que es suficiente, por ahora- ¡Por fin! ¡Qué cuestionario más embarazoso! ¿Qué tiene que ver una jodida regresión, con si tengo pareja o no? Además, yo no vine aquí a una evaluación psiquiátrica. Yo vine a una simple regresión. Qué interrogatorio más imprudente.

- Sé que ha sido incómodo. Lo que acabo de hacer fue completar una parte de tu historia, una parte física y la otra mental. Debo tener esta información, antes de inducirte a un estado alterado de conciencia.

-Bueno, Doctor- Lo entiendo y lo perdono, doc, pero no lo vuelva a hacer; sobre todo, deje de mirarme así. -Aunque con esa voz tan cálida y pausada, podría responder cincuenta preguntas más, pensé.

- Ahora, averigüemos qué estás buscando. Ponte cómoda, en el diván, por favor.

CAPÍTULO X

Tantos años amenazándome con empezar yoga, para dormir bien, relajarme y prepararme para la nueva era de Acuario, de lleno, y aquí estoy: Tratando de sacarme de la mente a Juan Pablo, por su desagradable desplante, justo un día después de conocernos, vestida con unos pantalones grises que se parecen al pañal de Migue, cuando se me pasaba el tiempo de cambiarlo y que, obviamente, hacía perder cualquier curva que con tanto esfuerzo y padecimiento me ha tocado construir. No estaba muy segura de qué blusa usar. Como salí corriendo, porque mi prima era más puntual que yo, me puse una básica negra de tiras, con los brasieres que ya tenía y, claro, las sandalias sobrias, para estar a tono con el ambiente sencillito que estaba segura iba a encontrar. Desempolvé el tapete de yoga que hace años pedí por Amazon y me dispuse, con mi prima, a llegar aquel lugar, a las afueras de la ciudad, guiada por el GPS de mi celular.

Varias señales con el nombre de la escuela nos acercaban junto al GPS y logramos llegar diez minutos antes de la clase. No me esperaba un lugar tan bonito: una casa grande y típica de mi país, con olor a verde y con muchos zancudos que esperaban agarrar a un budista desprevenido. Los carros se parqueaban lejos de la agradable vista. Supongo que era para no cortar la corriente de energía cósmica que pasaba por ahí. En el camino a la casa, no pude esquivar un par de mosquitos y, mucho menos, la hierba penetrante que me recordaban mi mala elección: las sandalias de paja.

Busqué rápidamente, entre varias personas de la tercera edad, a la profesora con quién chateé hace unas horas, por whatsapp, y de la que sólo tenía como

referencia su foto de perfil, en la que se veía de lado, besando el hocico de un perro. Crucé la mirada con la mujer más joven de ese grupo. Su delgadez y una trusa extraña, pasada de época, me indicaban que podía ser ella. Sonreí y se acercó, inmediatamente:

-Luciana, ¿cierto?- Me sorprendió su acento argentino. A veces, pienso en toda la información que queda ausente, en una conversación por chat.

-Sí, ¿Antonia?

-Sí, mucho gusto, Luciana, y ¿ella es tu prima?- Camila sólo miraba a su alrededor, un poco confundida. Se sentía fuera de lugar.

-Sí, ella es Camila- Cruzaron una leve sonrisa, asentando con la cabeza.

-Sigán al salón y pónganse cómodas, bienvenidas.

Dimos unos pasos y encontramos varios pares de zapatos, justo en la entrada al salón. Me quité las sandalias y le indiqué a Cami que hiciera lo mismo. Extendí orgullosa mi tapete extra grueso, mientras mi prima tomaba uno prestado, de entre una montaña de tapetes apilados. Por su expresión, creo que tenían mal olor. En realidad, no habíamos empezado y ya todo me había parecido muy gracioso. El solo hecho de ver a mi prima, *más perdida que Adán en el día de la madre*, ya me había hecho la tarde.

Se nos acercó Antonia y, después de que me dice que mi tapete no es el ideal para practicar yoga, nos enseñó la pose básica: El niño, que se utiliza para relajar los músculos. Nos dijo que la hiciéramos cuantas veces quisiéramos, si nos sentíamos mal, ya que era probable, por ser la primera vez. Luego, se retiró a reproducir una música hindú, desde su Ipad. Se sentó delante del altar, dándole la espalda, cosa que me pareció curiosa, y acomodó su cuerpo en posición de loto. Los nueve abuelitos, Cami y yo la seguimos.

-Ommmmm- Todos, excepto nosotras, repitieron.

Vandeeeee, Gurunammm, charanaravindeeee.

Sandarshitaaaa, svatmasukavabodheeee.

Nishreyaseeee, jangalikayamaneeee- Camila y yo nos miramos y tratamos de contener las carcajadas.

Samsaraaaa, hÑ;lahalaaaa, mohashantyaiiii.

Abahuuuu, Purushakarammm- Ahora, era yo quién se sentía un poco extraña.

Shankhacakrsiiii, dharinammm.

Sahasraaaa, sirasammm, svetammm- La pose era incómoda; nos empezamos a encorvar.

Pranamamiiii, Patanjalimmm.

Ommm- ¡Por fin!

Antonia comenzó con las poses. Cada vez que avanzaba, eran más difíciles de seguir: Montaña, Perro, Luna, Saludo al sol. Y nosotras tiesas e impedidas, frente a los abuelitos que desplegaban elasticidad. Eso era vergonzoso. El guerrero y El árbol por poco nos tumban al suelo, pero cuando intentamos resbarnos hacia el piso, con las piernas abiertas, entendimos que había sido un error considerar el yoga como terapia y que, definitivamente, la vida tan saludable no era para nosotras.

- Lucy- musitó muy bajo.
- Shhh, nos van a regañar- Sería la cereza del helado.
- Es que siento que la piel de la cara se me va a caer- Ya teníamos la cara roja, por estar patas arriba.
- ¿Cómo así? – opté por solo gesticular, para evitar estorbar.
- Creo que el “lifting” de la cara aún no se pega bien- De verdad, la pobre estaba preocupada, pero en ese punto ya no pude evitar la risa y solté una corta carcajada, que seguro interrumpió el Omm de muchos. –

Parate Cami. Esto no debe tardar en terminar.

Pasada una hora de soportar dolor, sudor y, sobre todo, hacer el ridículo frente a nuestros compañeros de clase, llegó la meditación final. Todos sacaron una pequeña manta de sus maletas, y se recostaron sobre el tapete, cubriéndose con la frazada. Camila y yo nos miramos confundidas. Queríamos salir corriendo. Eran casi las siete de la noche y los zancudos se escuchaban en manada, cada vez más cerca. Y ¿esta gente se acuesta a relajarse? Al ver lo desubicadas que estábamos, Antonia se acercó y nos entregó dos frazadas. Nos explicó que era para cubrirnos y protegernos de los mosquitos, mientras hacíamos la meditación final. Nos enseñó que nos acostáramos, nos relajáramos y meditáramos sobre la clase y nuestros objetivos con el yoga.

Queríamos irnos, puesto que ya estábamos incómodas. Migue me estaba esperando y Cami me dijo que haríamos lo yo que dijera. Así no volviéramos nunca en la vida a ese lugar, sería muy grosero irnos sin terminar la clase. Por eso, decidí acostarme, ponerme la mantita maloliente y tratar de pensar en algo entretenido, que me hiciera pasar ese tiempo rápido, para poder salir de ahí y borrar de mi GPS esa dirección.

Ahí estábamos. Un grupo de personas pensando en la lista de cosas para hacer y escuchando las ranas, los grillos, los zancudos y unos loros que no paraban de parlotear. Y, bueno, yo, inmóvil, y tratando de pensar en algo. Antonia nos dijo que relajáramos nuestro cuerpo. Paso a paso iba por cada parte, desde el dedo gordo del pie hasta el último cabello, y nos inducía a visualizar un paisaje que nos gustara, que recordáramos o que simplemente quisiéramos visitar. De repente, se me cruzó una imagen que reconocí inmediatamente. Era uno de los paisajes que veía en mis sueños. Me concentré para retener esa imagen, y traté de profundizar en aquel paraje; poco a poco, me fui relajando y entrando en ese desconocido, pero muy anhelado lugar.

Tan pronto me conecté, tuve la sensación de elevarme, de flotar en el aire. Era

como si no sintiera mi cuerpo, como si una parte de mí se hubiera separado y, menos pesada que una pluma, navegaba por primera vez, con una sensación de paz y mucha tranquilidad.

De repente, todo se puso blanco e intenté volver a la imagen; por fortuna, pude regresar, pero esta vez era diferente. En ese instante, ya no era una fotografía; yo no era una espectadora; ese sitio era real y yo estaba parada ahí, con mis pantalones anchos, mis sandalias de paja y mi blusa de tiras, pisando un lugar extraño, y muy sorprendida, aunque emocionada por presenciar aquel cuadro.

Estaba rodeada de montañas muy altas, cubiertas de escarcha en sus colinas, con brillantes tonos esmeralda. A pesar de estar cercada por una imponente cordillera, no pude reconocer unos puntos blancos que se posaban sobre ellas. No estaban cerca y los podía estar confundiendo con la nieve. Podían ser animales, hielo o tal vez bosques, aunque alrededor mío no había árboles de hojas blancas y, mucho menos con frutos. Sólo había verde, hasta el horizonte, verde. La cadena montañosa se interrumpía en un cañón que permitía la entrada del agua. Es un calmo río o probablemente un brazo del mar, pero por el graznido indiferente de varias gaviotas concluí que no se trataba de aguas dulces.

Las orejas comenzaron a arder; la nariz se entumeció; mi cabello se alisó y la piel erizada me hizo lamentar haber llevado ropa delgada y sandalias descubiertas a la clase de yoga. ¿Qué lugar era este? Esto no parecía ser América. Acaso, ¿este paisaje era europeo? ¿Qué hacía yo ahí? ¿Será que tengo la habilidad mística de viajar a otros lugares, mientras duermo? Eso explicaría la familiaridad que demuestro al estar parada en esta pequeña montaña, pero no revela el porqué de mi presencia, en este territorio, ahora. En los sueños, se supone que uno sabe qué está pasando, mientras se es partícipe de la escena, pero en este momento no tenía idea de en dónde estaba y porqué estaba haciendo parte de ese evento. La majestuosidad del paisaje me remitía, por un instante, a mi viaje a Irlanda: el matrimonio de mi amiga, a las afueras de Dublín, en un castillo convertido en hotel, en la zona rural, pero allá no vi montañas tan

imponentes y, mucho menos, una comunidad de ese aspecto.

Al final de la ensenada, a la orilla del mar y lejos de donde estaba, había algo afín a una aldea, antecedida por un muelle de madera gris y rústica que albergaba dos barcos muy pintorescos, solo vistos en los libros y la televisión. Tenían la forma de una góndola veneciana, pero cincuenta veces más grande, y poseían una gran vela. Sospeché que debía ser el medio utilizado para transportarse, pues, no había algún camino o carretera cerca al pequeño caserío.

Alcancé a contar unas veinte chozas que carecían de color. Todos los ranchos parecían iguales, excepto uno que era mucho más grande y de mejor aspecto. Debía ser la casa del alcalde o gobernante de la aldea, sin duda alguna. Percibí una hoguera; alcancé a sentir su calor. La decisión más acertada, en este momento, para no morir de hipotermia era acercarme al pueblo, para encontrar algo con qué cubrirme, comida y calefacción o, por lo menos, fuego para calentarme, aunque ¿podría morir en este estado de trance? Eso era aterrador. ¿Los aldeanos podrían verme? Y si fuera así, ¿podrían hacerme daño? Y ¿si muriera aquí, podría volver a mi cuerpo? O ¿Esta fantasía será tan fatal, como las películas de Freddy Krueger? –Calmate, Luciana, esto era sólo una meditación.

Sin perder más tiempo y, como el ardor de la piel no cesaba, resolví bajar precavidamente a la aldea y, si contaba con suerte, conseguiría encontrar algo con qué subir mi temperatura corporal y callar mi estómago, que ya empezaba a roncar. Las filudas hojas verdes se rozaban con mis pies. Todo me picaba. La suela lisa de las sandalias dificultaban aún más el descenso de la chica montaña y, por si fuera poco, las piedras que no lograba esquivar maltrataban lo que me quedaba de la planta de los pies.

Finalmente, logré llegar a tierra plana. Me acerqué al agua, para beber un poco, pero la concentración salina me forzó a escupir. Con razón, me ardían tanto los ojos. No eran gotas de nerviosismo, sino la resequedad, por la cargada brisa que

chocaba con mi total desconocimiento de este lugar.

Me acerqué sigilosamente a la aldea, zigzagueando entre los árboles, bañándome de arena los pies ¡pobrecitos mis pies! Y evitando un encuentro humano. Llegué a la choza más cercana, la observé precavidamente. Entre tabla y tabla, de donde emanaba un calor que luchaba contra el frío, descubrí que no había nadie en ese pajar. ¡Súper! Busqué la puerta, ansiosa, y logré entrar.

Ignoré las velas sostenidas por cadenas de hierro que iluminaban un poco la casa y, lo primero que hice, sin pensarlo, fue correr a la gran hoguera central que estaba colgada del mismo modo, con cadenas. Posé las manos casi sobre el fuego y me entregué por unos segundos a ese bienestar. Regulada mi temperatura, reparé en el extraño ambiente que me rodeaba

-Esta gente tiene que ser muy pobre- asumí, intentando entender la exagerada humildad. No había energía, ni cables ni tubos; entonces, tampoco había agua. Todo estaba hecho con pilotes de madera, como el comedor, que se basaba en cuatro troncos y una tabla encaramada. Colgaban ollas de barro de lo que parecía ser una cocina. El hambre me guio hacia esa zona y destapé una vasija que estaba sobre un fogón: dos piedras ancladas verticalmente, sostenían la piedra principal que reposaba horizontal sobre las otras y que cumplía la función de parrilla, calentada por brasas que ardían en el foso, bajo ella. Había varios filetes de pescado en el recipiente. Por el hedor que despedían, seguro era bacalao, cubierto con una grasa animal tosca y ya endurecida por el frío. Se veía desabrido, nada apetitoso, pero debía comer algo.

Fisgoneé el otro pote y me encontré con un estofado de coles y papas, igual de desagradables que el pescado. Al lado, en un tazón, muchas manzanas. Mientras guardaba en el bolsillo dos manzanas, pensé en el estilo de vida de esta gente: todo estaba desordenado; no había camas; colgaban ramas del techo, algunas de trigo. También se desplegaban salvajemente huesos de animales de diferentes tamaños y de distintas partes de sus cuerpos. Me impactó mucho una esquina,

donde reposaban el cráneo de lo que parecía ser una oveja, y unos cuernos de alce. Esta gente parecía brutal, primitiva, amenazante y muy factiblemente peligrosa.

Sin perder más tiempo, por el inminente riesgo que representaba esta comunidad, agarré una piel animal que tenía una abertura para la cabeza, parecida a una ruana. Era suave como el tapete de mi sala, pero al mirarla más detenidamente, se me puso la *carne de gallina*: la cara del siervo de donde provenía el abrigo, pero el instinto de supervivencia me hizo olvidarlo. Antes de salir de la casa, me detuve y una duda me asaltó: ¿si resulta ser que soy un espíritu o una clase de energía fantasmal, y me pongo este abrigo, con manzana en el bolsillo, ¿evidenciaría la materia? ¿Sería el abrigo solo, caminando con una manzana guindando? O ¿será que sólo tomo la energía o el alma de estos objetos? Definitivamente, tenía que salir de la duda y aclarar si podían verme o no. De todas maneras, si lograban ver la ruana voladora y resultara ser que sólo soy una sombra, no iban a agredirme físicamente, y eso podría llegar a ser, incluso, muy chistoso.

Salí apresuradamente de aquel lúgubre lugar y pedí a mis ángeles, protección. Con el pecho palpitando, me pregunté: ¿quién era esta gente?; ¿por qué vivían así? Era que esto no parecía de este siglo. Este estilo de vida se asemejaba más al medieval, que al de una simple tribu nómada, que decidió vivir lejos del caos de la vida actual y la tecnología, como los Amish. Mis pensamientos fueron interrumpidos, al hallar amarrado un caballo, a una cerca. Encontré en esto la oportunidad ideal para saber si podía ser vista, o si simplemente era una fantasía de energía, merodeando la zona.

Me adelanté, lentamente, para notar algún movimiento del animal. Había escuchado que eran sensibles y, aun estando lejos, se percataría de mi presencia. A medida que me iba acercando más y más, el caballo seguía sin moverse, incluso, cuando llegué a su lado. Me arriesgué a tocarlo y ¡bum! Una corriente eléctrica me recorrió, y el potro se paró en dos patas, con los ojos a punto de

estallar. Rompió la cerca, asustado, y salió desbocado, pero no me miró; no quiso atacarme. Por ende, ni el caballo ni los aldeanos podrían hacerme daño. Era yo un espíritu imbatible que podía asustar a los campesinos. ¡Uff, ojalá pudiera hacer temblar a este gente tan desagradable, a ver si dejan de andar colgando huesos por ahí! Mi miedo se evaporó y me relajé. Ahora sí puedo explorar tranquilamente el pueblo, sin ver amenazada mi vida, pero entiendo que son bestiales y, así no me puedan hacer nada, mejor voy con cuidado, para que no me vayan a provocar pesadillas por el resto de mi existencia.

Llegué a lo que parecía la plaza central del pueblo y hallé el porqué de la choza vacía. Todos los habitantes estaban reunidos aquí, rodeados de varias hogueras, frente a la casa más grande, y se veían muy agitados. Gritaban y cantaban en un idioma que no reconocía, y estaban ubicados circularmente, como en un aquelarre. Festejaban algo que los tenía muy alegres, y el motivo parecía estar en el centro de ese redondel.

No me extrañaba que fueran hombres anormales, pero es que eran muy diferentes. No creo haber visto algo igual: eran bajos de estatura, aunque se veían fuertes y rudos. Hombres y mujeres tenían el pelo muy largo. Algunos varones se hacían colas de caballo, a la mitad del cráneo. En la parte inferior que conforma el cuero cabelludo, se rasuraban el pelo. Todos los hombres tenían barba. Algunas personas tenían la cara maquillada con figuras negras, como en las series de guerreros. Traté de recordar en qué programa de Discovery había visto algo así, porque no me eran del todo desconocidas sus cabezas.

Otra rareza eran sus trajes: eran hechos de cueros viejos y descoloridos por el uso. Los hombres usaban una especie de vestido hasta las rodillas, remendado con gruesos hilos de cuero. Por debajo, un pantalón hecho de la misma manera. Las mujeres estaban cubiertas por vestidos largos, acampanados en las mangas y cosidos igual, con el mismo material. Eran ropas rudimentarias y muy antiguas, evidentemente. Para cubrirse del frío, usaban pieles de animales en la espalda, como si fueran pashminas y, sobre su pecho, otro cuero de animal, como si se

tratara de un escudo. Los zapatos eran unas extrañas botas de cuero, parecidas a las zapatillas de ballet, pero de caña alta. Algunas señoras usaban collares muy ostentosos y tenían trenzas en sus cabellos.

Se abrió un poco el círculo y empezó un desfile hacia el muelle, de una hilera de hombres más haraposos que los que estaban festejando: sucios, con la ropa rota y encadenados unos a otros, con pesados eslabones de metal. ¿Eran estos hombres esclavos? ¡No puedo creerlo! Indignada, me dispuse a acercarme a la horrenda órbita. Me agaché para mirar entre las piernas de estos hombres, y lo que vi me dejó aterrorizada: estaban a punto de decapitar a uno de esos pobres individuos. Él, arrodillado, con las manos atadas a su espalda por una fuerte soga y alargando el cuello hacia adelante, se acomodaba para darle más espacio a su verdugo, a fin de que acabara con su vida. El prisionero, increíblemente, parecía no tener miedo. Su cara se veía preparada para el avance y, por alguna razón, se esbozaba una ligera sonrisa, en su boca. El asesino levantó su hacha, y yo, espeluznada, me negué a ver ese acto. Salí corriendo, buscando la salida de aquella macabra civilización, de las escenas tan pavorosas que presencié, de sus desagradables hábitos y estilo de vida, de su actuar primitivo y, sobre todo, de su crueldad. Atraje la luz blanca y desperté agitada y temblorosa.

Camila estaba sentada a mi lado, preocupada, casi sobre mí.

-¿Estás bien, Lucy?! ¡¿Qué te pasó?!- Me percaté de que ya todos se habían ido. Sólo estábamos las dos en el salón. Antonia se veía lejos, en un cuarto, organizando los tapetes y las mantas.

-Me muero...prima- Pude pronunciar en tono suave, pero agitada. Se me cortaba la respiración.

-¿Cómo así? Pero ¿qué fue lo que pasó? Hace rato todos se fueron. Estabas sudando y, por ratos, temblabas, pero Antonia no me dejó despertarte.- Después de pensar unos segundos, pude responder.

-¿Te he contado que toda mi vida he tenido sueños extraños?

-No, nunca. ¿Por qué extraños?

-Son cosas que nunca he visto, paisajes, gente... Otras épocas, creo... y me vi a mí misma ahí.

-Sí, Luciana, los sueños casi siempre son locos, pero ¿qué tiene que ver con esto que te pasó hoy?

-Es que regresé a un paraje de uno de esos sueños... No lo veía, Cami, yo estaba ahí.

-¡Lucyyyy, sigo sin entender nada!-

-¡Pues, Camila, que fue real! Nunca había vivido algo así... Sentía, comía, hasta interactuaba con seres vivos y me era muy familiar. Es que... no entiendo cómo se puede hacer todo eso en una meditación.

-¿Será que te desdoblaste?- Preguntó, con la esperanza de entender algo.

-No lo sé... pero es que era otra época.

-Escríbele al maestro de cábala, ese con quien hablast algunas veces; seguro él nos saca de dudas.

-Puede ser, pero la cábala diría que son vidas pasadas...

-Lo que sea. Luego lo averiguamos, pero vayámonos de aquí, ¡me quiero ir ya!

En todo el camino, Cami chismorreó sobre una conversación que tuvo con uno de sus pretendientes de Tinder, pero yo no podía escuchar nada. Mi mente no se alejaba de aquel frío, de las montañas, de los huesos colgando, pero sobre todo de la cara del hombre que sería decapitado. Era un filme en cámara rápida, en donde brotaban mil preguntas, todas sin respuestas, y yo sólo quería llegar a mi apartamento.

Dejé a Cami en su casa. Ella, antes de despedirse, me dejó una bolsa gigante de dulces para Miguel. Me apresuré en llegar y anhelaba que Migue no se hubiera quedado dormido, pero Stellita me contó que el sueño lo había vencido y que

había luchado por esperarme para nuestro ritual. Mi corazón se había roto una vez más. Me acerqué a su cuarto. Lo besé en la frente: -mi cielo, mamá ya está aquí, que sueñes con los angelitos y papito Dios, y que no tengas pesadillas- Abrió un poco los ojos; sonrió y murmuró: – que no tengas pesadillas, te amo, mami- Se dio vuelta y siguió durmiendo. Eso me repuso un poco.

Solté el bolso y corrí a encender el portátil. Tenía que encontrar, en el banco de imágenes de Google, algún paraje similar al que yo había visitado en esa meditación. No pasó mucho tiempo, porque recordé que se parecía al paisaje de Irlanda. El título de mi búsqueda fue: paisajes del Reino Unido. Pasaron unos diez minutos, hasta que noté una foto parecida. No era el mismo lugar, pero era lo más similar que había visto, hasta ese momento; di clic en la foto y, abajo, decía el título de la entrada del blog donde se alojaba la imagen. Lo que leí me dejó en shock: La Era Vikinga: Historia de Escandinavia

CAPÍTULO XI

-Cierra los ojos, ponte cómoda. Opta por una posición en la que ningún miembro de tu cuerpo esté tensionado o se sienta incómodo...respira...respira... profuuundamente...relájate.

Esta experiencia no te va a dormir, ni te va a alejar del control de tu cuerpo y de tu mente. Es como soñar despierto... En un punto de la hipnosis, vamos a utilizar la técnica de hiperventilación, que es una manera de respirar, para aumentar el volumen de aire en los pulmones. Esto provoca un mayor nivel de

transferencia de oxígeno a tu sangre. Cuando la sangre comience a circular de esa manera, por tu cerebro, poco a poco sentirás algo de incomodidad; sensaciones raras, como mareo, o de pronto, sentirás que te elevas o estás muy pesada. Siéntelo y déjalo ir... Después de esto, podremos entrar al inconsciente, a tus recuerdos y a tus emociones.

Vamos a empezar por relajar tu cuerpo. Comencemos por los músculos de la cara; suelta las rigideces de tu cabeza y de tu rostro... déjalas ir... Nota cómo se acumulan las tensiones en tu cuello, cómo se han almacenado en esa zona. Aflójalas y déééjalas ir.

-Doctor, siguen pasando pensamientos por mi mente- Qué nervios tengo; el pecho se me va a reventar.

-No te preocupes, ya cesarán.

-Ahora, seguimos con los brazos... desde los hooombros, hasta los dedos... suéltalos... relájalos... respira leentamente... siente tu torso...siente tu respiración... concéééntrate en ella... Con cada respiro, con cada exhalación, tu cuerpo se va relajando más y más... Ahora, descansa las piernas... deja ir tus rodillas y los pies... siente lo livianos que son tus dedos... toodo tu ser se siente liviano y estás en contacto con todo tu cuerpo.

Respira profuuundamente y contiene la respiración tres segundos... hazlo leentamente... vamos de nuevo, respira más profundo, lo sostienes tres segundos y exhalas. Otra vez, respira muuuy profundo y esta vez lo retienes cinco segundos... leentamente. Esta cuarta vez, tomas más aire y te detienes siete segundos y lo expulsas leentamente. Por última vez, tomas muuucho aire... leentamente y lo retienes ocho segundos... Ahora, ya puedes respirar normalmente, leenta y tranquila.

Ya puedes entregarte al estado de profundidad que estás experimentando... siéntelo, muyyy profunda, respira leentamente. Ahora vas a imaginar que estás en un camino... comienza a caminar y observa qué hay alrededor... tómate tu

tiempo y observa...

- ¿Qué ves?

-Veo árboles a los lados.

-Qué buen aire debes tener, respíralo... ¿Qué más ves?

-Flores y pájaros, es muy bonito.

-Imagina esas flores, muchas de esas flores e intérnate en ellas ¿Te da curiosidad saber qué hay detrás de esas flores?

-Sí.

-Estás relajada y caminando por ese bello jardín... sales al otro extremo del oasis y ves un bosque hermoso... ¿Cómo es ese bosque?

-Hay muchos árboles y un lago.

-Ve a ese lago, arrodíllate y mira tu reflejo. Es como un espejo ¿Qué ves?

-Nada.

-Imagina que el lago empieza a dividirse en dos, y en la mitad se forma una escalera. Tienes muchas ganas de ver qué hay al final de la escalera ¿Es así?

-Sí.

-Baja por esas escaleras... ¿Cómo son?

-Son cafés, de madera, pero todo está oscuro. Sólo veo el siguiente escalón.

-No te preocupes, nada malo va a pasar. Sigue bajando y, cuando termines de bajar, te vas a encontrar con un cuarto grande, en el que hay tres puertas. Míralas detenidamente... ¿Cómo son?

-Todas son rojas.

-¿Hay alguna que te llama la atención?

-Sí, la primera.

-Ábrela y entra... sigue respirando leentamente.

-¿Ya entraste?

-Sí.

-¿Qué ves?

-Mi hogar.

-¿Cómo es?

-Frío.

-¿Qué estás haciendo?

-Calentándome en la hoguera.

-Sal de ahí y dime qué ves.

-Es mucho más frío.

-¿Ves algo?

-Montañas muy altas, muchas, mi terreno y mi hogar.

-¿Sabes qué país es?

-No.

-¿Sabes qué fecha es?

-Mmm, no lo sé. Creo que estamos cerca de Júl.

-¿Júl?

-Yule, el festival del solsticio de invierno. Ahora, la noche es más profunda y oscura, pero pronto va a pasar.

-¿Hay alguien cerca?

-Sí.

-¿Quién es?

-Aghy, Alviss... y Bodilla está viniendo.

-¿Quiénes son?

-Mi esclavo. Está alimentando los caballos.

-¿Aghy es tu esclavo?

-Sí.

-¿Y Alviss y Bodilla?

-Él me ha enseñado todo, y Bodilla es quien vive en la granja más cercana; me cuida mucho.

-¿Puedes verte?

-Sí.

-¿Cómo eres?

-Blanca...tengo el pelo muy largo y todavía algo rojo...lo odio.

-¿Por qué?

-Porque a los hombres les gusta más como el sol. Siempre lo trato de cambiar, con la pasta de azafrán, pero el rojo se sigue notando... Pero Aghy lo tiene corto, por ser esclavo...y tengo marcado mi amuleto de guerra.

-¿De guerra?

-Sí. El Aegishjalmur.

-¿Vas a la guerra?

-Sí, soy una Skjaldmo.

-¿Qué significa?

-Princesa escudera, pero voy más que todo a curar a los heridos.

-¿Te desempeñas en algo más?

-Sí.

-Dime en qué.

-Practico la magia Seior de Freya, con Ailfrid.

-¿Sabes cómo te llamas?

-Sí. Aishling.

-¿Cuántos años tienes?

-Soy joven.

-¿Dónde están tus padres?

-Murieron... Mi padre, de los huesos, y ella, de pena... pero ellos están bien, están en el Palacio de Thor, porque fueron nobles de corazón.

-¿Ya llegó Bodilla?

-Sí. Me trajo comida y plantas... Está vieja y casi no ve; no debería cargar tanto.

-Mírala a los ojos ¿Puedes reconocerla? ¿Es alguien de tu vida actual?

-Sí... es mi madre.

-¿Por qué te entristece? ¿Por qué esa lágrima?

-Porque siempre ha sufrido mucho y la quiero. Ella me quiere mucho a mí; nos cuidamos.

-¿Qué está haciendo Alvis?

-Está apilando las piedras, al lado del arroyo.

-¿Para qué son esas piedras?

-Para armar el Hogr.

-¿Qué es Hogr?

-El círculo dónde practicamos los rituales mágicos.

-¿Puedes mirarlo? ¿Es alguien de tu vida actual?

-Sí, es Miguel, mi mayor maestro. Siempre estamos juntos, no nos podemos separar.

-Y ¿Aghy? ¿Puedes acercarte y mirarlo? ¿Puedes ver si es alguien de tu actual vida?

-Mmm...no lo sé.

-Míralo bien ¿Lo reconoces?

-Mmm...creo que...es Juan Pablo.

-No llores, cálmate. Nada ni nadie puede hacerte daño. ¿Qué te produce tanto dolor?

-Cuando llegamos a esa tierra lo vi. Era un caballero irlandés que hacía guardia... no pude matarlo.

-Cálmate, cálmate y ¿qué pasó?

-Lo bajé de su caballo y lo traje a él y a su espada... lo traje como mi esclavo.

-¿Pero qué es lo que tanto te duele?

-Que lo amo con toda mi alma y sé que él también me ama, pero no podemos...

-¿No puedes estar con él?

-Alviss me dice que me entregue y luche por el destino que Odín y Freya me han deparado, pero no puedo.

-Respira profundo...inhala y exhala...tranquilízate... inhala y exhala... leentamente. Si quieres puedes salir de ese cuerpo y mirar la escena desde arriba, como si estuvieras flotando.

-Ya.

-¿Estás bien?

-Sí.

-¿No puedes amar a un esclavo?

-No, iría con Hela, por ser mala, y mi lugar es con Freya... Además, yo formo parte de los que asesinaron a su gente. Cada vez que me mira, sufre también.

-Ve al final de tu vida, como Aishling ¿Qué ves?

-Aghy fue asesinado hace poco, con su propia espada, en una noche muy oscura.

-Ahora entiendes tu miedo a la noche.

-Sí.

-¿Por qué lo mataron?

-Por defenderme.

-¿Y tú?

-Agonizo de dolor. Decidí ahogarme en el arroyo... pero primero me mató el frío.

-¿No te gusta el frío?

-El agua fría no.

-¿Entiendes ahora el porqué?

-Sí.

-Y que...

-“Dama del Asgard, en mis sueños veo sólo el camino hacia a ti, con vientos helados y calma de luna; sin cielo ni tierra bajo la bruma. Concédeme tu protección, cuando vaya a la guerra, cuando sienta dolor. Freya: diosa de Langbart y reina de Las Valquirias, regálame el amor, para entrar gozosa a tu palacio Fólkvangr, a donde el valiente linaje de mi pueblo me espera, para que ocupe mi lugar con honor”.

-¿Es una oración?

-Sí, a mi Diosa Freya.

-¿Cómo te sientes?

-Ya estoy bien, ya salí de ese cuerpo, ya no estoy.

-¿Cuál fue la lección más importante que aprendiste de esa vida? ¿Aprendiste

alguna?

-Sí, me negué a amar y ser amada. Sólo me importó lo que podrían pensar o hacerme los de la aldea... No luché por lo verdaderamente importante: El amor.

-Esa es una lección invaluable ¿Estás cansada?

-Sí.

-Vamos a volver al momento actual. Voy a empezar a contar de diez a uno, muy pausadamente, y mientras vas a ir regresando, cuando llegue a uno, vas a despertar tranquila y agradecida, por todo lo que has descubierto. Diez... nueve...ocho...siete...seis...cinco...cuatro...tres...dos...uno...Abre los ojos... bienvenida de nuevo, Luciana.

CAPÍTULO XII

Cerré la puerta de la camioneta y choqué contra el timón ¿Qué acaba de pasar? ¿Cómo supe quién era quién? Estaba despierta y vi esas cosas ¿Qué clase de brujería fue eso? Yo no tomé nada. Se parece a los cuentos que he escuchado del yahé, pero... fue el mismo paisaje que vi en la meditación, y ahora tiene sentido la bestialidad que vi, el período medieval, en Escandinavia: la era vikinga, como decía en la foto... ¿Una princesa escudera y tras de todo hechicera? ¡Me niego a creer que era yo! Que eso fue en una vida pasada y que estaban conmigo, mi hijo, mi mamá y Juan Pablo, o sea ¿tenemos varias vidas y viajamos con toda la maleta encima? Eso es irracional... ¿Qué hacía este hombre ahí? ¡No entiendo

nada! El Moreh, él puede darme una explicación, por lo menos espiritual, de lo que acaba de pasar, porque de lógico esto no tiene nada.

Eran las doce y media y el Moreh no me contestó. Él, constantemente, estaba ocupado, dando clases, pero siempre me devuelve la llamada. No estoy bien, estoy confundida y muy perturbada... Quedé en verme con Juan Pablo; ya no alcanzo a cancelarle, debe estar en camino, pero ¿cómo lo voy a ver después de esto? No puedo contarle qué pasó. Va a pensar que tengo problemas mentales o que vivo en otro mundo. ¡No! No le voy a contar nada, no tendría sentido tampoco. Voy a ir a ese almuerzo. Me atragantaré de todo lo que mi ansiedad quiera devorar y, después, lo elimino de mi vida. Vaya uno a saber que me esté haciendo algo, que el hechicero sea él y, por eso, ando embobada con el entrenador y viendo cosas extrañas. No debí hacerle caso a esta bruja de cinco pesos y, mucho menos, a un psiquiatra, a alguien de ciencia llevándome a vidas pasadas ¿Cómo alguien puede comprobar eso? ¿En que se basan para sostenerlo? Creo en muchas cosas que no puedo ver: los ángeles, la Cábala, el Tarot, ciencias ocultas, pero ¿esto? Esto es algo muy diferente, traído de los cabellos.

Toda esa terapia psicológica que me hizo sobre mis traumas con la noche y con el agua fría, tenía poco sentido para mí, pues, el agua fría no le gusta a mucha gente. Lo de la noche es porque viví en carne propia la violencia de esta ciudad. Dejé de recordar toda esa locura y me dispuse a cumplir la cita con Juan Pablo, para salir de eso de una vez por todas.

-Ya estoy en el restaurante, ¿dónde estás?- Aún tenía la esperanza de que me dijera que había tenido un percance, que debía hacerle una cirugía a un caballo, de urgencia, por ejemplo.

-Voy en camino, en diez minutos estoy ahí- Logré digitar en un semáforo. Julieta sacó el labial rojo y el aroma Coco Chanel. -¡Lárgate, Julieta! Por el amor de Dios, entra a tu jaula y olvídate de Juan Pablo. Esto está mal, muy mal. Ella se

desmoronó.

-Te espero ¿Quieres que vaya ordenando algo para ti?

-No, gracias.

Pasados quince minutos, llegué a Tariq. ¡Cómo me gusta ese lugar!: el pan recién salido del horno; sentarse uno en cojines, englobada por velos; la narguila y el café con cardamomo, después de comer esos dulces arenosos y deliciosos, al finalizar la comida; los mantos árabes colgando de las paredes y la danza árabe. Ese es un lugar mágico, pero no lo iba a disfrutar como de costumbre. No era un buen momento para compartir; estaba prevenida y ansiosa.

-¿Dónde estás?

-En la última mesa, al fondo.

-Hola ¿cómo estás?- Se levanta enseguida y corre mi silla.

-Muchas gracias.- No puedo evitar ver en él la cara de Aghy.

-Muy bien, con muchas ganas de verte ¿y tú?

-Bien.

-¿Seguro? Pareces contrariada ¿Pasó algo en tu reunión? ¿Dónde estabas?-
¿Perdón? ¿Qué te importa eso?

-En una entrevista de trabajo, pero no me gustaron las condiciones. Lo descarté. No sé si lo sabes, pero mi profesión es una de las más mal pagadas de este país.

-Pronto encontrarás algo que disfrutes.

-En realidad, no tengo prisa- Hizo un gesto de incomodidad, por un momento, y apretó la mano contra su pecho. -¿Estás bien?

-Sí, nada importante. Es un dolor crónico que tengo desde pequeño, pero ningún doctor ha dado con el chiste. Debe ser una bobería, incómoda, pero bobería-
¡Pero es exactamente el lugar donde Aghy recibió la herida de muerte, con su espada! ¿Cómo carajos sé eso? Julieta se tocó la barbilla y miró hacia arriba,

sorprendida.

-Eso es extraño. Un dolor tiene un origen. Seguro no has ido con el especialista adecuado- Dios mío, dame una respuesta lógica.

-¡!Uf!; no te imaginás. Mi hermana me ha hecho ir donde cardiólogos, neurólogos, reumatólogos, endocrinólogos, internistas y hasta odontólogos, sin contar con que mi mamá me llevaba donde sanadores chinos, terapias con todo tipo de cosas raras... en fin, como te digo, nadie encuentra nada, porque es una bobería. Si fuera un problema serio, ya lo habrían encontrado hace mucho- No, Luciana, no es por la espada ¡eso no tiene sentido! Un caballo... ¡eso! Un caballo le debió dar un golpe y nunca sanó, eso fue lo que pasó.

-Es la primera vez que hablas de tu mamá- Cambio de tema urgente, por favor, porque si no, me voy a volver loca.

-Es que es un tema difícil... Ellos murieron hace cinco años, en un accidente de tránsito y... fue algo muy difícil para Virginia y para mí.

-Ay, Juan, de verdad lo siento mucho... No puedo imaginarlo. Si perder a uno de los padres causa un dolor infinito, ¿cómo será perder a los dos? Cuando mi papá murió, hace diez años, quería irme con él. Si hubieran sido los dos, no sé qué habría pasado.

-Pues, no hay muchas opciones. Hay qué seguir viviendo, porque eso es lo que hubieran querido, pero... sí fue invivible por mucho tiempo; sin embargo, el mismo tiempo va menguando el dolor.

-Es la primera vez que te abres de esa forma.

-Es la primera vez que estoy a solas contigo, personalmente- Llegó la mesera para tomar nuestra orden y se presentó como Aishling.

-¡¿En serio, te llamas Aishling?!- Yo debo estar definitivamente en algún show macabro, como el de la película “El Juego”. Traté de calmarme, para que no se notara la hiperventilación.

-Sí, señora, a mis padres les gustaba ser “originales”- Por el gesto que hizo, no le gustaba de a mucho el gesto de sus padres, y opté por pensar que todo eran solo coincidencias.

-¿Qué quieres comer, Luciana?

-¿Te parece si pedimos entradas de varios platos, para comer un poco de todo?

-Suena muy bien ¿Qué platos te gustan?

-No me puede faltar, el tabule, labne, kibbe, hummus y falafel- Debí sonar glotona, pero me encantaba esa comida y tenía hambre.

-Por favor, adicione al pedido hojas de parra y berenjenas rellenas- De verdad, conoce esta comida. El mesero se retiró y continué pensando que esa debía ser la última vez que lo viera.

-Tienes tus gustos definidos.

-Totalmente. Incluso, sé qué mujer me gusta- ¡Lárgate, Julieta! No, no, no, ¡Cambio de conversación!

-¿Te he contado que mis raíces son árabes?- Ese tema estaba bien, por ahora.

-No- El mesero llegó con la comida.

-Sí, mi bisabuelo era del Líbano; mi bisabuela, de Siria- Seguimos la conversación mientras comíamos.

-Qué interesante. Eran de diferentes países ¿Cómo terminaron aquí?

-No sé la razón, exactamente, pero sé que él salió del Líbano, siguió a Siria y, en una cafetería, la conoció a ella. Pagó la dote y siguieron para acá. Quedó embarazada, en el camino, y mi abuela nació en Cuba. Un par de meses después, llegaron a este país. Qué buena está la comida, ¿te gusta tanto como a mí?

-Espera, espera ¿esa historia es verdadera?- ¿Acaso crees que soy una mentirosa?

-Claro que sí, me lo contó mi abuela.

-Es de no creer... La comida está deliciosa; siempre me ha atraído esta cultura.

-¿Y tú? ¿Sabes de dónde vienes?

-Mi familia ha estado muchas generaciones aquí, pero tengo un tío, historiador, quien se puso en la tarea de investigar el árbol familiar. Según él, la familia comenzó en Irlanda- ¡¿Qué queee?! Mi temperatura se fue en picada. Julieta saltó de felicidad, al escuchar la respuesta. -¿Te pusiste pálida? ¿Pasó algo?- preguntó, mientras miraba alrededor, buscando una razón en el ambiente, que le explicara la contrariedad.

-No, no, no. El aire acondicionado está fuerte, ¿no te parece?- Angelitos, denme un buen motivo para salir de aquí. Se lo imploro.

-Debe estar a veinte y dos grados, pero puedo ir a pedir que lo suban un poco más- En ese momento, empezó a sonar la música árabe y anunciaron a la bailarina: escondida entre velos y floreado sus caderas, danzaba, según el hombre detrás del micrófono, la canción “Almas gemelas.”

-No, gracias. Ya estoy bien, debió ser una corriente de aire- Terminamos de comer y apreciamos, por un rato el espectáculo. Yo miraba a la bailarina, pero no la podía apreciar. Lo único que podía ver era el momento en que Aishling llegaba a Irlanda y capturaba a Aghy.

-Está bien, si vuelves a sentir frío, me dices ¿Quieres postre?

-Me gustan los dátiles- Ya no sabía qué hacer. Mi mente sólo se nublo y dejó de funcionar. Juan Pablo ordenó el postre y también café. La bailarina se acercó, al mismo tiempo que el mesero, con los dátiles. Ella empezó a hacer contorsiones para nosotros; al no poder quitar las miradas que permanecían sobre la artista, comíamos dátiles a ciegas. Sé que él se sentía incómodo. No quería mirarla todo el tiempo. Estaba semi desnuda y creo que le pareció irrespetuoso ante mí.

-¿Aún tienes frío?

-No, no te preocupes- Seguí mirando a la bailarina y, en un instante, como si el

destino lo hubiera calculado, mi mano tropezó con la de Juan Pablo. Sentí un dolor en el alma, inmenso, exactamente el mismo padecimiento que sintió Aishling, al final de su vida, el sufrimiento que la mató. Miré a Juan Pablo, estremecida, y su expresión era de sorpresa. Él también sintió algo, lo sé, pero yo no quería averiguarlo. Era demasiado. Esto me sobrepasaba. Ya no podía más y salí corriendo. No quería verlo más. Sólo quería borrar ese lunes de mi vida.

-¡Luciana, espera!- No esperé y continué corriendo. Quería salir de Tariq, conducir hasta mi zona segura y nunca volver a ese lugar. Trataba de abrir la camioneta; las manos me temblaban.

-¡Espera, no te vayas Luciana! ¿Sentiste lo mismo que yo?! ¿Sentiste el dolor?! ¡Dime, por favor! ¿Lo sentiste?!- Me gritaba y ya no podía más. Rompí en llanto. Él me miraba confundido, aterrado, sorprendido. Tenía mil emociones, al igual que yo. -¡Respóndeme!

-¡No! ¡No! ¡No, No sentí nada, ya déjame en paz!- Se notaba la gran confusión que sentía. No entendía mi llanto, mi rechazo. No sabía qué hacer. Me miraba desconcertado, y yo solo quería que se fuera, que no me tocara nunca más.

-Luciana, espera, hablemos. Yo también estoy confundido.

-¡No, Juan Pablo, me voy!- Al escuchar mis palabras, se abalanzó sobre mí y me besó.

Mil mundos se unieron en un soplo. Cientos de años se revelaron. El destino se impuso una vez más. El contacto quemaba, ardía incesablemente, como el tormento de Aishling. La herida de su pecho me laceró, igual que a él; sentía la ausencia y la presencia de la mitad del alma. Él no me iba a dejar, ni en esta vida, ni en cien más.

CAPÍTULO XIII

Llegamos al apartamento, en mi camioneta, porque Juan Pablo tenía pico y placa

los lunes. Se ofreció a manejar, pues, yo no estaba en condiciones de hacerlo. Era demasiado para un solo día. Tenía mucho frío. Estaba bloqueada y Julieta, de rodillas, suplicaba que me fuera con él. Para no ser grosera, lo invité a pasar. Es el primer hombre que entra, estando Miguel. No quiero invadir el hogar de mi bebé, ese es nuestro espacio. Ricardo jamás lo habría conocido; nunca hubiera pasado de las escaleras, si Migue estaba ahí.

A las tres y media de la tarde, ya Miguel había llegado del colegio; yo tenía que lidiar con algo más ese día ¿Cómo va a reaccionar Miguel, ante Juan Pablo? ¿Qué le irá a preguntar? Porque mi hijo siempre pregunta cosas a todo el mundo. La discreción no ha sido el fuerte de su agraciada personalidad.

Tan pronto entramos, Miguel se abalanzó sobre mí:

-Mamiii, llegaste. Te extrañé mucho. ¿Quién es él?

-Es un amigo, hijo- Aquí vamos.

-Y ¿por qué está aquí?

-Porque estábamos almorzando y la mamá se sintió indispueta. Él tuvo la amabilidad de traerme a casa- ¡No sigas, cielo, por favor!

-Ya te trajo- Alma bendita ¡Ayúdame!

-Sí, me trajo- Le hice la mirada intimidadora. -Juan Pablo, toma asiento por favor. -Stellitaaaa- Mientras Stellita llegaba, empezó a cantar Adele. -Ofrézcale algo al señor, por favor. Juan Pablo, voy a tomar esta llamada en mi habitación. Es muy importante. Es probable que tarde, discúlpame- Expliqué rápidamente.

-No te preocupes- Yo ya había contestado.

-Moreh, buenas tardes- Era alentador, por fin, hablar con alguien, de todo lo que había pasado ese día.

-Luciana, te ofrezco disculpas, estaba dando clases. No pude contestar tu llamada- Él siempre tan gentil.

-No, Moreh, la que ofrece disculpas por molestarlo tanto soy yo- De verdad, no me gustaba molestarlo con mis bobadas.

-No, Luciana, el Creador me ha guiado hasta tu camino con una misión. Ya era hora de que llegaras, para dejarme hacer mi papel- ¡Ay, no Moreh! No estoy hoy para más acertijos. -Dime, ¿qué duda tienes sobre lo que te pasó hoy?- El Moreh es un hombre muy sabio y tiene muchos dones, entre esos, una percepción y sensibilidad sorprendentes, por no decir videncia. Ese término no es cabalístico. Sé eso desde el primer momento que lo vi cuando, tan pronto se sentó, me dijo sin siquiera haber yo empezado a hablar, con voz pausada y muy, muy serena: “Luciana, tienes mucha Luz, pero estás en un cuarto oscuro que no te deja iluminar. Debes resistirte a esa ansiedad y tristeza que oscurece tu cuarto y salir a brillar. Tu alma tiene algo importante que hacer en esta vida.- Cuando Miguel llegó a saludarlo, lo recibió con unas bellas palabras: -Vas a ser un hombre grande, chiquillo. Eres la mitad del alma de tu mamá; un alma, dos cuerpos y juntos van a hacer algo extraordinario. Recuerda siempre, pequeño, que la vida es una escalera”. Esas palabras llegaron al corazón de mi bebé. Siempre me las recuerda.

-Moreh, estoy muy confundida. Hoy me han pasado muchas cosas que no comprendo, no les encuentro lógica- Es que no sabía ni por dónde empezar.

-Todo está bien, es parte de la evolución. Dime qué pasó. Comienza por la mañana.

-Es que esta mañana estuve donde un psiquiatra que hace regresiones a vidas pasadas.

-Un día, te dije que esa información la puedes obtener de ti misma, analizando tu vida actual, poco a poco, no de una manera tan abrupta. Recuerda que la cábala dice que no puedes obtener toda la luz al mismo tiempo. Te cegaría. ¿Qué te encandiló?- Noté un cierto tono de desánimo y me avergoncé. Él se esfuerza mucho por enseñar, y yo siempre olvido todo.

-Me transporté a un lugar horroroso, en donde yo era una guerrera y bruja vikinga, que tenía un esclavo. Era una gente salvaje.

-¿Reconociste a alguien?

-Sí, a mi mamá, a Miguel y... a Juan Pablo, un hombre que acabo de conocer, pero me niego a seguir saliendo con él, después de lo que pasó hoy- Me daba un poco de pena tratar esos asuntos tan terrenales con el Moreh.

-Tu mamá es un alma que viaja contigo. Miguel, como les dije, es la mitad de tu alma- Las palabras del Maestro, en todas las ocasiones, son muy lindas y, a veces, esperanzadoras, pero no siempre me dejan satisfecha.

-Juan Pablo ¿quién era en esa vida?

-Mi esclavo y el hombre que amaba- Sentí la tristeza de Aishling, de nuevo ¿Pero qué me pasa?

-¿Te rechazó?

-Los dos, Moreh, pero...¿Es importante el rechazo?

-Qué lástima que él lo hubiera hecho. Importa muchísimo ¿Hay una atracción fuerte en la actualidad?

-Sí, Moreh, pero no quiero continuar viéndolo, con esto que pasó hoy.

-Siguen rechazándose. ¿Qué pasó hoy?

-Salí de ese consultorio muy confundida y afligida. Quería huir de todo eso, pero tenía una cita con Juan Pablo y ya no tenía tiempo de cancelarla- Aceleré las palabras.

-Continúa.

-Cuando estábamos en el restaurante, algo pasó, fue algo desconcertante- Era difícil explicarlo.

-Se encontraron- No entendí a qué se refería, pero no pregunté. Seguí con mi relato.

-Por estar mirando una bailarina y comiendo dátiles, nuestras manos se tocaron, por accidente, por primera vez después de la regresión y...- Se me hizo un nudo en la garganta y kilos de hierro cayeron sobre mi pecho.

-Entendiste todo. ¡Ahavah Olam!

-No, Moreh- Tenía ganas de llorar. –Al contrario, todo se nubló más, no entiendo nada.

-¿Qué sentiste?

-Todo ese profundo dolor que sintió esa mujer al tener a su lado al hombre que amaba, pero que no podía entregarle todo lo que sentía por él. Era un dolor muy intenso, nunca había sentido algo así y, Moreh, usted sabe por las que he pasado... ese dolor la mató.

-¿Vas a pasar por lo mismo en esta vida? El creador te está dando la oportunidad de reunirte con tu alma gemela y ¿vas a volver a huir?

-Moreh, por favor, no me diga que Juan Pablo es mi alma gemela, porque no lo es. De hecho, si hablamos de vidas pasadas, esa es una gran luz roja para salir corriendo y huir del dolor, pero es que aún no creo ciento por ciento en las vidas pasadas. Además, usted me habló de astrología un día, ¿se acuerda?

-Sí, buscamos cuál era el signo de tu alma y te expliqué en cuáles signos estaría tu alma gemela.

-Por eso, maestro, cuando busqué en la aplicación del celular, corroboré que el signo de mi alma y mi signo actual son el mismo: Tauro, así que probablemente le pase igual a él que es Aries ¿Sí ve, Moreh? La tierra apaga el fuego.

-También te dije que era muy raro que coincidiera el signo terrenal, con el signo del alma ¿sabes la fecha de su cumpleaños?

-Me la dijo algún día, pero... ya me da miedo decírsela.

-Dímela.

-Primero de abril de mil novecientos setenta y ocho- Dios mío, dime fuego o aire.

-Mmm...dame un momento...Luciana.

-¿Si?- Yo no quería escuchar.

-El alma de Juan Pablo es Piscis...El agua germina la tierra.

-¡No, Moreh! ¡No creo en nada de eso, ni en las vidas pasadas! Si eso fuera así, ¿para qué tanto sufrimiento? Todo esto no tiene nada de bondadoso, no vale de nada la esperanza; no tiene sentido esperar al alma gemela. Entonces, ¿cuántas vidas más se supone que debo sufrir? Discúlpeme de verdad, Moreh, no quiero ofenderlo, pero es que...

-No te disculpes...A ver, Luciana, te voy a explicar: La kabalá dice que para completar nuestro tikún, debemos hacerlo junto a nuestra alma gemela. Si en una vida el hombre no se encuentra con su alma gemela, es porque la despreció en una vida anterior, cosa que ustedes hicieron en esa encarnación que viste. Es por esto que se envía su alma a una o varias vidas, sin su alma gemela; aunque esta alma vive dentro de cada ser, se le niega ese encuentro, para poder valorarla y no repudiarla en otra vida que se le presente. Eso debió vivirlo Juan Pablo: pasar muchas vidas sin ti, mientras tú lo esperabas con el Creador. Una mujer necesita menos corrección, y su tikún es más corto. Los hombres deben trabajar mucho más. Esta es tu segunda o tercera vida, ya que las mujeres sólo tienen tres vidas, por su breve Tikún. Juan Pablo debió venir durante muchas encarnaciones más y se sometió a vivir en soledad y profundo vacío, para estar en el mismo punto de evolución que tú, en la vida actual. De ese modo, poder estar al mismo nivel y completar el Tikún de sus almas. Esto explica por qué pasan miles de años para volverse a unir. No huyas una vez más, Luciana. Puede ser tu última oportunidad.

-Eso es irónico. La mujer tiene menos que corregir, tiene más luz y ha sido

despreciada por siglos.

-No es irónico. Eso posiblemente explicaría por qué hay tantas personas vacías en este momento- Mmm, tiene lógica.

-Moreh, no puedo asimilar esto. No lo creo. Esto parece una película de ficción, con todo respeto- Ouch, piensa antes de hablar, Luciana.

-Te cegaste por tanta luz, pero ten calma, pronto lo entenderás- ¿Cómo me puedo calmar?

-Yo ya sufrí demasiado con los hombres; no voy a cometer el mismo error y meterme donde no debo. Mi corazón siente que debo huir.

-No es tu corazón, es tu ego, tú oponente. Sólo estás prestando atención a tus cinco sentidos; por eso, debes restringirte. Sé fuerte, Luciana, sé proactiva.

-Pero Moreh...

-Sólo deja llenar tu vasija.

-Lo siento, Moreh, discúlpeme de verdad...por hacerle perder su tiempo, por importunarlo y por no considerar sus palabras esta vez. He sufrido y aprendido de lo que he vivido, así como usted me ha dicho que haga, pero por eso mismo debo protegerme. Debo hacerlo para cuidarme yo y poder cuidar a mi familia... Y si es como usted dice, el alma de Juan Pablo deberá esperar, por lo menos, una vida más.

CAPÍTULO XIV

-¿Tú quién eres?

-Yo me llamo Juan Pablo, y tú?

-Miguel, pero ¿quién eres?

-Soy un amigo de tu mamá.

-Mi mamá no me ha hablado de ti.

-Eso debe ser porque nos conocimos hace muy poco.

-¿La quieres?

-Es una mujer muy valiosa, Migue, Muy bella e inteligente. Debes estar muy orgulloso.

-Ah y ¿estás casado?

-Estuve casado Migue ¿por qué me preguntas eso?

-Porque mi mami está casada con mi papá y no puede tener dos novios.

-Mmm... No te preocupes Migue; tu mamá no va a tener dos novios; de eso, me encargo yo ¿Te parece?

-Pero ¿dónde está tu anillo de casado?

-Mmm...Ya no lo tengo.

-Igual que mi mamá ¿Por qué?

-Porque ya no estoy casado, Migue.

-Eso dice mi mamá, pero por qué los adultos ya no están casados. Yo me vi una película donde decían que se casaban para toda la vida.

-Es que a veces los papás ya no se entienden, y es mejor que cada uno viva en su casa.

-Mi mamá dice que rompió con mi papá, hace mucho tiempo, por eso que dices tú, pero no entiendo.

-¿Qué no entiendes?

-Mi mami me dijo que rompió con mi papi, hace muchos años, porque no se entendían, pero no sé por qué no lo busca en internet y ya.

-¿Cómo así, Migue?

-Pues, es que mi mami toodo lo busca en internet. Ella sabe todo; entonces, por qué no busca en internet cómo entender a mi papá.

-Los sentimientos no se encuentran en internet, Migue.

-Todo está en internet, hasta los videojuegos.

-Esas respuestas que tú quieres creo no.

-Mi mami dice que siempre va a querer a mi papá, porque él le dio lo más grande que tiene en su vida... o sea yo.

-Sin duda, eres la persona más importante en la vida de tu mamá, y no sólo porque eres su hijo, sino porque ella me ha contado que eres el niño más inteligente y especial de toodo el mundo y ahora veo que es así.

-¿Ella te dijo eso?

-Sí, jovencito.

-Pero yo no creo que lo quiera.

-¿Por qué dices eso?

-Porque a mi abuelita no le gusta que hablemos de él.

-Ah, pero esas son cosas de adultos. A veces, nos complicamos mucho la vida con bobadas, pero no te preocupes que pronto se le va a pasar a tu abuelita.

-¿Tú quieres a mi papá?

-Ay...Migue, es que no tengo el placer de conocerlo.

-Ya te lo presento...mira, te lo presento.

-Migue es una foto.

-¡Pero es él! Te lo presento, toma la foto ¿Ahora lo quieres?

-Uff, qué te puedo decir... Se ve muy bien parecido, muy elegante, con esa corbata y ese saco... ¿No crees? Parece muy buena persona.

-Sí... ¿Por qué todo el mundo no lo puede querer?

-Si todo el mundo lo quisiera, ¿cómo haría los fines de semana para visitar a millones de personas? ¿Has pensado en eso? Además, si todo el mundo lo conociera, seguro todo el mundo lo querría.

-No entiendo.

-Debes estar orgulloso de tu papá. Si tú eres su hijo, debe ser un hombre excepcional.

-¿Qué es excepcional?

-Un excelente hombre.

-Ah... pero yo no quiero dos papás, aunque... mis amigos dicen que uno no tiene dos papás: solo un papá y un padrastro.

-Bueno, Migue, es que todas las familias son diferentes. Unas son sólo mamá e hijo, como tú; otras, papá e hijo. También hay abuelitos, con nietos, y las que has visto: mamá y papá, pero todas son familias, buenas familias, muy valiosas, ¿entiendes?

-Yo siempre le digo a mi mamá que quiero una familia: mamá, papá y yo, pero no dice nada.

-Es que ahora papá no está. ¿Lo extrañas mucho?

-Uff, hasta el infinito, del infinito de Plutón, pero... ya casi no me acuerdo de él.

-Pero tú me lo presentaste.

-Sí.

-¿Tú vas a querer ser mi padrastro?

-Eso me haría el hombre más orgulloso del mundo.

-¿En serio?

-Es que, Migue ¿quién no lo estaría?

-Pero mi mami dice que cuando tenga diez y ocho años, voy a poder salir del país a visitarlo, pero faltan como un millón de años...

-No son tantos; ya verás que el tiempo se pasa volando.

-¿Tú me acompañarías? Podemos ir con mi mami, a visitar a mi papá.

-Falta un poquito de tiempo; no lo sé aún, pero voy a intentar encontrar la manera de acompañarte.

-¿Si tú te casas con mi mamá, seríamos una familia?

-Eso creo, Migue, pero igual tienes una familia muy bella ¿No crees?

-¿Mi papi iría a la boda? Yo no quiero que lo saquen de la familia.

-Ay, Migue, me estás poniendo en apuros.

-Mi mami a veces se pone triste.

-¿Eso crees?

-Sí. Cuando se pone triste, dormimos juntos y vemos muñequitos tooodo el día.

-Uy, eso suena divertido, pero ¿por qué lo piensas?

-Yo creo que quisiera tener tantos juguetes como yo.

-Jajaja, ¡yo quisiera tener todos esos juguetes!

-¡Son míos... y mi mami también!

-Lo sé, Migue, siempre va a ser así; no te preocupes. Seguro tu mami también necesita distraerse un rato, algo así como salir a jugar, como tú juegas con tus

amigos. ¿Eso te gustaría?

-A veces, sale con la tía Cami, a tomar vino, pero eso no es divertido. El vino huele feo, guácala. Pero cuando yo sea grande, le voy a comprar muuuchos juguetes, para que esté feliz. Yo quiero mucho a la tía Cami; es mi familia y me trae dulces.

-Yo sé que siempre la vas a hacer feliz... Yo conozco a tu tía; es muy chévere.

-¿Cuándo la conociste?

-Cuando conocí a tu mamá.

- La mamá de Matías tiene un novio, y él juega al fútbol con Matías, pero yo voy a cuidar a mi mami y siempre voy a estar con ella, hasta que esté viejita. Y voy a jugar mucho con mi hijo.

-Y ¿quién te va a cuidar a ti?

-Ayy, pues, los angelitos y papito Dios, duh.

-Claro, qué tonto soy.

-Si tú quieres, yo algún día puedo jugar al fútbol contigo... ¿Te gustan los caballos?

-Sí.

-Entonces, un día que tu mamá nos dé permiso, vamos al rancho y montamos a caballo.

-¡¿Tú tienes caballos?!

-Siiií, vas a ver que nos vamos a divertir.

-Mi mamá no te tiene que dar permiso a ti; sólo a mí.

-Disculpa, Juan Pablo, tardé mucho con la llamada, pero era importante- ¿Ha sido incómodo el bombardeo de Migue?- Esto debió ser algo parecido a la

Inquisición; mi pobre chiqui y su inseguridad por el vacío paternal.

-¡Mamiii!- Se acercó y me abrazó fuerte, como sosteniéndome. -¿Cierto que siempre vas a ser mía? – Ay, esto ¿de dónde salió?

-Mi cielo yo soy tu mamá y siempre, siempre, hasta el infinito del infinito del infinito voy a estar para ti. Siempre que quieras que esté a tu lado, lo estaré- Se desinfló aliviado, y Juan Pablo lo miraba sorprendido, con un gesto de mucha ternura en su rostro.

-¿Hablaban de algo en el especial?- Me preocupó por un instante esa situación. Las preguntas capciosas de Migue y las respuestas, sin experiencia, de Juan Pablo.

-Conversamos sobre caballos. Voy a ir a ver tele, mami, ¿vas a salir?

-Sí, mi cielo. Voy a hacer una vuelta con Juan Pablo y regreso pronto, para que veamos tele un rato juntos, ¿vale?

-Sí. Chao- No se despidió de Juan Pablo, pero no me preocupó.

-¿Qué te dijo, Miguel?

-Tienes un hijo maravilloso. Ojalá un día tenga uno sea así. Te felicito.

-Lo sé; es el mejor regalo que la vida pudo darme.

-Así es.

-Juan Pablo, tenemos qué hablar. Vamos a un café que queda cerca y aclaramos esto, de una vez por todas.

CAPÍTULO XV

-¿Cómo te gusta el café?

-Expresso, con tres de azúcar dietética y leche evaporada.

-Para mí, sólo el expresso, con dos de azúcar normal, por favor.

-Juan Pablo...

-Luciana, yo no entiendo nada y estoy empezando a desesperarme.

-¿Tú crees que yo entiendo algo?

-Sí, tú entiendes más que yo. Eso lo sé, por tu actitud en el restaurante.

-Pero ¿de qué hablas?

-Temías a algo; era como si esperaras que algo así pasara.

-Estás equivocado.

-Y, de ser así ¿por qué saliste corriendo?

-¿Hace cuánto tienes ese dolor en el pecho?

-No hagas eso, por favor...no más.

-Contéstame.

-Te dije que desde siempre. No recuerdo un solo día sin ese dolor...Dime, ¿porqué corriste?.

-No lo sé, al igual que tú. El historiador, tu familiar, cuéntame qué descubrió.

-Estás colmando mi paciencia.

-Solo contéstame. Es para relajarme; ha sido *mucho voltaje* para el primer día de la semana.

-A ver...descubrió un símbolo que lo condujo a Irlanda.

-¿Cómo es? ¿Lo puedo ver?

-Sigues nerviosa, sigues esperando algo y no me dices nada.

-¿Tienes una foto de ese símbolo?

-¡Maldita sea! ¡Lo tengo tatuado!

-¡Shh! Muéstramelo, de una vez por todas.

-Precisamente, me lo hice en el pecho, donde me duele... Es este... ¿satisfecha?

-¡El Claddagh! ¡El símbolo en la espada!

-¿Qué? ¿Cómo sabes eso? ¿Cuál espada? ¡Me tienes harto, Luciana!

Sacó de su bolsillo un billete, lo tiró en la mesa y me tomó fuertemente del brazo. Mi voluntad se quebraba, no iba a luchar. No me importaba su maltrato, ni cómo la gente nos miraba indignada... ¡Tenía tatuado El Claddagh! El símbolo vikingo forjado en la espada de Aghy, que le impresionó a Aishling, cuando se encontraron por primera vez. Las dos manos sostenían un corazón coronado y ¡yo lo sabía! Y ahora estaba en su corazón, donde esa misma espada lo embistió. No sabía qué hacer, no podía decirle nada.

Casi arrastrada me subió a la camioneta. Estaba lleno de ira. Ya no era ese hombre dulce y confundido; era un caballo desbocado, que se defendía y no pensaba detenerse. Los minutos chocaban contra el viento y, sin darme cuenta, estaba fuera de la ciudad.

-¿Pero qué haces? ¡Esto es un secuestro!- Intenté quitar el seguro de mi puerta. Pensé que eso lo haría detenerse, pero activó el bloqueo central, atrapándome en mi propio vehículo. Traté de sacar el celular del bolsillo, pero posó su fuerte y enfurecido brazo sobre mí, cerciorándose de que no iba a poder hacer nada; seguía respirando agitado y rápidamente.

-¡Quédate quieta, Luciana, que vamos a chocar!

-¡Estás loco! ¡¿A dónde me llevas?! ¡¿Qué tratas de hacer?!- Empecé a reaccionar. Aghy escapaba de mi mente y sólo podía ver a un hombre poseído por la rabia e indignación. Algo malo me iba a pasar.

-¡Ya cálmate, mujer, que no te voy a hacer daño!

-¡¿Y qué crees que estás haciendo?! ¡Dime a dónde me llevas!- Sentí que era el

fin de mi teatral vida. Estaba enloqueciendo o Juan Pablo sí era el asesino en serie que él mismo había dicho, en broma; ahora era Miguel quién invadía mi angustia.

-Ya estamos llegando- El sol se ocultaba y, con él, se escondía Julieta, arrepentida por hacerme cometer el mismo error, asustada porque Aghy se estaba vengando y se convertía en mi captor. Se resguardó en su jaula y se encogió en una esquina, cerrando sus ojos y rechinando los dientes. Entramos a lo que temí era su rancho y, en la puerta de la gran residencia, había una mujer, en una mecedora. Apenas frenó frente a la casa, suspiró profundamente y, casi arrancando el timón, se descargó. -Me has enloquecido- No contesté, temblaba. - Dime algo, por favor. Te juro que no te voy a hacer nada- Con las únicas palabras que el miedo me dejó pronunciar, le supliqué:

-Déjame llamar a mi casa y a mi prima.

-No soy lo que acabas de ver.- Se notaba la decepción de sí mismo, en su rostro.

-Necesito hablar con Miguel, Stellita y Camila.

-No me pidas permiso, por favor. Enloquecí, no sé qué me pasa. No me dices nada, no entiendo nada. Sólo te traje aquí, a mi territorio, para poder pensar mejor. Ten mi celular, llámala- Mientras marcaba el número de Stellita, en su celular, temerosa podía ver cómo peleaba consigo mismo.

-Hola, Stellita. Me demoro un poco; tuve un percance. Voy a hablarle a Camila, para que haga dormir a Migue y le lleve dulces. Cuídame mucho a mi chiquito, Stellita, por favor.

-Claro que sí, señora; ¿le paso a Miguel?

-Sí, por favor, y Stellita, guarda este número que es el de Juan Pablo- Debía asegurarme de que encontraran mi cuerpo.

-Mamiii, ¿dónde estás? Ya casi es hora de dormir y no hemos visto tele- Al escuchar la voz de mi bebé, se me aceleró el corazón y miré suplicante a Juan

Pablo.

-Mi cielo, la mamá tuvo un problema con la camioneta y no voy a poder llegar temprano. La tía Cami va a ir con dulces y te vas a dormir solo, por hoy. Te prometo que mañana veremos mucha tele- Se me aguaron los ojos.

-¡Siii! Dulces y la tía Cami, ¿puedo ver una película con ella?

-Sí mi amor, es solo una noche. En cuanto llegue, te voy a dar un gran beso, para que sepas que ya estoy a tu lado.

-Bueno, mami, está bien. ¿Estás con Juan Pablo?- No sé por qué, pero reaccioné activando el altavoz.

-¿Qué dijiste, mi cielo?- Miré a Juan Pablo, intentando ablandar su proceder.

-¿Qué si estás con Juan Pablo?

-Sí, mi amor.

-Él te va a cuidar hoy. Te amo, mami, te espero.

-Te amo, mi amor- Inmediatamente, llamé a Camilia y ella salió apurada, para estar con Miguel. Colgué lentamente, mientras esperaba una reacción.

-¡Mierda, mierda, mierda!- murmuró, mientras chocaba de nuevo su cabeza contra el timón. -Esto está mal, muy mal.

-Dime qué pasa; qué es lo que pretendes, Juan Pablo, por favor.

-Me hacés sentir cosas que no me puedo explicar. Perdóname, no quise asustarte- Mi acelerado latir empezó a calmarse.

-Tengo miedo... eres agresivo.

-No lo soy, de verdad, perdóname. Ella es mi hermana Virginia y, conociéndola, no va a demorar un minuto más para acercarse. No conoce esta camioneta y debe estar asustada.

-Quiero irme a mi apartamento...Miguel...me está esperando.

-Lo sé y si me lo permites, trataré de resarcirme con él, pero, por favor, regálame unos minutos y déjame presentarte a quien realmente soy...por favor. Te llevaré pronto con Miguel, aunque... si no quieres, lo entenderé y ya mismo nos devolvemos- Su rostro se tornó abatido, avergonzado. Empezaba a entender lo que había hecho y yo también.

-Pues, ya estamos aquí y más te vale que todo el terror que acabo de atravesar valga algo la pena.

-Gracias...- Nos bajamos y, tratando de esconder lo sucedido, nos acercamos a la casa.

-¡Juan Pablo, qué susto me has dado!

-Virginia, ella es Luciana.

-¡Ay! ¡Luciana! ¿Eres tú quién tiene embobado a mi hermano? Ay, picarones ¿Qué andaban haciendo tanto rato, sin bajarse de esa camioneta, ah?- Me sonrojé. Era demasiado extrovertida, para el momento que estábamos pasando.

-¡Virginia! Qué pesada eres; no preguntes lo que no debes saber. Ofrécele algo a Luciana, por favor, mientras voy un momento a mi habitación- ¿Cuándo va a terminar este día? Juan Pablo me invitó a pasar y se retiraba ya.

-¡Vamos, cuñada, tenemos mucho de qué hablar!- Y yo que pensaba que este día no podía empeorar.

CAPÍTULO XVI

-Doctor...

-¡Luciana!

-Disculpe que irrumpa de esta manera en su consultorio, sin una cita previa, pero su secretaria me dijo que...

-Siéntate, Luciana.

-Yo sé que no debí venir; ayer fue la regresión, pero es que...

-Dime ¿qué es lo que pasa?

-Todo esto de la regresión, de lo que vi, de lo que sentí ¡es que fue todo tan real!

-Y ¿por qué te preocupa?

-Porque no fue como una alucinación y ya. Reconocí a la gente importante que está en mi vida... estaban ahí y...

-¿Y...?

-Juan Pablo estaba ahí también, y estoy hecha un lío. Ya no sé qué creer; por eso he venido...

-¿Quién es Juan Pablo?

-Alguien con quien he salido unos días.

-¿Un pretendiente?

-Sí.

-¿Sientes algo por él?

-Eso es lo que no sé. Es que con esta regresión las cosas han cambiado. No entiendo nada, no sé qué siento; es que no creo ni en lo que veo, pero... ¿por qué me lo pregunta?

-Mmm...veo...Preguntas médicas, Luciana, para saber en qué estado te encuentras.

-¡Pues, me estoy volviendo loca, doctor! Y usted trata locos, así que he venido para que me quite esta locura que me dio, cuando salí de su consultorio.

-Veó...

-No me mire así, doctor, ¡hágame algo!

-Luciana, no puedo borrar lo que viste, lo siento.

-Pues, hipnotíceme de nuevo, para volver a la realidad y borrarle esta fantasía que me va a ¡terminar mandando a un psiquiátrico!

-Eso no es ético.

-Por favor, usted es el doctor y no estoy bien, arrégleme.

-Me debilitas Luciana.

-¿Cómo así?

-Acuéstate en el diván.

-¿Qué ves?

-Estoy en un desierto.

-¿Qué hay a tu alrededor?

-Mucha arena.

-Camina, Luciana, busca algo. Estás ahí, por alguna razón.

-Hay unas personas... están lejos... parece una tribu.

-Acércate un poco. Nada puede pasarte. ¿Cómo son esas personas?

-Trigueños... con túnicas y turbantes.

-¿Sabes dónde estás?

-En el Medio Oriente... Creo que es Turquía... ¡No! Es Siria.

-¿Sabes qué época es?

-Creo que es el siglo mil ochocientos...pero no sé, exactamente.

-Acércate a la gente ¿Reconoces a alguien?

-Creo que el hombre joven es Juan Pablo. Me mira desconsolado.

-Vamos a regresar, Luciana. Voy a contar, leentamente, del diez al uno. Cuando llegue a uno, vas a despertar y todo va a estar bien. Diez...nueve...ocho...siete...seis...cinco...cuatro...tres...dos...uno. Despierta, Luciana,...tranquila... ¿Cómo te sientes?

-Uff...pero...doctor... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me dejó más tiempo? No pude ver nada.

-Es que vi que todo iba a empeorar.

-¿A qué se refiere?

-Viniste confundida por lo que viste ayer; estás en shock y lo que vieras hoy te iba a confundir más.

-Pero, ¿por qué?

-Luciana, estás enredada, porque no has entendido de qué se trata todo esto.

-Para eso vine, por favor, explíqueme.

-Mira, toda esa historia vikinga de la guerrera que somete al irlandés, y se desarrolla el Síndrome de Estocolmo, es una metáfora.

-No entiendo cómo todo eso que viví pueda ser una metáfora. Usted me hizo una regresión a vidas pasadas. Eso fue lo que me dijo.

- Sí, pero eso es en realidad un viaje al inconsciente. Como te expliqué ayer, mis pacientes vienen a resolver un problema y, por lo que he visto, padeces un trastorno de ansiedad generalizada.

-¿Qué es lo que me está diciendo, doctor? ¡Yo estuve en ese lugar! ¡Usted estaba conmigo!

-Yo no estaba contigo. Yo estaba guiándote en el viaje, para descubrir la raíz del problema. Estás muy preocupada y tensionada. Tienes problemas para dormir y

eres muy nerviosa. Eso se llama trastorno de ansiedad generalizada.

-Pero... ¿eso qué tiene qué ver con lo que vi? Es que...no entiendo.

-El inconsciente te muestra una historia para que la puedas entender. Es la manera de que comprendas qué es lo que te está enfermando. Es el relato de tu padecimiento.

-No entiendo... y ¿cuál es su conclusión de esto?

-Estás afligida por el fracaso de tu matrimonio y buscas ansiosamente una historia fantástica, que te haga creer de nuevo en el amor.

-Doctor... ¿*me está tomando del pelo?*

-Luciana, por favor...

-Discúlpeme, doctor, pero eso que dice no tiene ningún sentido para mí.

-Probablemente no lo tenga para ti, pero es la realidad.

-¡Pero es que esa historia es todo lo contrario de una historia fantástica de amor! La historia de Aishling es una desgracia... ¡Yo lo sentí!

-Así fue, porque es el temor que tienes. Ahora, cuando lo conoces, podemos trabajar el problema y sanarlo. Apuesto que te sensibiliza cualquier historia de amor, sea dramática o exitosa.

-Pues...

-¿Ves? Eres lógica, Luciana ¿aún no tiene sentido para ti?

-¿Todo lo que viví en esa regresión fue falso?

-Sí y no. La historia nunca pasó, pero la interpretación es real. Es como cuando sueñas; los sueños no son reales, pero algunos tienen información útil.

-Tiene sentido...pero y ¿las personas que vi? ¿El papel que estaban jugando en esa historia qué significa?

-Ok, pásalo a tu realidad. Tu madre era quien te apoyaba y te cuidaba, y ahora es

quien hace eso, ¿no es así?

-Sí.

-Tu hijo era tu maestro, y me imagino que ha sido él quién te ha enseñado las lecciones más importantes de tu vida.

-Al final de todo, sí...y ¿Juan Pablo?

-Bueno...él...

-Dígame, doctor.

-Lo interpreto como la persona de la que... te debes alejar. De hecho... eso puede ser lo que pretende decirte tu inconsciente, como método de protección.

-¿Que él significa dolor?

-Dímelo tú.

-Pero es que...

-Las mujeres tienen el sexto sentido muy desarrollado.

-Eso lo pensé desde un principio... pero al escucharlo a usted decirlo, es...

-¿Es qué Luciana?

-Desolador.

-Eso lo vamos a solucionar. Ten esta muestra. Es un ansiolítico muy suave, que te va a ayudar por el momento, y en un mes lo retiramos. Te voy a anotar mi número personal y me puedes llamar a cualquier hora. Si quieres, podemos vernos en otro lado o, incluso, si estás muy nerviosa, puedo ir a tu casa.

-¿A mi casa? ¿Así de personalizado es su tratamiento?

-Eso sólo lo hago con pocos pacientes.

-Yo no estoy tan mal, doctor. No le puedo negar que esto me ha dolido mucho... Incluso, he pasado de la confusión al dolor... ¿Es normal?

-Lo es; ¿anotaste tu celular en la historia clínica?

-Sí...

-Perfecto, probablemente me comuniqué contigo, para preguntarte cómo te ha sentado el ansiolítico.

-Mmm, gracias, doctor...Por un instante me dejé envolver, me dejé llevar...y usted dice que mi inconsciente trata de protegerme de mí misma, de cometer otro error... y esta vez no lo puedo permitir...La carta de hoy tenía razón.

-¿Qué carta, Luciana?

-“Escuchar a tu alma”.

-No entiendo de qué carta hablas.

-La que me aconsejaba escuchar los susurros de mi alma; entonces, tenía razón desde un principio: Juan Pablo debe desaparecer de mi vida.

-Haz entendido perfectamente el proceso de sanación, Luciana.

CAPÍTULO XVII

Virgina era una mujer espontánea, alegre, con una gran sonrisa, y se parecía mucho a Juan Pablo; alta, pelo rubio crespo, ojos azules y muy blanca; sus pocas curvas dejaban ver que la influencia de sus ancestros predominaba sobre la exuberancia latina.

Se podía observar la inmensidad del terreno, aun cuando esa noche del lunes trataba de ocultarlo. A lo lejos, titilaban pequeñas luces que enfocaban cinco

grandes pesebreras. No muy lejos, se encontraba una pequeña vivienda, que debía ser de los montadores o los encargados. Al lado de la gran casa había un sombrío lago, rodeado de samanes y habitado por patos y gansos, lo que me hizo temblar, junto con los vientos del campo, al pensar, por un momento, que aquel pantano podría ser mi última morada.

Para llegar a las escaleras de la entrada de la casa, debimos cruzar una larga y sonora pista, destinada para el desfile de los mejores sementales, pero que dibujaba lo desconocido que era para mí ese mundo, al igual que la mente de Juan Pablo. A pesar del agreste olor a heno, estiércol, sudor de caballo y mil insectos acechando, mi ingreso a la residencia me mostró un contexto muy diferente. No era una mansión lujosa con lámparas de cristales, muebles importados y mármol por doquier. Esta decoración era más imponente, antigua, rústica, de ventanas arqueadas y, sobre todo, tan acogedora que me daba confianza y seguridad. Las vigas altas, toscas y veteadas del techo calentaban el lugar. Las venas de los pesados troncos levantaban una gran escalera que, con sus coloridas baldosas, conducían al segundo piso. Algunas paredes de alegres tonos fuertes resaltaban los blancos y hospitalarios muebles vintage, tipo country, que albergaban grandes cojines y que jugaban con los tonos de los impenetrables muros. Esas murallas que protegían la celosa intimidad de Juan Pablo. El comedor simple, pero fastuoso, de madera tallada, doce puestos y listo para la cena, esperaba a la gran familia ausente a la que no podían renunciar.

Mientras Juan Pablo se alejó, Virginia me condujo al estudio, un salón igual de placentero que el resto de la casa, con cientos de libros soportados por un sublime estante, y una pequeña sala que precedía el escritorio, un gemelo del comedor, pero en versión chica.

-¿Quieres algo de tomar?- Continuaba muy efusiva.

-No, gracias, Virginia.

-¡Ayyy, es que no puedo creer que estés aquí!

-¿Por qué lo dices?- Acaso, ¿me esperaba? Me sentía un tanto acorralada.

-Ya debes saber. Juan es muy reservado y no me imaginé conocerte tan pronto.

-No, pues... Yo tampoco creí conocerte hoy.- Miré alrededor y me encogí un poco.

-¿Pasa algo, Luciana?- preguntó- abriendo los ojos.

-No, sólo soy un poco tímida, discúlpame.- Esa fue una respuesta tonta.

-Te veo un poco alterada; dime qué pasa.- Y entrecerró los ojos, intentando entrar en mi mente.

-¿Tardará mucho Juan Pablo? Debo ir a casa.

-Yo sé que mi hermano puede llegar a ser difícil, pero date la oportunidad de conocerlo. No te vayas aún. Además, ¡ya me caíste bien!- Esto no iba a ser fácil, pero Virginia era la mejor fuente que podía encontrar para saber algo más de Juan Pablo.

-Qué linda eres...Gracias, pero...es que las cosas se complicaron un poco.

-Yo no sé qué pasó en esa camioneta, o antes de que llegaran, pero seguro Juan te dio una impresión equivocada.- A eso le llamo yo conocer a una persona.

-Bueno, tú si sabes bien cómo es tu hermano.

-Anda, pregunta con confianza, antes de que regrese ¿Qué quieres saber de él?- Iba a parecer entrometida y confianzuda, pero debía aprovechar.

-Está bien... es que hoy se comportó un poco violento y... logró asustarme.- Virginia bajó sus hombros y exhaló profundamente. Pude sentir su tristeza.

-¿Te ha contado qué pasó hace cinco años? ¿Lo de la muerte de nuestros padres?.

- Sí, y lo siento mucho.

-Gracias... Eso nos destruyó, como es de esperarse, pero a mi hermano casi lo elimina por completo.- Su expresión triste no se alejaba.

- ¿Por qué?

-Porque fueron los dos golpes más duros de su vida. Mamá y papá fallecieron trágicamente, poco después de su divorcio ¿Te contó de su divorcio? ¿Te contó que pasó con su ex esposa?

-Algo mencionó sobre los celos de ella, pero no ahondó en ese tema. Como en todos de los que hemos hablado, siempre dice la primera línea y no más.

-¿Me prometes que lo que te diga hoy se queda entre nosotras dos?- Bajó el tono de su voz y se acercó un poco más a mí.

-Sí... claro.- Presentí una bomba, algo que probablemente iba a cambiar mi percepción para bien o para mal.

-Él amaba a su esposa. Eran novios desde el colegio- Vaya, qué coincidencia.- Siempre se entendieron y tenían una vida feliz, pero de un momento a otro ella empezó a cambiar. Lo celaba día y noche, sin motivo alguno. Juan casi nunca salía del rancho y, cuando lo hacía, los escándalos eran ensordecedores. Cuando estaba aquí... lo celaba con las empleadas y, al final, también lo hacía con los empleados.- Empezó a tener dificultad para hablar.

-¿Con los hombres?

-Sí.

-¿Entonces, la dejó por los celos?– Eso es una causa de divorcio común ¿Cuál es el drama?

-No, él siempre creyó en el matrimonio para toda la vida. Siempre decía que quería tener una vida como la de nuestros padres, y mantuvo la esperanza de que esos celos se acabaran. La relación de ellos ya estaba rota, pero él no desistía.

-Pero no se acabaron supongo y, por eso, la dejó– ¡Fin de la historia!

-¿Me dejas terminar?- Ok, esta es la Virginia que no quería conocer, por lo menos hoy.

-Discúlpame- Hacía mucho alguien no me regañaba.

-Ella solo empeoró. Su condición mental se deterioró rápidamente, y empezó a ver a su esposo como un enemigo, hasta que un día...- Y sus ojos se mojaron un poco.

-¿Un día que?- Moría de la ansiedad.

-Intentó matarlo, para que no se fuera con la amante que ella tenía sólo en su mente.- Puse la mano sobre la coronilla de mi cabeza, abrí los ojos y no pude pronunciar una palabra. -Lo golpeó fuertemente y, en repetidas ocasiones en el pecho, mientras dormía, con un trofeo de plata que él había ganado en una competencia. Afortunadamente, estaba tan loca que no tuvo lucidez para planear algo fatal.- No podía creerlo.

-¿En su pecho? ¿Por eso le duele? Donde está el tatuaje. ¿Es ahí donde lo golpeó?- Podría, por fin, darle una respuesta lógica al dolor de su pecho. Ni Aghy ni su espada serían los responsables de aquel dolor.

-Donde está el tatuaje, siempre le ha molestado desde pequeño, y los golpes... fueron en todo el pecho. Incluso, donde ella sabía que siempre le había dolido.

-¿Y qué pasó después?- Y yo que creía que mi divorcio había sido traumático.

-Él quedó inmóvil, perdido...no pensaba. Mis padres la tuvieron que llevar a un hospital y dejar que su familia se encargara de ella.

-Virgina, esto que me estás contando nunca lo hubiera imaginado. Es que es... demasiado fuerte; no puedo imaginarlo así...- Me dolía el alma. Mi pobre Aghy era atacado en su noble corazón, una y otra vez.

-Tres meses después, fue el accidente de tránsito.- ¡Por Dios ¿quién puede aguantar algo así?!

-¿Tan solo tres meses?

-Sí.

-Virginia, esto es tan... tan... no; es que no logro imaginar su dolor.- Quería llorar.

-Es que no lo puedes imaginar, Luciana. Mi hermano cambió. Su frágil corazón se sumergió en la ira y el rencor con la vida, con Dios. Ensillaba su caballo y cabalgaba rápido, con furia, por horas, por días. No hablaba ni comía. Él quería morirse y yo no lo pude ayudar: yo vivía mi propio dolor.

-No sé qué decir. Ese no es el Juan Pablo que yo percibía, el que me lastimó hoy, pero su furia... puede originarse de ahí.

-No, Luciana, hace dos años el revivió y...

-¡Virginia, pero ¿qué estás diciendo?!- Irrumpió Juan Pablo en la habitación, furioso nuevamente.

-¡Nada que no sea verdad! Y mientras sigas ocultando tu realidad, nunca podrás rehacer tu vida.- Virginia explotó y su espontaneidad la convirtió en un desfogue que estaba guardado hace mucho tiempo.

-¡Ese no es tu problema!- dijo seco y cortantemente. -Déjame a solas con Luciana, por favor.- Intentó calmar su voz. Virginia giró su mirada rabiosa e impotente hacia mí.

-¡Espero que tú si puedas lidiar con este ogro insoportable!- enunció, irónicamente, y salió del estudio.

-Disculpa, Luciana. No dejo de darte malas impresiones...- ¿Qué voy a hacer contigo, Juan Pablo?

-¿Qué tanto escuchaste?

-Poco, pero lo suficiente para interrumpir.- Estaba indignado y apenado.

-No te estreses. Tu hermana sólo quería...- No quería tocar ese tema, y me interrumpió.

-Me retiré para cambiarme de ropa y para buscar dos cosas- Abrió su mano y dejó ver un anillo plateado, antiguo, y con una gran piedra aguamarina.

-¿Eso es una turquesa?- Conozco esa piedra, siempre me ha atraído.

-Sí. Hace un par de años estaba en un mercado móvil, de esos que venden todo tipo de cosas. Allí había un señor, un anciano, que tenía en el piso unas mantas. Al parecer, no vendía nada y eso me provocó curiosidad. Él se quedó mirándome y me hizo señas, para que me acercara. Cuando llegué, abrió una de las mantas y, en ella, tenía bellas joyas, muy exóticas. Me dijo: “Una de estas te pertenece. ¿Cuál es?”. Me pareció una estafa o treta; sin embargo, le seguí la idea. Me pidió escoger uno, y este anillo me llamó mucho la atención. Le pregunté el precio y, a pesar de que era excesivo, lo pagué.

-Pero ¿Para quién lo compraste?

-En realidad no lo sé. El anciano dijo que me pertenecía, mas yo creo que le pertenece a alguien más.

-Es un anillo muy bello, Juan Pablo.

-Lo sé. Lo llevé a la joyería de un amigo, para que lo examinara y me confirmara si había sido estafado y engañado por un viejo mañoso.

-Y ¿qué te dijo?- Al parecer, la respuesta iba a ser muy interesante.

-Que no había pagado ni el uno por ciento del valor de esa joya, que era simplemente invaluable.

-¡Ay, no te creooo! Qué historia más fantasiosa te has inventado.- Me acordé de la película del niño que le pidió a la máquina de los deseos del mercado, en donde, a propósito, había una adivina dentro de ella, que quería ser grande. Mágicamente, se convirtió en adulto, al despertar el día siguiente.

-Esto no es un chiste, Luciana.- Estaba serio, entonces, era verdad.

-Bueno, bueno, ¿qué joya te dijo tu amigo que era?

-Dijo que era una turquesa pura. Me contó que históricamente era transportada por el camino de la seda. La comercializaban en Turquía. Desde ahí se expandía a otros países. También dijo que sólo se obtienen en zonas desérticas. No sé por qué, pero ahora, en medio de la confusión camino al rancho, recordé el anillo y creo que... es para ti, al igual que estas copias que te quería dar.

-No creo que me pertenezca ese anillo. ¿Puedes llevarme ahora a casa?

CAPÍTULO XVIII

Hoy es diferente... Estoy completamente desolada y marchita. Julieta lo hizo de nuevo y me dejé envolver. Creo que volví a enamorarme del amor, de la historia de las almas gemelas que atraviesan siglos y, justo, en esta vida se encuentran.

Esta vez no choqué la cabeza contra el timón. Hoy incliné el asiento para atrás... No me quiero mover; sólo quiero que se desplomen las lágrimas, mientras nadie me ve, mientras el polarizado de los vidrios oculta el inmenso vacío que siento... otra vez.

Ding dong

-Luciana, ¿dónde estás?- Dejé los chulitos en azul y no escribí nada. -¡Luciana, dime dónde estás! Necesito hablar contigo.- Él esperaba “en línea”, pero no sabía cómo iba a hacer, no sabía qué decirle. -Luciana, si no me dices dónde estás, voy ya a tu apartamento.

-Juan Pablo, ya es hora de que dejemos todo este teatrillo de los vacíos, de las sensaciones, del drama y, mejor dicho, de esta intensidad tan falsa en la que estamos. Ya estuvo bueno.- Eso nos dolió.

-¡¿Qué?! ¿Pero qué es lo que te está pasando? ¿Me estás diciendo que nos inventamos todo? ¿Qué todo esto no es real?- Ese mensaje de voz sonaba alterado.

-No pudiste haberlo dicho mejor.- Mi pecho ya no era mío, era el de Aishling, “La metáfora”.

-Pero... ¿Qué pasó hoy? ¿Dónde estás?

-Estoy almorzando con un amigo y ya, Juan Pablo. Paremos esto aquí, que ya me aburrí. Ya el día del amor y la amistad pasó y ya se perdió el chiste, ¿vale?- San Miguel Arcángel, dame fortaleza, te lo suplico; no me puedo derrumbar, no, otra vez.

-¿Me usaste?

-Nos usamos, querido. Vuelve a tu vida. Yo vuelvo a la mía y todo arreglado. Además, no me escribas más, que estoy siendo grosera con mi amigo, al responderte a ti ¿Me los quieres espantar a todos?- Dios, cómo duele.

-¡Perfecto! Adiós, Luciana.- Simplemente, me rompí.

No podía ver. Manejaba a cuarenta kilómetros por hora, para no chocar. Estaba agonizando. Volví a bajar a aquel hueco que ya había olvidado. Mi corazón *estaba a mil* y no podía manejar más así.

Me detuve en una tienda, para comprar una botella de agua y, así, poder tomarme la pastilla que me dio el doctor. La gente me miraba con compasión, como si entendieran mi pérdida, pues, el blanco de mis ojos se había escondido bajo el rojo de la sal, para no volver en mucho tiempo.

A los veinte minutos, empecé a sentir el efecto: los latidos se habían normalizado. El temblor había cesado y el dolor se escondía bajo los químicos. Esto era definitivamente lo que necesitaba.

Ding dong

-Lucy ¿Cómo estás?- Era un número que no tenía grabado. Miré la foto del perfil y reconocí al doctor. Se veía muy bien; lo guapo no se le puede quitar a nadie.

-Voy camino a casa, doctor. Ya me tomé la pastilla que me dio y me siento mucho mejor.

-Me alegro. Si me necesitas a cualquier hora, no dudes en llamarme; también puedes escribirme por aquí, en caso de que necesites hablar sobre lo que sientes y, en general, lo que te causaron las regresiones.- Este doctor es demasiado dedicado, algo no es normal.

-Muchas gracias, doctor, lo tendré en cuenta. Ya lo agrego *a mis contactos*.

-Excelente, un abrazo.- Voy a esperar un poco más, para asegurar que le gusto. Aunque, si fuera así, no iba a tener mucha suerte. Mis sentimientos estaban despedazados.

Logré llegar a casa, sin colapsar, y más tranquila. Migue aún no había llegado del colegio, y eso me daba tiempo para pensar en qué decirle, cuando viera que la mamá regresaba a un día gris.

-Stellita, te acabo de enviar el contacto de mi doctor, de mi...psiquiatra. Por

favor, guárdalo, en caso de una eventualidad.- Debía dejarla al mando. Yo no estaba bien, y ella era la única en quien confiaba en ese momento.

-Señora, Luciana ¿Está bien? ¿Le llevo una aromática de albahaca?

-Ay, Stellita, lo que siento no me lo quita ni el mejor yerbatero.- Sólo quería dormir, por una semana.

-No se ve bien, señora, ya le llevo la aromática.

-Quedas a cargo de todo.

Julieta estaba encubierta en su jaula. Si salía, sabía que la iba a desaparecer para siempre. No iba a saber de ella, en un buen tiempo. Bajé el “blackout” y el cuarto se empezó a enfriar. Intenté olvidarme de Siria. Me empujé de azul y me cubrí hasta la cabeza. Era el momento de llorar y de bajar a lo más profundo.

-Mamiii...uy, parece de noche, qué ricooo.

-Hola, cielo.

-¿Por qué tienes los ojos así?- Naturalmente, no podía pintármelos; era inevitable que se enterara.

-La mamá tiene una gripa horrible, mi amor. Me duele todo el cuerpo y creo que voy a estar en cama toda la semana, pero no te preocupes, tú sabes que me curo rápido.

-¿Cómo la que te dio cuando dejamos de ver a mi papá?

-Algo así, cielo.- La conversación empezaba a complicarse.

-Eso no dura una semana, no digas mentiras, eso dura como mil días.

-Yo no digo mentiras, Miguel. No me faltes al respeto. Ya te dije. En una semana más o menos, estaré bien. Sólo trata de dejarme dormir y pronto lo estaré.

-No te voy a despertar, pero... ¿puedo comerme, entonces, todos los dulces que quiera?

-Pídele a Stellita. En esta semana, ella es quien da los permisos, ¿vale?

-Vale, ma.

Me iban a reventar el Whatsapp. Por eso, en medio de la hibernación, sólo se sentía vibrar, y me dejé morir por unos días.

Ding dong

-Luciana, ¿cómo estás?

-No estoy bien, doctor. Las pastillas que me dio me quitan la angustia, pero no menguan el dolor.

-Vamos a tomarnos un café; déjame llevarte a cine.

-Qué optimismo doctor. Apenas puedo ir al baño. Es miércoles, ¿no está en consulta?

-Déjame visitarte; quiero llevarte algo.

-Está bien, docto, pero lo que va a ver no le gustará.

-Estás completamente equivocada.

Ya habían pasado ocho días de estar en mi pozo, y sólo le respondía al doctor. Apenas pasaron un par de horas para que él se anunciara, en el citófono. No me iba a molestar en cambiarme o maquillarme. Estaba hecha un desastre, y él debía estar acostumbrado a eso, pero sí debía bañarme; era elemental, como lo prescribía el *Manual de Carreño*. Al abrir la puerta, Stellita se topó con unas frescas rosas rosadas. Se las entregó y casi le ordenó que las pusiera en un jarrón.

-Siga, doctor- Lo invité a entrar al cuarto. Él era un doctor; por lo tanto, el chequeo era en la habitación, ¿no? – ¿Quiere tomar algo?

-Un café sin azúcar.- Le indiqué a Stellita que preparara el café y, al doctor, que se sentara en el puf capitoneado blanco, al lado de la cama.

-Señora, ¿dónde quiere que ponga las rosas?- Yo conozco a Stellita. No le cayó para nada bien el doc, y fuera del consultorio, él se percibía un poco pedante, por

lo menos, con Stellita.

-¿Rosas?- Ahora sí, confirmado. El doctor me está coqueteando, ¿es eso ético?

- Es solo un detalle sin valor, pero dicen que las flores alegran a las mujeres.

-Ehmm... gracias, doctor.- Me alegrarían, si fueran de Juan Pablo.

-Tienes un bello apartamento ¿Tú lo decoraste?

-Sí, doctor.- ¿En serio, vamos a hablar de decoración?

-Ya deja de decirme doctor, por favor. Llámame Henry, un amigo más.

-Se siente raro.- A ver, estaba en mi habitación. Yo, en pijama. El cincuenta por ciento de mi cara eran ojeras y ¿me estaba coqueteando? –Está bien... Henry.

-¿Cómo te has sentido?- *De la patada*, directo a la mierda.

-En realidad, muy mal: y la carta no ha servido de nada; no voy a sacar más, por lo pronto.

-La carta...

-“Deshacerse de la depresión”. Esa era la carta perfecta, pero en este caso no había servido de nada.- Su pierna empezó a temblar y se pasó la mano por el cabello. –Es cábala, Henry, *no me pare bolas*. Son cosas espirituales.

-Sí, mejor no pregunto más sobre eso. Dime, ¿en qué piensas? ¿Qué sientes?

-¿La verdad? Lucho constantemente por no escribirle a Juan Pablo. Usted me dice que todo lo que vi fue falso, pero lo que sentí no lo fue, y eso me está apagando poco a poco.

-¿Te importa tanto él?- Eso no sonó muy clínico que digamos. Agaché la cabeza y no supe qué decir. -¿Es él quién te tiene así?

-Eso creo, do... Henry.- Sólo recordarlo en ese momento tan vulnerable, frente al psiquiatra, me hizo romper en llanto.

-¿Quieres hablarle?

-Me muero por hacerlo. Es una lucha, cada segundo, y me da miedo no lograr alejarme. Me da miedo caer de nuevo, pero también me da miedo...

-¿Qué te da miedo? ¡Dime!- Las manos me sudaban; el corazón bombeaba a un ritmo descontrolado y los segundos empezaron a pasar más rápido.

-Que no me quiera volver a ver nunca más.- Y el ardor del pecho de Aghy regresó.

-¿Me estás hablando en serio? ¿Hace cuánto conoces a este tipo?

-Lo vi hace un poco más de una semana.- Pero no necesitaba más, para amarlo desconsoladamente.

-Pero ¿te estás escuchando, Luciana?- Las lágrimas seguían cayendo sobre la cama. -Estás mal, muy mal, y yo voy a arreglar esto. ¿Cuál es la droguería más cercana?

-MasMed.- Tomó su celular; buscó en internet y ordenó un medicamento de un nombre raro. Sacó el talonario, en donde recetaba las medicinas, y lo llenó con mi nombre y demás datos. Eso sólo lo piden en las droguerías, cuando son medicamentos controlados y vaya, que en mi país, el noventa y nueve por ciento de los medicamentos no son fiscalizados. Me preguntó la dirección y, a los veinte minutos, tenía la caja de sesenta pastillas, en mi mano.

-Ok, Luciana, vamos a hacer lo siguiente. Cada vez que sientas el impulso de escribirle o llamar a Juan Pablo, este tipo que sólo te atraerá dolor, te tomas una de estas. Te va a dar sueño y malestar, pero te acuestas y, al otro día, estás como nueva.

-¿Cuál es el límite en el día?

-No hay límite. Son suaves y te van a ayudar; por nada del mundo dejes que tu voluntad te gane. Cuando te veas flaquear, tomas una de estas y ya está: a dormir y a olvidarlo.- Eso no va a ser tan fácil. Doparse no es la solución, pero por ahora sólo quería mermarte el sufrimiento.

-Discúlpame la pregunta que te voy a hacer, Henry. De pronto, no estoy en mis cabales y estoy mal interpretando, pero... ¿por qué tanto interés en que no me comunique con Juan Pablo?- Ya era demasiado obvio y había que *poner las cartas sobre la mesa*, para poder tener un tratamiento más profesional. Suspiró, profundamente.

-Luciana, tú más que nadie sabes que él te hace daño y no te conviene para nada. Te lo dijo tu inconsciente, y yo...yo te quiero cuidar...No sé cómo ni por qué y menos en tan poco tiempo, pero he empezado a sentir cosas por ti. Sin embargo, no te voy a agobiar con eso ahora. Primero, sacamos a Juan Pablo del camino y, después, seguimos este tema. ¿Te parece?

-Pero...esas son palabras muy fuertes ¿Por qué hablas de esa manera? ¿Sacarlo del camino?- El famoso hipnólogo me intimidó; por un segundo, sentí miedo.

-Discúlpame, Luciana, es que contigo pierdo un poco el control.- Últimamente, me están diciendo eso más de la cuenta. -Tienes razón; no debí expresarme así de él...pero sólo pensar que te puede hacer daño... ¡que te está haciendo daño! Es que no soporto la idea.- Tomó mi mano y me dijo: Déjame cuidarte, cariño.

Y, de pronto, la idea de emparejarme con el doctor no sonaba tan descabellada.

CAPÍTULO XIX

Eran las tres de la tarde y, en mi cuarto, sólo se colaba un pequeño rayo de luz, por el “block out”. Ya no recordaba la última vez que había rezado el Modá Aní, ni tampoco sabía dónde estaban las cartas de los 72 nombres de Dios. Si tenía suerte, comía un pedazo de pizza que había quedado del último domingo, cuando

la compré para Miguel, pero las pastillas que me recetó el doctor me mantenían hipnotizada, y el hambre no se asomaba.

Era martes. Eso sugería mi celular, pero el control del tiempo se me había escapado, cientos de horas atrás. Lo único que sabía era que Stellita me recordaba, cada día, cuántos días había pasado en cama. Esa mañana, cuando le tocó devolverse de nuevo con el café y el pan de quinua, al fregadero, me había dicho que ya eran catorce los días que no salía de mi habitación. Estaba preocupada y molesta, pero eso era lo que menos me importaba. En ese momento, sólo quería hibernar. La espalda quemaba, pero los analgésicos de las pastillas se llevaban ese dolor cada seis horas, cuando me tomaba mi nueva dosis. La boca era igual al desierto que vi en la segunda regresión y, cuando despertaba, tomaba oasis de agua, lo que provocaba más humo. La cabeza me palpitaba, cuando veía la luz, pero también era otro malestar que las pastillas parecían menguar. Esas píldoras eran la salvación, en ese momento. Eran todo lo que tenía, y las tomaba constantemente; incluso, más de las que me recetó Henry.

Afortunadamente, Migue consiguió un amiguito nuevo, en el conjunto residencial, y no necesitaba mucho de mí, por esos días; sin embargo, yo sacaba fuerzas de donde no las tenía, para ver tele con él, un rato, cuando llegaba del colegio. Para nuestro ritual nocturno, eso era innegociable.

“Hello, it’s me

I was wondering, if after all these years you’d like to meet.

To go over, over, everything.

They say that time’s supposed to heal ya

But I ain’t done much healing

Hello, from the other side

I must have called a thousand times

To tell you I'm sorry for everything I've done
But, when I call you, never seem to be home”

“Ignorar” un millón de veces. No iba a hablar con nadie, si no era Juan Pablo. El doc tenía suerte de que le respondiera sus mensajes de voz. De hecho, me empezaban a gustar; él tenía una voz un poco hipnótica. Eso era irónico, puesto que su faceta de hombre que solucionaba todo era justo lo que yo necesitaba: una persona decidida, que sabía qué era lo quería en la vida, y que me iba a proteger, a mí, a mi hijo y a mi mamá.

-Hola, preciosa, te mando este mensaje, para preguntarte: ¿cómo estás hoy? Quiero saber de ti; empiezas a hacerme falta ¿Qué tal si nos vemos hoy?- ¡Ay, quién me manda a oirlo! Ya sabe que lo oí y sería grosero no hablarle.

-Hola, Henry, pues... estoy igual que ayer y que antes de ayer...pero pronto estaré mejor, con tus cuidados tan personalizados- Ojalá no insista con lo de vernos, supliqué a Dios.

-Pero no contestaste: ¿nos vemos hoy?- ¡Maldita sea! Grité, sin voz.

-Sabes que no estoy de ánimo para salir, Henry. Tú sabes que no es que no quiera; es sólo que es difícil ahora.

-¡Perfecto! Sí quieres, y eso es lo único que cuenta. A las nueve, paso por ti. Piensa a dónde quieres ir. Un beso gigante, preciosa. Te dejo, porque voy a entrar a consulta.

¡Esto no puede estar pasando! Lo último que quiero, en mi vida, es salir hoy con alguien que no sea Juan Pablo. ¿A dónde vamos a ir? ¿Qué me voy a poner? No sé nada de Henry, no sé qué clase de hombre sea, a qué lugares le guste ir. Seguro le va a gustar un sitio refinado, como Bahía, y no una cantina con rancheras y aguardiente, como a mí, mas me niego a ir a Bahía de nuevo; no, sin él.

No le podía hacer ese desaire a Henry. Debía salir, debía arreglarme y sacar fuerzas, para poner mi mejor cara, pero pensar en esa actitud positiva sólo me hundía más. Por primera vez, me paré de la cama, con la intención de ponerme algo para salir. No estoy segura si esta vez dejaré el closet hecho un desastre, o sólo me pondré lo primero que encuentre.

Me planté en frente de los ganchos, con mil telas mudas, y rememoré un mar de momentos que simplemente no quería que volvieran más; pero ahí estaba esa “pinta”, esas flores rojas que cautivaron a Juan Pablo, y que a Julieta le dieron alas para sentir. ¡Cómo te odio, Julieta! Tomé aquella “pinta” que era la más fácil y que me hacía estar más cerca de Juan Pablo, de algún modo. Al salir del vestier, vi las copias que Juan Pablo me entregó aquella noche, y una descarga me atravesó. ¿Habrás algo aquí que disipe mis dudas? Dejé la ropa, en la mesa de noche, y me recosté en la cama, con las copias.

En la carátula, había un símbolo que ocupaba más de la mitad de la hoja. En el centro del dibujo, había una forma de escudo que finalizaba en corazón. En la mitad de ese símbolo, se dibujaba una cruz que, en su interior, tenía muchas cruces pequeñas, formadas con puntos. Arriba de esta figura, estaba el casco de una armadura y, de ella, se desprendía una especie de nubes que rodeaba los lados del escudo-corazón. Encima del casco de la armadura, había un letrero que decía: “BERNEY”. Al final de la hoja, una frase: “Nil temere, negue timore”. Al pasar la hoja, me encontré con dos pequeños párrafos, perdidos en el limpio y gran espacio:

«Esta antigua familia –la Berney- se había establecido en Inglaterra y los países que hoy se conocen como Reino Unido, en 1066, en tiempos de la conquista normanda. Los Normandos o Northmen (hombres del norte) eran originarios de los países escandinavos. En 911, ocuparon la región de Francia, que hoy se llama Normandía, y más tarde, en 1066, Guillermo El Conquistador, Duque de Normandía (1027-1087) hizo la conquista de Inglaterra, después de la batalla de Hastings, en que fue

vencido el Rey Haroldo. Los normandos eran más civilizados que los ingleses. Poco a poco, normandos y anglos hicieron la mezcla de razas.

En tiempos de la conquista normanda, vivía en Norfolkshire (Inglaterra), un caballero distinguido: Roger Berney. Pasaron cuarenta y seis generaciones de Berneys, en Inglaterra, Escocia e Irlanda, hasta Edward Berney. »

Yo creo que si no me he enloquecido, hasta el momento, debo estar a punto de volverme completamente loca. No entiendo nada. Ahora, resulta que la familia de Juan Pablo viene también de los normandos, pero luego se instalaron en Inglaterra y también en Irlanda, y hoy están aquí. Así sea esta historia ciento por ciento verdad, y digamos que este disparatado relato de las vidas pasadas, la reencarnación y las almas gemelas exista, ¿cómo se supone que va unido todo esto? ¿Entonces, un miembro de cada familia va reencarnando en su misma familia, por cientos de generaciones, hasta que suceda un posible final? O ¿somos pocas almas que reencarnan y reencarnan, en un mismo entorno? ¿Hasta cuando y con qué fin? Porque si me pongo folklórica, puedo decir que el alma de Juan Pablo está desde la época de las invasiones normandas, hasta el día de hoy. En medio de ese nacer y morir, muchas veces se produjo esa historia que vi en la regresión, y solucionado el dilema ¡pues no! Es que para recrear esta fábula, hay que estar muy “trabado”, con kilos de marihuana encima, y así estoy yo, con esos sedantes que me estoy tomando.

Sigo ojeando, para ver si encuentro información que probablemente me confunda más, pero la curiosidad no me permite parar. A continuación, me encuentro con un gran árbol genealógico, en el cual el primer miembro es este hombre llamado Roger Berney, a quien nombraban, en la página anterior:

«Murió en Inglaterra, el 9 de octubre de 1643, dejando como heredero universal a su hijo Jacobo Barney, quien habría emigrado a la Nueva Inglaterra (Estados Unidos). La herencia se entregaría

a Jacobo, solamente si regresaba a Inglaterra, cosa que no quiso hacer y la perdió»

Bueno, desde aquí se empieza a observar el carácter tan peculiar de esta familia y, también, se explica cómo se fueron acercando a Sudamérica. De ahí en adelante, sigo leyendo rápidamente la historia de cada uno de los descendientes y sus múltiples hazañas y viajes, pero llegué a una de las últimas hojas y me quedé helada: ¡El Claddagh!

«Un símbolo utilizado aún en la actualidad, compuesto de tres partes, cada una de ellas con un significado propio. La corona simboliza la lealtad; el corazón, el amor, y las manos que lo sostienen, la amistad. Este símbolo podemos encontrarlo en los anillos que, según cuenta la leyenda, los antiguos amantes celtas portaban, como símbolo de compromiso.

Según la más antigua leyenda ligada a la creación de este anillo, el anillo de Claddagh se remonta a los tiempos de los dioses celtas, cuando Dagda Dios del Sol se enamoró de Anu – o Danu – la Diosa de todo el firmamento y progenitora de los celtas.

De su amor, nació Beathauile, o sea toda la humanidad, la vida misma. Por este amor, se creó el anillo de Claddagh, donde la mano derecha representa a Dagda; la izquierda, a Anu, y el corazón, a la vida nacida de su unión.

Esto, porque los orígenes históricos del Claddagh se pierden en el tiempo y no tienen fecha exacta.

Se dice que el anillo aparece, por primera vez, en el pueblo de Claddagh, cerca de la bahía de Galway, hace cuatrocientos años, gracias a la competencia de Richard Joyce – u loyce -. Pero también, en este caso, la historia está cargada de misterio, y la leyenda le toma el relevo. Se cuenta que el joven Joyce, habitante

de Galway, estaba viajando hacia las indias occidentales, cuando el navío donde viajaba fue asaltado por los piratas moriscos, y todas las personas que viajaban fueron capturadas y vendidas como esclavos.

Joyce fue vendido a un orfebre, quien le enseñó su arte. En poco tiempo, Joyce superó al maestro y, cuando William III, Rey de Inglaterra, obtuvo la liberación de todos los rehenes, el orfebre no quería que Joyce se marchara. Le propuso casarlo con su única hija y entregarle la mitad de sus bienes, a cambio de la promesa de Richard Joyce, para que siguiera trabajando con él. El irlandés rechazó la oferta y volvió a su casa, donde lo esperaba su prometida, por la cual, durante su cautiverio, había realizado el primer anillo de Claddagh, en oro, símbolo del amor que sobrevive, a pesar de la distancia.

Tomado de Internet.

Esta es la historia del Claddagh, que está documentada; sin embargo, yo como historiador y miembro de la familia Barney me inclino más por la leyenda de los dioses, pues, por razones varias que no detallaré aquí, en su mayoría místicas, estoy seguro de que este símbolo ha permanecido en la familia, por más de mil años. »

¡¿Qué quiere decir con esto?! ¡¿Cómo así que por razones varias y en su mayoría místicas?! ¿No se supone que un historiador es alguien serio que no se basa en bobadas? Pero de ser cierto, explicaría el Claddagh, en la espada de Aghy. Ay, Dios mío, Aghy, sal de una vez por todas de mi mente.

Guardé las copias en el cajón de los libros que no me interesaban y fui al nochero, donde dejé “la pinta”, para tomar mi ropa interior y no dilatar más la ducha. Sin querer, abrí abruptamente el cajón del nochero. Alcancé a ver, al fondo, la caja de las cartas de los 72 nombres de Dios. No me resistí a sacar una,

pues, era la primera vez, en muchos días, en que iba a salir, mas no tenía idea de qué me destinaría esta noche:

“Detener la atracción fatal: Soy el sumo sacerdote en el templo de mi propio ser. A través del poder de este nombre, mi alma se impregna con energía divina y la gente inadecuada desaparece de mi presencia.”

¿Será Henry o Juan Pablo? Si esto es verdad, esta noche será un terremoto de proporciones épicas.

CAPÍTULO XX

Faltan quince para las nueve, y Henry no demora en llegar. Miguel ya duerme profundamente. Stellita ya tiene todas las instrucciones y sabe para dónde voy y con quién. Pareciera que el tiempo se detuvo esa noche, en Bahía, porque me veo exactamente igual y no estoy segura de cómo eso me hace sentir, si afligida o, al contrario, empoderada para escribir una nueva historia.

Ding, dong:

-Ya llegué ¿Bajas o quieres que suba un rato?

-Ya bajo.

El corazón bombea con prisa y gotas salinas se dibujan en mi frente, mientras esquivo con peripecia los escalones, sostenida de las barandas, para no rodar, debido a los tacones. Veo un solo carro con luces prendidas, en el parqueadero de visitantes de la unidad. Me acerqué lentamente, para no pasar una pena, pero Henry se bajó del carro, para abrir mi puerta. Me recorrió de abajo a arriba, sin reparos, y por poco me come con la mirada. Me intimidó una vez más. Me saludó con un fuerte abrazo, más cercano de lo que me hubiera gustado. Ingresé al carro, uno muy lujoso que empataba perfectamente con el tipo de hombre que era. Dio la vuelta e ingresó en el asiento del conductor.

-Estás hermosa hoy, Luciana, ¡wow! Nunca te había visto así- pronunció, abriendo sus sedientos ojos.

-Muchas gracias, Henry. Tampoco es para tanto- aunque tampoco me abruma

esa clase de halagos y, menos ahora, me susurró Julieta.

-No estoy exagerando, créeme- y tomó mi sudorosa mano. Bueno, parece que esta es “la pinta de levante” fija, aseguré mentalmente. –Dime, Luciana, ¿ya pensaste a dónde ir?- Uff, por mi iría de nuevo a mi casa a dormir, murmuré internamente.

-No, Henry, la verdad, no tengo idea.

-¿Te gustaría ir a tomar unos tragos?- La última vez que hice eso, terminé enamorándome de quien no debía, pensé y me regañé.

-No creo. Este es no es el mejor momento. Estoy débil, y la mezcla con las pastillas que me recetaste no debe ser buena.- Este lo que quiere es “hacerme la del pavo”: emborracharme, para luego comerme. ¡Pillado!

-Tienes toda la razón, lástima. Quería relajarme un poco.- Sí, cómo no, relajarte bastante, diría yo, me dije. -¿Ya comiste?

- Aún no- Sería buena idea comer algo decente, por primera vez en muchos días, me sugirió mi estómago.

-Listo, dime qué comida te gusta.- Por un momento, debatí en mi mente si debía seguir con el plan de la noche, acerca de olvidar a Juan Pablo e ir Tariq. Me hubiera gustado tener un buen rato, para poder pensarlo a mis anchas, pero debía decidirlo ya.

-Tariq.- ¡ouch! ¿Estaré haciendo lo correcto?

-¿El árabe?

-Sí.

-No me gusta esa comida, pero hoy se trata de ti; vamos a Tariq.- Qué pedante puede ser este hombre, a veces, pero no sé si eso forma parte de su encanto, pensé, mientras esquivaba su mirada.

-No, Henry, podemos ir donde tú quieras. Vamos a otro lado.

-Hoy, vamos a Tariq.

En el camino, conversamos sobre mi estado emocional. Era raro conversar con él sobre estos temas, porque no sabía cómo diferenciar entre mi psiquiatra y mi pretendiente. Finalmente, llegamos a Tariq y, contrario a lo que pensaba, me empecé a sentir mal. La oleada de recuerdos me invadía y sentía desinflarme. Sin embargo, continué y me dispuse a entrar, al lado de Henry. No me sorprendió que nuestra mesera elegida fuera Aishling. Ya me estaba acostumbrando a este tipo de coincidencias, pero sí me sentí un poco atacada por su mirada. Fue como si me juzgara, por estar con otro hombre. Agaché la mirada, mientras nos guiaba hacia la mesa. En seguida, nos entregó la carta y nos dijo que, en un momento, regresaba para tomar nuestra orden.

-¿Estás bien, Luciana?

-Sí, estoy bien.

-¿Qué vamos a comer? Dime tú, porque no conozco esta comida.

-Pues, podemos pedir entradas con varios platos y así la pruebas.

-Me parece bien.

Unos pocos segundos después, llegó la mesera dispuesta a tomar la orden.

-Danos, por favor, varias entradas con dife...

-Sí señora, igual que la vez pasada- Ayy, pero a esta tipa ¿qué le está pasando? Pensé con ganas de ahorcarla y, claro, Henry no se hizo esperar.

-Luciana ¿Cómo así que la vez pasada? ¿Cuándo viniste?

-Vengo seguido Henry. Ya te conté que me gusta mucho esta comida.- Y cuando juré que Aishling no podía enbarrarla más, soltó la bomba.

-Sí, señor, la vez pasada que vino con un hombre grande y guapo, su esposo ¿no es así señora? Ay, espero no ser imprudente.- ¡NOO! Qué va ¡Esta tonta se ganó el premio a la estúpida del año! Quería ahorcarla, pero me contuve. Mis insultos

fueron solo mentales y, claro, mi mirada la insultó a ella y a toda su descendencia.

-No se preocupe Aishling- le dije – Traiga lo de la vez pasada y retírese, por favor- Quería que la tierra se abriera y me tragara. Por fin, se largó esta entrometida.

-¿Me vas a explicar qué está pasando?

-Henry, no pasa nada. La vez pasada vine con un amigo y no entiendo por qué esta niña hace observaciones al respecto. Por más que sea un amigo, y tú también lo seas, ese tipo de comentarios con personas que no conoce y, sobre todo, con clientes del restaurante donde ella trabaja, son completamente inadecuados. Es más, voy a ir a la administración- Me dispuse a pararme, muy indignada y decidida a ir a hablar con la administradora, pero Henry me tomó del brazo y me pidió que me calmara y, respirara profundo. Accedí y me volví a sentar.

-¿Era Juan Pablo?

-No entiendo.

-Con quién viniste la vez pasada ¿Era Juan Pablo?

-Eso no tiene importancia- Dios mío, ¿por qué salí de mi cama? Rezongué.

-¡Sí, la tiene!- Sus ojos se llenaron de ira y empuñaba sus manos.

-¿Tú también me vas a gritar? Te controlas o me largo ya de aquí.- Inmediatamente se desarmó, sorprendido por mi reacción.

En ese momento, llegó el bicho raro de Aishling, con lo ordenado. El silencio imperó por varios minutos en nuestra velada, mientras comíamos. Él se veía molesto. Podría decir que estaba poseído por los celos. Partía las hojas de parra con el cuchillo, de una manera mortal. Se sentía la vibración del metal contra la cerámica, como si su intención fuera cortar, de raíz y de una vez por todas, mis sentimientos por Juan Pablo. Masticaba fuertemente, como si creyera que así iba

a poder deshacer la gran historia que había entre él y yo.

Al terminar, Aishling hizo otra de las suyas y trajo el café, sin preguntar. Eso sólo exacerbó más a Henry y, como si ella lo tuviera todo planeado, empezó en ese mismo momento, el show de danza árabe. Henry se distrajo con los movimientos de la voluptuosa bailarina. Yo agradecí, por primera vez en esa noche, una conveniente coincidencia. Sonó la misma canción, para variar, y la mesera trajo los dátiles. Henry empezó a comerlos, mientras miraba embelesado a la artista. Yo recordé ese momento, con Juan Pablo, cuando nuestras manos se chocaron y sentí esa conexión milenaria. Pensé por un momento, en tocarlo, para ver si sentía algo, pero preferí no complicar las cosas.

De la nada y sin una razón aparente, vino Aishling hacia mí, con una hoja de papel y me dijo:

-Nil temere, negue timore- y me entregó la hoja, con el Claddagh pintado con tinta de lapicero azul.

Esa frase produjo algo inesperado en mi alma y sentí cómo el ímpetu de la vikinga se apoderaba de mí. No era yo, era Aishling, la vikinga, cansada del destino, de las burlas y de ser pisoteada por el vaivén de la vida.

Me paré y tomé a la mesera de la camisa. Le gritaba frente a todos los comensales,, quienes miraban curiosos y sorprendidos - ¡Dime! ¡Dime! ¡Dime! ¡¿Por qué me haces esto?! ¡¿Quién eres tú que te atreves a ofenderme de esta forma?! ¡Dime de una jodida vez y déjame en pazzz!- La mesera no podía hablar; se ahogaba con su propia saliva y trataba de quitar mis manos de su camisa, para que no la zarandeara más, mientras miraba a su alrededor, con pánico, suplicando instintivamente por ayuda.

-¡Luciana! ¡Suéltala! ¡Te has vuelto loca!

-¡Sí! ¡Tus pastillas me volvieron loca, pero sobre todo esta mujer que hoy se ha ensañado en hacerme la vida imposible! ¡Y me vas a decir yaaa, maldita mujer, de dónde has sacado esas palabras y ese dibujo!- Cada vez la apretaba y la

zarandeaba más fuerte. Varias personas se acercaron para pedirme que me calmara y la soltara, pero yo estaba en blanco. Yo sólo quería saber por qué me había dicho esas palabras, y de dónde había salido ese dibujo. Henry salió corriendo del restaurante, con las llaves de su carro. Era lo mejor que podía suceder en ese momento: que este hombre desapareciera de mi vida.

La mesera recobró fuerzas y empezó a defenderse. Ya no era yo sola, con una fuerza descomunal, contra un objeto inerte. Éramos dos mujeres luchando una batalla, la cual ninguna de las dos entendía muy bien el porqué. Hombres y mujeres nos halaban de la ropa, para separarnos, y se escuchaban gritos de diferentes personas, incitándome a parar. También gritaban que llamaran a la policía, pero yo gritaba una y otra vez, sin obtener respuesta: ¡¿De dónde has sacado esas palabras y ese dibujo?! De repente, sentí un pinchazo en el glúteo derecho. Giré la cabeza y vi a Henry, con una jeringa en la mano. Estaba fuera de sí, pálido y obnubilado. Inmediatamente, empecé a marearme, y los huesos ya no me podían soportar. Solté a la mesera y caí de rodillas al piso. Los sonidos se empezaron a confundir y la vista, a nublar. La cabeza se hacía, cada segundo que pasaba, más pesada. Con un último aliento, levanté la mirada y vi a Juan Pablo golpeando a Henry. Después, todo se volvió oscuridad.

CAPÍTULO XXI

Vencí, por un momento, la tonelada de piel de mis párpados y se asomó una luz cegadora. Por un lado, alcancé a ver a Juan Pablo, sobre mí. Una lágrima suya alcanzó a mojar mi mejilla, pero debí ceder nuevamente a la penumbra.

La cabeza me dolía, Estaba en movimiento, pero no era dueña de mi cuerpo, no me podía mover. Abrí un poco los ojos y vi a Juan Pablo, que manejaba y hablaba por teléfono. Le decía a alguien que le ubicara a un doctor, en la puerta del hospital. Grita mucho. No entendía nada y me desconecté otra vez.

¡Me duele! ¡me duele! ¡Ouch! ¿Pero qué me están haciendo? Abrí los ojos un poco y vi a una mujer y a un hombre de blanco, que me pinchaba en los dos brazos constantemente. Mis venas debían estar escondidas otra vez. Estaba sola. ¿En qué hospital estaba? Quería vomitar, pero no me podía mover. Los párpados me pesaban otra vez.

El dolor de cabeza había menguado un poco, mas aún sentía ganas de vomitar. La lengua me dolía, apenas podía moverla. Traté de mover las piernas e, inmediatamente, noté un dolor en las rodillas. Las dejé inmóviles de nuevo. ¿Me habría atropellado un carro? ¿Qué pasó? Traté de abrir los ojos, pero sólo pude

ver una luz que dolía y me entregué a la sombra, de nuevo.

Empecé a escuchar voces. En un principio, no las reconocí, mas luego me percaté de que era Stellita, y me angustié., Miguel ,¿dónde está Miguel? ¿Por qué está ella acá? ¿Con quién está hablando? Traté de hablar, pero esta maldita lengua no me dejaba. Traté de moverme, de gemir. Se acercó el hombre de blanco y me dijo: - Tranquila, Luciana, todo está bien. Sólo descansa.- Pero quiero hablar con Stellita y Miguel. ¿Dónde está Miguel? Seguí gimiendo y, finalmente, se acercó Stellita:

- Señora Luciana, descanse. No se preocupe por Miguel, que él está jugando con la tía Camila y la está pasando muy bien. Todo está bajo control, descanse.-

Cómo me conoce esta mujer. Mi angustia se va por un momento y dejo de gemir. El cansancio me superó y me dejé ir.

Volví a abrir los ojos. Ya no había tanta luz, gracias a Dios. Estaba en una habitación de un hospital. Seguía muy cansada. Al observar a mi alrededor, vi a Juan Pablo, que caminaba de un extremo a otro, mientras hablaba por celular y le decía a alguien que no podían permitir que saliera de la cárcel. ¿Quién no podía salir de la cárcel? ¿Por qué estaba aquí Juan Pablo? ¿Qué era lo que estaba pasando? Volví a dormirme.

Una vez abrí los ojos, perdida en este cansancio que no entendía, todo parecía como una película de terror. Esta vez, en escena, estaba Virginia, a mi lado, acariciándome el brazo. Se percató de que tenía los ojos entreabiertos y me dijo:

-Shhh, Luciana: no hables, todo está bien; ya estás bien y Miguel también. Él no sabe que estás aquí. Tú misma se lo dirás, apenas puedas. Sólo duerme y descansa, para que te recuperes rápido.- Y, delicadamente, bajó mis párpados, con su mano.

Un ruido me despertó., Sonaba como si estuviera en una fábrica. Era el sonido de una máquina trabajando. Cuando logré alzar un poco la mirada, vi todo blanco. Rodeé mi entorno y estaba encapsulada. Estaba metida en algo que no

sabía qué era. Intenté moverme. Esto me asustaba, pero escuché una voz, como de robot:

-Luciana, por favor, quédese quieta. No se mueva. Le estamos realizando un exámen de resonancia magnética y se requiere de toda su quietud, para que no tengamos qué repetirlo. No se preocupe, que ya faltan pocos minutos.- Y me dejé ir de nuevo.

Estoy con Aghy, en las afueras de mi casa. Él está malherido. La espada, esa espada, está a su lado, ensangrentada, y yo lo sostengo. Me duele mucho. ¡No te mueras, por favor!

-¡Aghy, quédate conmigo!- gritó desconsolada - -¡Freya, diosa mía, no te lo lleves, te lo suplico! Sacrificaré todos mis animales para ti; sacrificaré las vidas que sean necesarias, pero aún no; déjalo un tiempo más.

-Aish... - y mirando al cielo, imploró.

-Gran Odín, solicito tu permiso y pido, por intermedio tuyo, a todos los dioses, que le permitas a Aghy estar un tiempo más. Él es un valiente y merece ir contigo a los atrios del Valhalla, pero sólo te pido retrases ese gran goce, por un corto tiempo.- Rompí en llanto. Sabía que no era lo correcto pedirles eso.

-No llores amada Aishling- y toma su espada – Si en otra vida nos hemos de encontrar, portaré de alguna manera este símbolo, para que sepas reconocermes y, así, podamos unir nuestras manos de nuevo, atadas a nuestro único corazón.- Llorando, lo besé por primera y última vez.

-Ve tras el muro de escudos con honor, amado Aghy. Odín te reclama en su salón. El portador de la lanza sagrada y las valkirias ha llegado. Regocíjate en el gran festín, con tu familia, y enfréntate a tu fortuna. Yo esperaré ansiosa mi muerte, sin lágrimas, y seguiré luchando con valor, como un roble fuerte, saciándome hasta la ebriedad del vino de la batalla, para encontrar mi camino hacia el valhalla y llegar de nuevo a ti.

CAPÍTULO XXII

Abro los ojos de nuevo y, por un segundo, recuerdo a Aghy. Pobre Aishling. Siento su gran dolor; sin embargo, ya me siento mucho mejor. La cabeza sólo duele, si la muevo. La lengua ya no está inflamada, y creo que puedo finalmente hablar. Camila está a mi lado, chateando en su celular:

-Camila.- Susurro, y ella tiró su celular al bolso.

-¡Ay, Lucy! ¿Cómo estás?- Me miró aterrada.

-Dime que no estoy muerta.- Un poco de humor negro brotó de la nada.

-No, pues, tan chistosa, ¡pero sí nos diste un susto de muerte!- Ahora sí era el momento de saber qué pasó.

-¿Dónde está Miguel?

-No te preocupes, Miguel la está pasando genial. Ayer lo llevé a su pizzería

favorita, toda la tarde, y por la noche, nos quedamos viendo hasta las tres de la mañana, películas de terror.

-¡Pero, Camila!- Y soltó a reírse.

-¡No seas amargada! Anoche me quedé con él. Hoy está con tu mamá y Stellita. En este momento, están en cine y, luego, van a ir al parque de diversiones.

-Qué bueno; entonces, no ha tenido tiempo para preguntar por su mamá. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

-Sí ha preguntado, Lucy, pero le hemos dicho que tuviste que ir a la capital, para arreglar un asunto de la abuelita. Hoy es jueves. Todo pasó antes de ayer.- Esa era una buena excusa.

-¿Dónde está mi celular? Quiero hablar con él.- Camila sacó de nuevo su celular y marcó el número de mi mamá.

-Dile a mi mamá que no le diga que tú marcaste, sino que llamé directamente yo- le dije susurrando.- Miguel se las pilla todas.

-Hola, Amanda, comunícame, por favor, con Miguel. Luciana quiere hablar con él- Pasan unos segundos – Sí, Amanda, Luciana ya despertó y está muy bien. No te preocupes. Ten, Luciana.

-¿Migue?- Estaba ansiosa por hablar con mi bebé.

-¡Mamiii!- Se escuchaba muy bien, animado.

-¡Mi amor! Me dijeron que te has divertido mucho.

-¡Siii! La tía Cami me llevó a la pizzería y vimos pelis de terror, pero no me regañes.- Y bajó el tono de voz, algo asustado.

-Después hablamos de eso, mi amor, mas no te preocupes.- De seguro, las pesadillas no se iban a hacer esperar.

-Mami, ¿por qué te fuiste sin despedirte?- Dijo, en tono un poco enojado.

-Mi cielo, de verdad, discúlpame, pero fue algo de urgencia y no alcancé a ir a la

casa.

- Y ¿qué ropa te estás poniendo?- Uff, no podía faltar una pregunta de esas.

-Me tocó comprar acá, Migue.

-Mmm, y ¿por qué no me habías llamado antes?- Y seguimos.

-Hijo, se me quedó el cargador en la casa. Acabo de comprar uno.- Ya me estaba poniendo en apuros.

-¿Cuándo vuelves?- Con esta pregunta, sí me “corchó”.

-Mi amor, no sé si hoy o mañana. De todas formas, te llamo más tarde, ¿te parece?

-Me parece.- dijo- en tono conciliador.

-Vale, mi cielo. Ve y diviértete con tu *ague* y pronto nos vemos, te amo.- Y así colgué la llamada. Mi mamá quería hablar conmigo, pero le mandé la razón de que en un rato la llamaba.

-Bueno, Camila, no supe decirle a Miguel cuándo vuelvo. Primero, dime ¿qué carajos pasó?- Ya estaba harta de no saber nada.

-Ay, Lucy ¿por dónde empiezo?- Pronunció, mirando al techo de la habitación.

-¡Pues, por el principio! ¿Qué me pasó? ¿Por qué estoy aquí? ¿En dónde estoy? ¿Por qué Juan Pablo está aquí? ¿Dónde está Henry? ¡Todo!- Me exasperé.

-Ya va, ya va, cálmate Lucy, ya te cuento todo- Aclaró, un poco asombrada por mi reacción.- Nos hemos sentado todos a hablar, para entender bien lo que pasó. ¿Te acuerdas de que cuando estabas con Juan Pablo, el día que fuiste a Tariq, llamaste a Stellita y le pediste que guardara el número telefónico de Juan Pablo? Y, por cierto, ¡Juan Pablo ya me encanta!

-¡Camila, por Dios! Y sí me acuerdo.- No necesitaba ese tipo de comentarios. Ahora, ahí, “estaba pintada” Camila.

-Bueno, bueno, ya. Pues, resulta que a Stellita le causaba mucha desconfianza

Henry. Cuando le dijiste que te ibas con él, Stellita llamó a Juan Pablo y le contó a dónde ibas y con quién- Contaba Camila, como si relatara el mejor de los chismes.

-¿Pero y a Stella, cómo se le ocurre hacer eso?!- Me pareció un gesto muy inadecuado de ella.

-Ay, Luciana, si no fuera por eso, por la gran intuición de Stellita, lo más probable es que no estuvieras “echando el cuento”.- respondió un poco indignada.

-Sigue hablando mejor, porque continúo sin entender nada.- Y algo me decía que no era la única sorpresa de esta historia.

-Bueno, pues, el “churro” de Juan Pablo salió disparado para Tariq y habló con una mesera. Este es el punto en que no entiendo por qué la acabaste golpeando, ¿te volviste loca, prima?

-Eso es “harina de otro costal”, Camila; sigue hablando.- Ni hoy ni nunca, Camila iba a entender o a creer toda esta locura de las regresiones.

-Bueno, el cuento es que Juan Pablo estaba esperando en la cafetería de al lado del restaurante, ¿tan divino, no? Y, en un ataque de curiosidad, se asomó y lo que vio fue...- Camila dudó y miró hacia abajo, como si aún tampoco lo entendiera.

-¿Qué vio!? ¡Habla ya!- Me tenía ya angustiada y ansiosa.

-Pues, vio una algarabía. La gente gritaba y pedía que llamaran a la policía. Cuando se acercó, te vió atacando a la mesera. Henry te estaba inyectando. Luego, te caíste y convulsionaste.

-¿Qué?; ¿Pero qué estás diciendo?- Me invadió un profundo miedo. ¿Convulsioné? Eso es grave. Estoy mal y qué será de Miguel, dios mío, Miguel.
-¿Estoy enferma Camila?- Y mis ojos se encharcaron.

-No, no, no, tranquila. Henry te inyectó un medicamento, que tenía en el carro, especial para calmar a esquizofrénicos alterados.

-¿Qué?! ¡Pero yo no soy esquizofrénica! Me alteré por esa mujer, pero eso no me hace enferma mental.- No podía creer que me estuvieran tildando así. Eso me angustió.

-¡Ay, Lucy, déjame acabar!- Me calmé –Ese tipo que está más loco que todos nosotros juntos te inyectó, porque le dio la gana y porque la situación se salió de control. Además de que te inyectó algo que está contraindicado, te estás tomando la porquería de pastillas que él te recetó.

-Pero... ¿Cómo así?

-¿Por qué no me habías dicho nada, Lucy? Este tipo te tenía mal medicada. Te estaba drogando, para tenerte controlada, quién sabe dios para qué. Y tú, sola, sin decir nada...- Y ahora eran sus ojos los que se aguaban. –Acaso, ¿no confías en tu prima?

-No sé en qué estaba pensando. “Se me fueron las luces”, discúlpame... pero ¿eso fue lo que me hizo convulsionar?

-Sí, Lucy.

-Y ¿ya estoy bien?

-Sí, falta esperar que se termine de salir toda esa porquería de tu cuerpo, pero ya estás bien.- Respiré profundamente: Miguel estaba seguro.

-Y ¿Henry? ¿Qué pasó con él?- En este punto, quería a ese loco lejos.

-Ese tipo está en la cárcel.- Su mirada se tornó oscura, cosa que nunca había visto en Camila. Pude ver que, en realidad, me quería mucho.

-¿En la cárcel?- Sentí algo extraño, una mezcla de culpa, con compasión, pero al mismo tiempo rabia y vulnerabilidad.

-Sí, no sé cómo Juan pablo lo logró, pero ese tipo, al ver la embarrada que había hecho, se quería escapar. Sin embargo, el “churro” lo agarró a golpes, lo noqueó y les pidió a los del restaurante que lo retuvieran, mientras llegaba la policía. Juan Pablo te trajo corriendo al hospital y llamó a Stellita, para que nos avisara a

todos.

-No, pues, el gran héroe.- rezongué, en tono pedante.

-¡Pues sí, Lucy! Si no fuera por él, te hubieras podido morir en ese restaurante, al no recibir ayuda médica inmediata. ¿Qué te pasa? Ahora, ¿odias a Juan Pablo y adoras a Henry? – Parecía mi mamá, por el tono de regaño con que me lo dijo.

-Ay, Camila, deja eso ya, es que estoy confundida. No sé qué pensar.

-Pues, no hay mucho qué pensar, Lucy.- Pronunció Camila, en voz baja, girando los ojos.

-Y Virginia ¿Qué hacía aquí?

-¿Ves? Has renegado de todos los que te hemos ayudado, y sólo no has hablado mal de Henry. No te entiendo, Luciana. ¿Será que ese medicamento te tiene tonta?- Y soltó una pequeña carcajada.

-Dejate de bobadas, Camila. Entiende que todo lo que me has dicho abrumba a cualquiera.

-Está bien, pero ¿qué vas a hacer con Juan Pablo?

-¿Cómo así?

-Está afuera. No se ha ido ni a bañar.- Pronunció, mientras arrugaba la nariz.

-Uff ¡debe oler rico! A caballo, sudor y sangre- y me reí con ganas.

-Jajaja, ¡tan boba! Pero, en serio: ¿qué hago? ¿Lo llamo?- Cuando dijo eso, el corazón se me aceleró ¿Qué le iba a decir?

-No puedo seguir haciendo lo mismo, ¿cierto, Cami?- Necesitaba apoyo para tomar esa decisión que tanto anhelaban Julieta y mi corazón.

-¿A qué te refieres Lucy?

-A Aishling, a negarme a ser amada y a amar, solo por mi necesidad.- Agaché la mirada.

-Y ¿qué carajos tiene que ver la mesera, en todo esto?- Sobresaltada y con los ojos arrugados, preguntó., Yo solté una risotada.

-¡La mesera no, boba! No “me pares bolas”, mejor. Sólo creo que es el momento de permitirme ser feliz, con alguien que, muy probablemente, no me va a salir con “las del chavo”, como todos los payasos que he tenido.- Aunque tendrá que dejar el mal genio, si quiere que esto funcione. No toleraré más shows, ni gritadas, ni mucho menos que me vuelva a tomar del brazo de esa manera, pensé.

-Lucy, es que ya no eres más una adolescente. Ahora ya tienes un hijo. Ya no es opción meterte con más “babosos”, locos y perdidos.

-Sí...Juan Pablo me hace sentir cosas que estaban fuera de mi imaginación y, aparte, es un buen hombre... No sé en qué he estado pensando toda mi vida. No sé por qué he tomado tantas decisiones estúpidas.

-¡Upa! Pero esto ya está avanzado. ¿Ya te acostaste con él?- preguntó, visiblemente emocionada.

-¡Noo!- ni siquiera se me había pasado por la cabeza la imagen. Me ruboricé. Camila se rio.

-Bueno, bueno, ya me contarás. Lo importante ahora es que has logrado ver a un buen hombre, en frente de ti, y la vida te está dando una nueva oportunidad. También debes disculparte con la mesera.- Me miró de una manera maternal, inexplorada en Camila.

-Se te salieron los casi cincuenta, prima. Deberías pensar en encargarte bebé- Le dijo maliciosamente, mientras giraba mis ojos hacia el techo del hospital.

-¡Jamás! Eso es para ti que te gusta la vida tradicional, con finales cliché. Yo “rumbiaré” y viajaré, hasta que “se me pare el ombligo”, querida.

-Ay, Cami, creeme que, después de tanto voltaje, durante tantos años, un final cliché sería lo mejor que me podría pasar.

CAPÍTULO XXIII

-Hola, Luciana ¿Cómo te sientes?- Musitó muy bajo, parado frente a la camilla.

-Juan Pablo, quiero agradecerte porque...- Y me calló, suavemente.

-Shhh, no digás nada de eso. Hice lo que tenía que hacer.

-Pero es que debo...

-Shhh, ya habrá tiempo para eso ¿Cómo te sientes?

-Como si me hubiera pasado un camión por encima- Soltó a reírse – Pero creo que ya estoy mejor; por lo menos, la cabeza no se me va explotar por ahora, y la lengua ya me deja hablar.

-Vaya susto que nos diste- Afirmó, pasando su mano por el cabello y mirando a su izquierda.

-Lo sé, no fue mi intención, discúlpame.- Me sentía avergonzada.

-No tienes por qué disculparte. Sólo fuiste presa fácil para ese hombre.- Dijo, mientras se inflaban sus orificios nasales, apretaba los labios y respiraba profundamente.

-Fui una estúpida. Cualquiera, con dos dedos de frente, hubiera huido de esa situación.- Tenía coraje conmigo misma.

-Es un médico, Luciana. Se supone que debemos confiar en ellos. No te castigues. Quién sabe cuántas más habrán pasado por esto.- Manifestó, mientras tomaba mi pie.

-En eso tienes razón.- Abrió sus ojos, desorbitadamente.

-¿Me estás dando la razónnn? Wow, ¡esa medicina sí que es buena!- Expresó, acompañado de una gran risotada. Qué bello se ve así. Qué dulce es verlo reír.

-No, pues, tan chistoso. Ven acostate aquí, a ver si ríes igual.- Si te doliera todo lo que me está doliendo, no te andarías de gracioso. Especulé mentalmente, más animada.

-¿Qué más quisiera yo?- Susurró, con la intención de que casi no lo escuchara. – Pero debo irme y dejarte descansar.- Y se desinfló, como si le doliera lo que acababa de decir.

-No quiero que te vayas y mucho menos a descansar. Llevo hibernando como tres semanas, y ya fue suficiente. Quiero hablar contigo. Por favor, toma esa silla y sentate.- le dije- señalando la silla de cuero azul y patas negras metálicas, destinada para los visitantes.

-¿Estás segura? No quiero que lo hagas por agradecimiento. Yo hice lo que tenía que hacer. Tú ya me dejaste muy clara la situación de los dos. Sólo no pude evitar protegerte; estabas en peligro y cualquiera lo hubiera hecho.- Aclaró, inflando un poco su pecho y tensionando la cara.

-No cometas el mismo error que yo. No seas orgulloso y sí, estoy segura, sentate,

por favor.- Desinfló el pecho, corrió la silla al lado de la cama, se sentó y se quedó mirándome fijamente, esperando qué tenía yo para decirle.

-Es increíble cómo la vida nos pone en una situación de estas.

-¿Por qué lo dices?

-Por mi soberbia.

-¿A qué te refieres?

-A la vida, que nos hace pasar tantas pruebas, tantos momentos difíciles que, cuando finalmente tienes la felicidad en frente, las mismas heridas no nos dejan verla. Nos portamos soberbios, así como yo...contigo.- Juan Pablo se agarró la barbilla, como la primera vez, y no dijo nada. -Todo lo que dije ese día, por teléfono, era mentira. Te traté muy mal y lo siento mucho, discúlpame por favor.- Sentí cómo empezaba a revivir Julieta.

-¿No estabas con un amigo?- Pronunció, mirándome fijamente.

-No, estaba sumida en una gran depresión.

-¿Por eso buscaste un psiquiatra?

-Sí.

-Y ¿las pastillas? ¿Por qué tomabas esas pastillas?

-Estaba muy mal. Henry...me las recetó para dormir.

-¿Por qué no llamaste?

-Eran precisamente para eso, para no llamarte.

-¿Estás hablando en serio?

-Muy en serio.- Juan Pablo respiró intensamente; se tornó confuso y se vio organizando las ideas, rápidamente.

-Y tú y Henry, ¿tenían algo?

-No. El me pretendía. El martes... fue la primera cita...Estuvo varias veces en

mi apartamento, pero en calidad de doctor; por lo menos, eso decía.

-Me asusté mucho, cuando te vi en el piso...Tuve qué contenerme, para no acabar a ese tipo.

-Te entiendo. Me hice mucho daño y también te lo hice a ti. No sé si pueda repararlo algún día.- Lo comenté, mientras agachaba la cabeza. Los sentimientos se querían asomar por los ojos.

-No te laments. Yo también tuve muchos errores, mas lo importante es no ver el pasado.

-El pasado, Juan Pablo, si supieras del pasado.

-Es cuando hablas así, Luciana, como si estuvieras en un monólogo, en el que la única que entiende qué pasa por tu mundo eres tú, y nos excluyes a los demás.

-Tienes razón. Prometo evitarlo, pero como dices tú, lo importante no es el pasado, sino el presente. Si estás de acuerdo, te propongo empezar de cero, desde hoy, y olvidar los hechos desagradables ¿Te suena?- Lo negocié con una gran sonrisa en la cara y estirando mi brazo hacia él, para un apretón de manos. Sonrió y me contestó.

-Ay, Luciana, eres una mujer especial.- Y aprietó mi mano, en señal de un nuevo pacto.

-Mucho gusto, Juan Galope, soy Luciana, la especial.- Enuncié, asistida de una expresión de mujer fatal.

-Soy un hombre afortunado, Luciana, la especial.

-Creeme que la afortunada he sido yo. Tu espera hizo posible todo.

-¿A qué espera te refieres?

-A una milenaria, por así decirlo.

-Pues, estas dos semanas, sí se sintieron como miles de años, creeme.

-Exactamente, amado mío.- Dije, en tono bromista. Julieta y yo volvimos a ser

una.

CAPÍTULO XXIV

Mi madre me besó en la frente y desperté sobresaltada:

-¡Mamá, me asustaste!- Sin embargo, sentí tranquilidad al verla a ella, recostada a mi lado, en mi cama.

-Lo siento, hija, no me aguanté las ganas de besarte, pero sí me contuve para “*apapacharte*”- Y me dedicó una sonrisa inmensamente dulce.

-Menos mal. Casi te ahorco, pensando quién sabe qué, en medio de mis sueños raros- Y reímos juntas.

-¿Cómo te sientes, hija? Ya va más una semana desde que saliste del hospital. ¿Completamente recuperada?- Pronunciaba, mientras se incorporaba de nuevo.

-Sí, mamá. Ya no siento rezagos de esas medicinas. Ya ayer me tomé las últimas pastillas que me mandaron en el hospital, para recuperarme. Sólo tomaré la

melatonina- le dije, mientras bostezaba.-¡Además, ya es sábado, y estoy lista para el día de campo!

-No creas que se me ha olvidado del todo. Yo podré ser discapacitada, pero no estoy muerta, ni tonta. Tú tienes una mamá y debiste decirme por lo que estabas pasando. Pareces una niña de diez años, a la cual hay que perseguir para ver qué está haciendo.- Y giró su cabeza contra la pared.

-No me regañes más, mamá. No lo vuelvo a hacer.- De verdad, fui una tonta, al no decirle a nadie por lo que estaba pasando.

-Te perdono, si me cuentas todo sobre Juan Pablo. ¡Cómo me gusta ese muchacho!- Me dijo, emocionada, mientras giraba nuevamente todo su cuerpo hacia mí.

-¡Ay, mamá, que chismosa!

-Cuéntame hija.

-Está bien. Pues ya sabes todo lo que pasó, hasta el hospital. Desde que salí, hablamos por teléfono, en el día y, en la noche, chateamos hasta la madrugada, los días en los que no viene a visitarme.

-Sí, me he dado cuenta. ¿Has visto que Miguel está más receptivo con él?

-Sí, yo le conté que Juan Pablo me salvó de unos ladrones, que querían robarme, y eso le pareció muy heroico. Además, está muy emocionado, porque Juan Pablo le va a enseñar a domar los caballos.- Reímos juntas.

-Miguel y sus ocurrencias... Luciana... ¿te estás enamorando?- Bajó el tono, para preguntarlo.

-¡Mamá! Que incómodo, no seas chismosa.- Era la primera vez, en años, que me preguntaban eso.

-Quiero saberlo, hija.- Y pasó su mano por mi cabello.

-No me estoy enamorando, mamá. Me enamoré y ya no voy a luchar más con

eso- Aseguré, apretando los párpados y esperando un grito.

-Si Juan Pablo es como creo que es, me podré ir tranquila.

-¡Ay no, mamá! Si vas a empezar con tu melodrama, no hablamos más.- Me besó de nuevo; luego, se paró de la cama.

-Voy a decirle a Stellita que te traiga el desayuno.

-Bueno, mami, pero dile que me cansé del café con leche. ¡Hoy quiero frutas, huevos y chocolate!- Enuncié eufóricamente, mientras mamá iba por el corredor y susurraba.

-Me encanta que todo esté cambiando por aquí.

Ding, dong

-Hola, bonita ¿Cómo amaneciste?

-Hola, guapo, muy bien y ¿tú?

-Con muchas ganas de verte ¿A qué hora paso por ti? Virginia lleva toda la mañana en la cocina; está emocionada.

-Siii, mi cuñada es lo máximo, ¿en hora y media está bien?

-Vale; en hora y media estoy allá.

-Besos.

Hoy era un día familiar, como hace muchos años no lo teníamos. Todos estábamos muy emocionados. Miguel se puso sus jeans, con botas vaqueras y camisa a cuadros. Mi mamá, unos jeans, una camisa blanca y tenis. Stellita no puede dejar sus vestidos, y yo me puse unos shorts de jean, con una básica blanca, chaleco de jean y tenis blancos. Estábamos todos listos, cuando Juan Pablo llegó por nosotros.

Llegamos al rancho. Mi mamá se fue con Virginia, a ayudarle a finalizar el almuerzo, para servirlo. Stellita se fue con Miguel, a los establos, para ver los caballos. Quedamos mi Juan Galope y yo, sentados en el pasto, en frente del que

ahora sí era un bello lago, al lado de su casa.

- Nunca creí sentir esto. Estaba fuera de mi imaginación- Pronunció, mientras miraba recto al horizonte.

-¿Por qué lo dices?

-Sentirme tan lleno...una familia.- Y suspiró, hondamente.

-Me estás haciendo muy feliz- Y Julieta, que ya se la pasaba bailando, se echó unos buenos pasos de bachata “apapachada”. Juan Pablo giró su mirada, se acercó y me dio un beso, de esos besos cálidos, sin los cuales ya no podría vivir.

-Te amo, Luciana.- Julieta cayó desmayada. Era la primera vez que me lo decía.

-Te amo, Juan Pablo. – Bajó la mirada y los pómulos se sentían arder.

-¿Algún día me vas a contar el misterio del Cladagh?- dijo- mientras me tomaba la mano.

-Algún día.

Virginia gritó: ¡Pasen a comer!

Nos sentamos todos en el gran comedor, que se usaba, por primera vez, en mucho tiempo. Degustamos la sazón de Virginia, un espectacular sancocho de gallina, que todos comimos hasta explotar.

-¿Por qué no vino Camila?- preguntó Virginia.

-Se va una temporada para Dubái, con su novio. Está preparando todo.

-Qué lástima. Me pareció una persona genial, muy divertida.- Pronunció, mientras todos comíamos el postre de las tres leches.

-Está “corrida”, pero la adoro.- Y mi mamá y yo soltamos a reírnos.

Terminamos de comer y pasamos a la sala, a tomar tinto y a charlar, mientras reposábamos el almuerzo. Miguel jugaba con su Ipad y preguntaba, cada dos minutos, cuando íbamos a montar a caballo. Al rato, Virginia, mi mamá y Stellita se fueron a la cocina, y nosotros fuimos a los establos. Juan Pablo sacó el caballo

para Miguel y fuimos a la zona entablada, para montarlo.

-Juan Pablo, me da miedo que Miguel se caiga, que se lastime; estoy nerviosa.

-No te preocupes, es seguro. Conozco perfectamente a Risueño, es inofensivo.

Miguel aprendió muy rápido y no le temió, ni por un segundo, a Risueño. Lo manejaba con seguridad. Risueño era muy dócil. Cuando Juan Pablo vio que Miguel tenía el mando del caballo, vino a mi lado y se sentó.

-¿Quieres salir hoy?- Preguntó, tomándome al mismo tiempo de la mano.

-Sería bueno tener una cita normal- Y réimos.

-¿A dónde te gustaría ir?- No le quitaba la mirada a Miguel.

-Quiero regresar a Tariq.- Y el corazón me bombeó más rápido. Giró su mirada rápidamente y arrugó el entrecejo.

-No me parece.- Y devolvió la mirada hacia Miguel.

-¿Sabías que Tariq significa sendero?

-No lo sabía.- Inquirió serio.

-Aunque también, en árabe, puede significar "el que llama a la puerta". ¿No te parece curioso?

-Sí, puedo entender que te guste ese lugar, pero...- Inmediatamente lo interrumpí.

-Para mí es un sitio muy especial, a pesar de todo. Fue donde todo realmente empezó. Además, quiero disculparme con todo el mundo. No quiero dejar de ir allá.- Aclaré, con un tono un poco de súplica.

-¿Estás segura?

-¡Sí, señor;- Y lo besé, sin que Miguel se diera cuenta.

-Bueno, esta noche vamos a Tariq.

Miguel montó a caballo, hasta que las piernas no le aguantaron más. Me dijo que

era el mejor día de su vida y, ciertamente, también había sido uno de los mejores días de la mía. Todos estuvimos felices y generamos lazos nuevos y buenos recuerdos.

En la noche, Miguel se durmió solo, apenas tocó la almohada. Yo me dispuse a arreglarme, con mi vestido negro ceñido al cuerpo, hasta más abajo de las rodillas, y tacones rojos para mi primera gran cita real.

CAPÍTULO XXV

Llegamos a Tariq. Veía a Juan Pablo callado. Creo que estaba un poco ansioso por entrar al restaurante. Al ingresar, vi a Aishling en la barra e, inmediatamente, me acerqué a ella, mientras veía que el administrador se dirigía hacia Juan Pablo.

-Aishling, Hola- La saludé, desde una distancia prudencial. Ella volteó y miró aterrada. -Vengo a disculparme. Juan Pablo me contó lo que pasó ese día, y quiero decirte que esa mujer que viste no era yo, realmente. El hombre con quien estaba era mi psiquiatra, que me tenía mal medicada y, por eso, exploté de esa manera. Él ahora está en la cárcel, por mala praxis. No sé si lo sabes.- Respiraba rápidamente.

-Sí, lo supe. No sé si debería estar aquí.- Respondió, mientras miraba al administrador, quien también no le quitaba los ojos de encima a ella, mientras conversaba con Juan Pablo.

-Probablemente, no debí venir, pero este sitio me gusta mucho y te debo una disculpa. De verdad, perdóname. No sé qué puedo hacer, para resarcir lo que hice. No era yo...

-No puedes hacer nada, lo que pasó y por lo que veo también la pasaste muy mal- me dijo mientras posó su mano en su cuello.

-En realidad, sí, pero ya todo se ha solucionado. El psiquiatra está en la cárcel; yo ya no estoy bajo los efectos de ese medicamento, y estoy bien con mi pareja. ¿Podrías perdonarme?- Y apagué un poco mis ojos.

-Está bien, pero, por ahora, no te acerques mucho- Y soltó una leve sonrisa.

-¡Ay, qué felicidad! Eres una buena Aishling y prometo no acercarme mucho, pero si algún día que venga, tu miedo se ha ido, ¿prometes acercarte tú?- Le dije, con una gran sonrisa.

-Lo prometo.- Y se retiró a seguir trabajando.

Me acerqué a Juan Pablo, quién ya había terminado de hablar con el administrador.

-¿Qué te dijo el administrador?- le pregunté- mientras lo tomaba del brazo y lo llevaba a una mesa.

-Estaba preocupado. Me dijo que no era buena idea que hubiéramos venido- Me dijo, suavemente.

-Sí, lo mismo me dijo Aishling.

-¿Entonces, nos vamos?

-No, ya arreglé las cosas con Aishling. Todo está bien. Supongo que ya ella debe estar hablando con él. Anda, no te estreses. Sentémonos y pidamos un banquete.- Lo miré y le di un gran beso.

-Qué manipuladora eres, Luciana la especial- Y nos sentamos, en una excelente mesa que daba al escenario.

Pedimos todas las entradas que había en la carta, y también todos los postres. Tuvimos una cena maravillosa, entre risas, miradas encantadoras. Estábamos enamorados, felices de habernos encontrado uno al otro y, con toda una vida por delante. Le comenté que quería ocuparme en algo: que había pensado en buscar un producto e impulsarlo, con marketing digital. Me dijo que podríamos buscar en el mundo equino, en el que había varias opciones. Eso me entusiasmó.

Al final de la cena, lo animé a probar la narguila, una pipa oriental donde se quemaban carbones de diferentes sabores y se aspiraba, mediante un tubo flexible que se conectaba a un vaso lleno de agua perfumada, por el que se filtraba el humo. Siempre había querido probarlo. Era un buen momento para intentar algo nuevo, juntos. Juan Pablo accedió y le pedimos a la mesera que nos trajera uno de arándanos. Al aspirarlo, no se sentía como un cigarrillo. Era más bien un suave viento aromatizado, que entraba, y era divertido expulsarlo por la nariz. Cuando estábamos riendo y compartiendo impresiones sobre la narguila, anunciaron el show de la noche. Se trataba de la misma bailarina que había visto las dos últimas veces, pero me sorprendió escuchar que el show de esa noche era de danza, con serpientes.

Sonó una música hipnótica árabe, misteriosa y lenta. Apareció una bailarina que no conocía, con un cuerpo perfecto y un vestuario impactante: un traje plateado hermoso, conformado por un tipo de brasier y una falda, con transparencias. También tenía un velo, con tonos tornasolados que, al manejarlo, formaba, alrededor de su cuerpo, grandes alas. Luego, empezó a danzar, al compás de la música, que se tornó más dinámica. Empezó el conocido movimiento de caderas y vientre.

Así estuvo, por un rato, la sensual bailarina, demostrando su gran elasticidad, hasta que se quitó el velo y jugó con él, por un par de minutos. Tiró el velo y se dirigió a un baúl, ubicado en la esquina de un escenario, pintado con arabescos de diferentes colores. Sacó una gran serpiente de un color blancuzco, con algunos tonos amarillo claros. Me intimidó el gran animal, que medía

aproximadamente dos metros y tenía casi la mitad de su cuerpo enroscado. Mientras hacía piruetas con ella, y se la envolvía por todo su cuerpo, me concentré en la cabeza del reptil. Me atrajo, de una manera hipnótica, de la cual no me pude separar. La inercia que me generaban sus movimientos me atrapaba. Con el tubo de la narguila, en la boca, me perdí en un momento místico y sublime.

Entré, por un momento, en un estado contemplativo parecido al que tuve en la meditación de la clase de yoga. Me trasladé al desierto de la segunda hipnosis, donde Henry me despertó, apenas reconocí a Juan Pablo. Estábamos varias mujeres sentadas, aplaudiendo al compás de una especie de tambores, y otra mujer cantaba, en un idioma que no entendía., Hacía mucho calor. En el centro del círculo, una bailarina, vestida con una túnica café, danzaba con la pauta de la música, pero este baile era muy diferente del que hacía la artista, con la serpiente. No era sexual, como la de Tariq. Esta bailarina dibujaba, en el aire, círculos, medios círculos y ochos. Daba pasos cortos y parecía sumida en un estado de goce. De pronto, los aplausos me sacaron de la escena y regresé a Tariq, en donde acaba de finalizar el show.

-Luciana, parecías en otro mundo- Me dijo, con algo de preocupación.

-Uff, estaba en otro mundo.- Le aclaré, abrumada.

-Lo estás volviendo a hacer.- Pronunció, seguido de una fuerte respiración. Giró los ojos.

-No, no, no. Me refiero a que esa danza me transportó, me encantó, ¿a ti no?- No quería dañar esa noche tan bonita.

-No sabría qué decirte sobre esa danza...y el conjunto con el animal...No sé.- No me iba a decir que le fascinó el baile pornográfico de la bailarina. Juan Pablo era un caballero.

-Vale, vale ¿estás bien?

-Sí ¿te parece si nos vamos?

-Sí, me parece. Me gustaría ir un rato a tu casa. No quiero dormir todavía. Me quiero reír un rato con Virginia.- Levantó su mano.

-La cuenta, por favor.

CAPÍTULO XXVI

-¡Virginia!- Gritó repetidas veces, en la oscura casa, sin obtener respuesta. –Creo que ha salido. Es raro que no me avisara. Espera la llamo, para que venga.- Musitó, mientras sacaba su celular del bolsillo.

-No, Juan, qué pena, debe estar ocupada.- le dije- poniendo mi mano sobre su celular.

-Igual, no creo que tarde. Nunca llega después de las once de la noche, y ya casi son las once.- Se apuró a encender las luces. – ¿Quieres esperarla?

-Sí, me parece bien.- Me senté en el sofá de la sala.

-¿Quieres tomar algo?

-¿Tienes vino?- Le pregunté, abriendo los ojos un tanto entusiasmada.

-Sí, ya vengo, y se retiró. Mientras tanto, me quedé pensando en que lo más probable era que esa noche tuviera intimidad, por primera vez, con Juan Pablo. Se me aceleró el corazón y las manos me empezaron a sudar, mientras repasaba, rápidamente, la ropa interior que me había puesto. Al saber que estaba perfecta, Julieta se puso su baby doll y se retocó el labial carmesí. Llegó Juan Pablo, con dos copas de vino rojo, y me entregó una. Se sentó a mi lado, en el sillón.

-Esta vez te toca el brindis a ti.- Y me regañó, por no adelantarme esta vez. Pensé, por un par de segundos, y mágicamente llegaron las palabras a mi mente.

-Brindo por lo atemporal de este sentimiento.- Y levanté mi copa hacia él.

-¿Atemporal?

-Sí, porque hemos traspasado las leyes del tiempo y logramos llegar hasta aquí.- Viajamos desde Escandinavia; luego, al Medio Oriente y, finalmente, conseguimos reunirnos de nuevo, en este lugar, pensé. Arrugó el entrecejo y me miró fijamente; sin embargo, aún sin entender lo que acababa yo de decir, dibujó una bella sonrisa.

-Me superaste.- Abrió más sus ojos y levantó su copa; la chocó contra la mía. Bebimos un sorbo y me besó.

Dejamos que nuestro beso se alargara y, con eso, la emoción se disparó. Posé mi mano derecha en su pecho y, con el brazo izquierdo, rodeé parte de su espalda. Él me abrazó, sin dejar de besarme. Su lengua acariciaba suave y lentamente la mía. En un arrebato, me agarró fuerte y me levantó del sillón. No podía dejar de besarlo. Enredé mis piernas en su cintura. Juan Pablo caminó hacia las escaleras, las subió y me llevó a una habitación. Estaba oscura y sólo alcancé a ver

claramente la gran cama dos por dos, hecha de madera maciza. Me sentó en ella y continuamos besándonos.

La respiración se agitaba y sentía cómo mi entrepierna empezaba a pulsar. Le desabotoné la camisa, uno a uno, lentamente, hasta que dejó desnudo su torso, un pecho fuerte y musculoso, que se sentía muy bien. Bajó a mi cuello y pasó su lengua a lo largo de él. Yo jadeaba. Desnudó mis hombros, bajando el vestido negro hasta la cintura, y quedaron expuestos mis pechos. Un corrientazo eléctrico recorrió todo mi cuerpo. Observó mis senos. Pasó la planta de sus manos por el pezón, casi sin tocarlo. Desató su correa y desabotonó el pantalón. Pasó lentamente la mano por su sexo. Qué grande estaba. Quiero más. Me miró fijamente. Había fuego en sus ojos. Dirigió esa llama a mis senos y se acercó para besarlos. Rodeó, con la lengua, los pezones; circularmente, los lamió, una y otra vez, alternándolos; los tomó con las manos. Estaba ansioso. Los apretó, exprimiendo mi deseo, mientras intentaba beber todas las ganas que llevaba guardando, durante la vida entera, para él.

-Quiero saber a qué sabes, toda... toda.

Me acostó en la cama y retiró el vestido, junto con las bragas. Quedé desnuda, para él, expuesta completamente a lo que quisiera tomar de mí. Vi su sombra, su silueta, que se desvestía, mientras me miraba con ansiedad. Se subió a la cama, frente a mí, y se arrodilló. Tomó mis piernas y las abrió, delicadamente. Sin descansar su cuerpo sobre el mío, con sus brazos al lado de los senos, vino hacia mi cara. Sentí el roce de su sexo y lo quería recibir dentro de mí. Me lamió la frente, bajó por las mejillas e introdujo, de nuevo, su lengua en mi boca, encontrando simultaneidad al instante. La sacó y la pasó por mis labios, horizontalmente. Me dejó sin aliento. Mis latidos iban en aumento, y la vagina se contraía cada tres segundos.

Exploró, con su respiración y labios, mis brazos. De nuevo, mis senos, y siguió, bajando hasta mi estómago. Lo lamió, por unos segundos, antes de continuar al

pubis, donde se detuvo, por un momento. Sentí su aliento, que chocaba contra los poros de mi sequía, por él y sólo por él. Llegó al inflamado clítoris. El contacto con su boca me hizo dar un brinco. Jadeé y me quise retorcer, pero no lo hice. Mis caderas empezaron a moverse hacia él. Regresaban a la cama, pero las piernas empujaban, de nuevo, para levantarse y ofrecerse de nuevo a su boca, a su cara, a su saliva, a su sed. Nunca había sentido tal perfección, tal simetría, tal conexión. Su lengua sabía exactamente el punto de mi placer.

Agarró mis muslos y levantó mis glúteos de la cama. Se arrodilló y empujó para arriba un poco más, hasta despegar parte de la espalda de las sábanas. Lamió ambiciosamente, desde el final de mi espalda, hasta llegar de nuevo al clítoris. Una y otra vez me atravesaba toda, llegando a rincones jamás explorados, y conquistándolos, para regresar una y otra vez. Esto era demasiado. Estaba a punto de explotar. Debía parar mi movimiento, puesto que aún era muy pronto para llegar. Bajé las caderas y me senté. Él hizo lo mismo. fui hacia él y lo besé., El olor de mi apetito se encendió más y compartimos su sabor.

Embistió mi cintura, sin separar nuestras bocas y, con increíble fuerza, me levantó y me posó sobre él. Abracé su talle, con mis piernas y, con un leve movimiento, me penetró. Me atravesaba y salía. Y volvía a clavarse en mí, con fuerza, levantándome con cada impulso y descontrolándome. Ya no iba a aguantar mucho más. Era demasiado para mí. Esta era una experiencia diferente de todas. Estaba con la mitad de mi alma y podía sentirlo a un nivel más sublime.

Su movimiento se aceleró y se empoderó, con cada roce. Sentía cómo se encendía mi clímax. Gemía y gemía más duro y más rápido. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Y el estallido que empezó en mi vagina, comenzaba a derramarse por el resto del cuerpo. El clítoris se iba a ahogar y todo se hacía difuso. El tiempo se detuvo., Se contrajeron todos los músculos y alcanzamos la deleite, al mismo tiempo. Nos inundamos, nos entregamos, en ese momento, el uno al otro, para siempre. Nuestras almas sabían que finalmente se habían encontrado. Me abrazó

fuertemente.

-Esto ha sido...nunca me había pasado algo así.- Dijo, mientras me acariciaba la espalda. -Te amo, Luciana.

-Y yo a ti, Juan Pablo.- Me incorporé y nos acostamos juntos. Puse mi cabeza sobre su pecho, mientras me acaricia la cabeza.

No alcancé a relajarme del todo, cuando algo me sacó de ese momento. Una fuerza que no conocía me tomó bruscamente de la cabeza y me expidió del éxtasis. Me posó en un lugar sin paisaje, sin colores, sin espacio, sin sentido. Me sentía como alguien más, como otra mujer que estaba viviendo en la agonía del dolor, que quería morir. Yo sabía que era esa mujer que estaba en la segunda regresión. Ya no estoy en el desierto; estoy perdida en un limbo en el que nunca había estado. Había algo malo. Algo estaba muy mal. Regresé con Juan Pablo, pero eso que sentía no era un estado meditativo, como el que atravesé en el yoga. Algo muy grave pasó en esa vida y me estaba afectando, justo en este momento, con Juan Pablo.

-¿Estás bien, amor? ¿Pasó algo?- No puedo hablar. Tengo un taco en la garganta. Sólo miro asustada. – Luciana ¡¿Qué pasa?!- Y en mi mente, se posó un recuerdo: vi mis manos ensangrentadas y, al lado, un hombre yacía muerto ¡Lo he matado!- ¡¿Te he hecho daño?! ¡Por favor, di algo!

El desierto...Siria...la tribu...Y, ahora, he matado a alguien...Esto no puede estar pasando otra vez.